SAGA
EGMONT
Te lo contaré en un viaje
Carlos Garrido Torres

Carlos Garrido Torres

Te lo contaré en un viaje

Saga

Te lo contaré en un viaje

Copyright © 2022 Carlos Garrido Torres and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728134740

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com
Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

AGRADECIMIENTOS: A Vicenç Sastre y Fina Rovira, sin cuyo apoyo este libro no hubiera sido posible. También quiero agradecer el consejo amistoso y la ayuda de Jordi Bayona, Josep Lorman y Esther Llompart, que me guiaron durante la escritura de esta obra.

"Sobre el sueño.
Alba me cuenta siempre su sueño por la mañana.
Alba duerme para sí;
Alba sueña para mí"

G.E. Lessing

Preliminar

Soy periodista, y llevo casi treinta años escribiendo sobre cuanto me rodea. La primera persona me ha servido a veces para presentar los hechos de una manera más próxima. Pero no he olvidado la vieja regla de que nunca debes convertirte en tu propia noticia. *De nobis ipsis silemus*. Callemos sobre nosotros mismos.

Ahora tengo que romper esta norma. Y me asaltan todo tipo de objeciones.

Desde el verano de 1997 hasta marzo de 1999 viví la enfermedad y muerte de mi hija Alba. Y no sólo fue una terrible experiencia, sino también un revulsivo a mi forma de entender la vida. En medio de los acontecimientos veía surgir preguntas y claroscuros, evidencias inesperadas, y una especie de poesía profunda que aunaba de forma incomprensible el dolor y la plenitud de la existencia. Tomé conciencia de cuestiones tan importantes que me parecía increíble no haberlas conocido antes. Un viaje hasta la frontera de la vida.

No tenía necesidad de escenificar una pérdida tan próxima a través de un libro. Ni quería traicionar el silencio sobre nosotros mismos. Pero por primera vez pude rozar con los dedos una imprecisa "realidad del alma". Un complejo de emociones, sueños, presentimientos. Algo que, como periodista, me sentía impulsado a transmitir. Responsabilidad del que trabaja con la palabra. Como periodista y como padre.

¿Puede comunicarse la vivencia de algo borroso, situado entre dos luces, que sientes pero no puedes explicar? ¿Es posible dejar un testimonio directo de las fuerzas ocultas que se mueven cuando cada minuto quema como un hierro ardiente y supone por sí mismo una vida entera? ¿Puedes convertir tu pequeña historia en el ojo de la cerradura de las grandes preguntas?

No lo sé.

La lucha contra la enfermedad altera la percepción del presente y

del futuro. Las relaciones con los demás cambian de forma asombrosa. La ciencia y los médicos se convierten en interlocutores de algo sobre lo que tienen muy poco que decir. Y mientras tanto hay tantas cuestiones y hechos sin explicar que acaban por olvidarse...

La idea fue de Alba. "Tengo que escribir un libro sobre mi historia", dijo después de su primera operación. Y a partir de entonces, yo empecé a tomar notas. A veces, en circunstancias muy dramáticas.

A pesar de todo, éste no es un libro amargo. No he querido escribir sobre enfermedades. Es nuestra historia, como la de tantos otros. Y su materia son las emociones. Porque hay una rara esperanza en el fondo del relato. Quizás éste fue el motivo que más me impulsó a romper la regla del silencio. Es posible caminar con la vida en contra. Luchar utilizando el corazón y los sentimientos de una chica de sólo veintidós años. Asumir las condiciones más duras y no perder el sentido de sí mismo. Entonces, la vida y la muerte se convierten en otra cosa. Parece como si no fueran lo más importante. Un silencio lo llena todo. Y sólo puede explicarse con algunas imágenes. Como una flor, una estrella o una puesta de sol.

Pocas semanas antes de morir, Alba encontró el título. "Te lo contaré en un viaje". No debí de mostrarme muy entusiasmado, porque le comentó con sordina a Marta, la psicóloga: "A mi padre no le ha gustado nada".

Pero es un buen título. Y a medida que avanzaba la escritura, más contenido tomaba. Un discurso íntimo, a dos voces. En el que sólo hablo por ella y por mí, ya que los otros personajes quedan voluntariamente desdibujados. También tiene ese trasfondo de viaje que sugiere. Contar una historia, soñar, mientras la vida cambia como un paisaje de tren.

Alba apenas llegó a escribir algunas líneas. Yo supe desde el primer momento que lo haría por ella.

Y creo que Alba también.

I. EL PADRE DE ALBA

Hay muy pocas palabras para definir los olores. Quizás porque el olfato es infinitamente preciso y se conecta a la parte del cerebro más próxima a la memoria. La huella de un olor puede ser tan intensa que va más allá del espacio y el tiempo. Ocurre como con algunos sueños, que una vez evocados resulta imposible saber si fueron de ayer o de hace años.

Pero es una plenitud fugaz. El olfato se satura con rapidez, y ante ciertos olores hay que dejar transcurrir unos minutos para que el sentido se recupere. Después, el aroma tal vez ya no sea el mismo. La experiencia de oler es inasible, sin colores, papel o piedra en que fijarla. Sólo un fluir interno, fugitivo, donde tiemblan tus recuerdos.

Abrir la puerta era entrar de un mundo a otro. En el pasillo se acumulaban los pequeños olores: la calle y los coches, el papel de los libros, el mentolado del limpiador para los suelos, quizás un poco de las cocinas que dan a la escalera. Por el contrario, en el cuarto de Alba el olor era enorme. Se extendía por las sombras y las paredes igual que una enredadera, con tantos colores que era incapaz de encontrar una palabra. Un adjetivo.

Había pensado mucho en aquel momento. Cuando regresara a casa y ella ya no estuviera allí. Escucharía el ruido del pestillo de su puerta, el click de la luz, y serían tantas las cosas que no podría olvidar... Por eso entré en su habitación con un escalofrío. Sin embargo, no encontré nada mausoléico o desgarrador.

Solamente un jardín de olores.

La primera palabra sería fragante. Sensación relacionada con las flores y el frescor, aunque en este caso fuera antiguo. Un olor a rosa griega.

Miré al techo como si pudiera seguir la forma de nube con que aquel aroma se esparcía a través de lo invisible, de la misma manera que los cielos del atardecer se iluminan desde dentro. La vela de rosas apagada, unos frascos de pomada hidratante para la piel, polvos de

talco, toallitas de colonia, y un frasco de agua de rosas que siempre le acompañaba.

La luz de la mesita de noche proyectaba en el cuarto una claridad muy tenue y apagada. La misma pared tenía un color rosado, pálido, algodonado, casi emborrachador. El cuadro del Titanic, algunos carteles de Mat Dillon, fotos y recuerdos, un poema de su amiga Maaike que comienza "un banco perdido y un cielo despejado", una bandera belga, la televisión, montones de revistas sobre perros, las gafas con sus patillas cuidadosamente plegadas, el despertador que se había parado a las nueve en punto. Los olores seguían allí, como si nada hubiera pasado. Me recordaron a una de aquellas rosas de agua que se guardan en un vaso, flotando en su mundo de cristal.

Al sentarme en el sillón, crujieron los muelles. Me emocionó el recuerdo de las últimas noches en vela, cuando intentaba encontrar una postura cómoda luchando contra los ruidos de hierros y resortes. Envuelto en una manta, a los pies de la cama, contemplaba horas y horas las seis rosas rojas que Alba tenía colgadas sobre la cabecera.

Entonces apareció la segunda palabra: balsámico. Perfume que produce un efecto de curación y bienestar. Después de un rato, me había empapado tanto del olor a rosas que perdí su percepción. Gracias a ello, noté apenas un destello, un hilo de luz que despertaba otras sensaciones. Reconocí el aroma. Las barritas de incienso tibetano con las que perfumábamos la casa. La última había quedado encima de la mesa, convertida en un gusanito de ceniza. Al acercarme, aspiré con fuerza aquella mezcla de madera, esencia religiosa y perfume interior.

Pero había algo más. Me moví por la habitación intentando encontrarlo. Era difícil porque buscaba afuera y adentro a la vez, entre las cosas pero también moviendo los recuerdos. Hasta que di con un pequeño pote en la mesita de noche. La pomada china del tigre. Durante las últimas semanas sirvió para aliviar los dolores musculares causados por la inmovilidad. Los masajes con aquella pócima lo llenaban todo de un balsamismo casi agresivo, que entraba como un tigre efluvioso por las venas y la piel.

Todavía encontré otro olor del mismo orden. Salía de los cajones del *chiffonnier*. Allí estaban sus camisetas y calcetines, limpios y plegados. Sólo olían a ropa. Pero en un rincón, una bolsita contenía esas piedras aromáticas que exhalan un perfume muy espeso, color granate, también balsámico.

¿Es posible habitar una ausencia? No creo del todo en la sobrenaturalidad ni en las fantasmagorías. Lo realmente extraordinario suele formar parte del mundo común, y la diferencia está en nosotros y en nuestra percepción. Que a veces se dispara y otorga a las cosas un valor inexplicable.

Encerrado en aquel cuarto, estaba muy lejos, en una intemporalidad suspendida entre la memoria y el ahora. Como si fuera el presente del pasado. Todos aquellos olores me evocaban la presencia de Alba, pese a que hacía un mes que había muerto. Pero a la vez, escuchaba los sonidos cotidianos de la casa, el respirar del día a día. Y la combinación de aquella eternidad aromática con el minuteo de la realidad me producía una emoción contradictoria.

¿Qué retenemos de aquellas personas a las que amamos? Nos quedan imágenes, ecos, olores, rastros. Pero no son ellas. Sino el espejo que llevamos dentro.

Había una tercera palabra. El olor atrojado, a materia orgánica que con el paso del tiempo se va aterciopelando, hasta adquirir una cualidad casi mineral, un poco rancia.

La sábana rosa todavía arrugada, los empapadores, la manta que desprendía una suavidad de presencia humana, los calcetines amarillos, la moqueta, el pañuelo con flores de edelweiss que cubría la cadena de música, los muñecos de felpa. La impregnación se había ido secando, como las margaritas blancas que seguían frente a la cama. Y quedaba una alfombra de hierba amarilla que parecía crujir cuando la olías.

Me di cuenta que en unas pocas semanas había olvidado el nombre de algunos médicos, incluso las medicinas de la rutina diaria. Toda la intensidad de los últimos meses se desdibujaba sobre la arena, lamida por las olas. Pero en la almohada aún seguía el huequecito de su cabeza. Aquí el paso del tiempo iba borrando sus señales con dulzura, y dejaba olores apergaminados, dormidos.

Creía que despertar todos aquellos recuerdos sólo me haría daño. Sin embargo, también producían una oculta ternura, algo parecido a una afirmación de su presencia. Pasaba entre ellos con una sonrisa, sintiéndolos en la punta de los dedos. Cogí el espejo de madera en el que se miraba, y lo dejé alineado con el mando a distancia de la tele. Puse bien las zapatillas. Olí la bolsa de galletas y la caja con bombones belgas. El móvil de mariposas se balanceó ligeramente. El termómetro todavía marcaba 38 y medio.

Al salir, cerré la luz y me pareció que ella seguía durmiendo.

*

¿Podemos reconocernos en aquellos que fuimos? Al ver las fotografías, recuerdo mi "síndrome del parque". Me veo en los retratos delgado, melenudo, con una barba rizada y compacta que parece de fundamentalista islámico. La mirada ausente, siempre pensando en otras cosas.

Alba tenía cinco años cuando Pilar y yo nos divorciamos, y Anna era todavía muy pequeña. A principios de los ochenta, la separación contaba con muy pocos precedentes, y cada uno reorganizaba su vida como buenamente podía, sin un modelo que seguir.

Así que, los fines de semana, paseaba con mis hijas por el parque. Eramos la típica estampa de familia separada, yo enfundado en un abrigo demasiado grande, las niñas con mocos, cansadas de tanto caminar, preguntando a cada paso: "¿Y ahora qué haremos?".

Nos cruzábamos entonces con las familias perfectas. La ropa limpia, bien ajustada. Llevaban un manojo de globos de colores atado al manillar del cochecito, que rebotaban entre sí. Los padres reían confiadamente al pie del tobogán, soportaban decenas y decenas de descendimientos sin inmutarse. Ayudaban al crío a subir las escaleras, le aguantaban la tripita al caer, lo levantaban con alborozo sobre la arena. Y vuelta a empezar. De vez en cuando, se hacían fotos. "Vamos, decid pa-ta-ta: pa-ta-ta".

Yo pasaba entre ellos con Alba llorando y Anna arrastrándose morruda. Pensaba en aquellas plácidas familias que luego irían a la feria a comprar caramelos y *pommes d'api*. Cuando llegaran a casa, el padre repasaría los deberes con infinita paciencia, y a la hora de dormir se sentaría con el sempiterno cuento de Caperucita al borde de la cama. "Erase una vez..." Seguro que incluso aguantaba las fiestas de cumpleaños sin quitarse el gorrito...

¡Dios mío! A su lado yo era un completo desastre. Se me nota hasta en las fotografías. Me aburría en los columpios, erraba de un lugar a otro sin saber exactamente qué hacer, me exasperaban las peleas infantiles y los vertidos de coca-cola sobre la mesa, en las fiestas nunca calculaba correctamente la cantidad de patatas fritas, odiaba las reuniones de padres en la escuela y no soportaba los globos. La incansable capacidad ametralladora de los niños acababa por fundir mis

circuitos y colocarme en un estado de gravitación astronáutica.

Supongo que era evidente. Tal vez por ello, las amigas de Alba cuando se quedaban a cenar mostraban una cierta compasión: "No te preocupes, mi madre también cocina muy mal".

En mi más temprana juventud, salí con algunas chicas francesas. Y sospechosamente todas me preguntaban: "*A quoi penses tu*?". Ahora me hago la misma pregunta: "¿En qué pensaba durante todos aquellos años?".

Mientras los padres del parque cumplían con su rol, yo me perdía en el laberinto de los trabajos y las ideas. Siempre tuve la sensación de que no había tiempo para cuanto quería hacer. Y a la menor oportunidad sacaba la libreta de notas, inventaba un argumento, planeaba un reportaje. La vida cotidiana me resultaba difícil e irritante. Me cansaba más comprar en el supermercado que escribir cuarenta páginas.

No es extraño entonces que la alternancia entre la neurosis periodística y el papel de padre por un fin de semana resultase agotadora. En el apartamento, nada parecía preparado para ellas. Los vasos se rompían, faltaba comida, pintaban monigotes en mis libros, mis camas siempre eran más incómodas y frías que las suyas...

Sin embargo, cuando el domingo por la noche las dejaba en casa de su madre, regresaba con una sensación de gran vacío. Las habitaciones parecían entonces tumbales y silenciosas. Todo en la casa estaba inerte, colocado en su sitio, sin una manita que amenazara con romperlo. Suspiraba hondo y miraba por la ventana. Las echaba de menos.

No pondría mi nombre en la enciclopedia de la paternidad ejemplar. Pero en medio de mi caos y de la extraña voluntad de acción que me dominaba, como padre siempre procuré al menos mostrar mis sentimientos. Espero que éste y otros aspectos compensaran la falta de globos.

*

Es el mismo silencio. Sentado en el sofá de mi despacho, voy cerrando puertas para no sentir el piso tan grande, tan vacío. La luz ilumina este rincón como si fuera un barco en medio de la noche. El resto de la casa, el pasillo, los dormitorios, el comedor y la cocina están tomados por la sombra y las ausencias.

Revuelvo las fotografías, como si tuviese la necesidad de acordarme

de todo. Es muy extraño, porque tus propias imágenes acaban por asumir una vida segregada. Se convierten en personajes incluso desconocidos. Además, cuando las amontonas en el suelo, como una alfombra de formas y colores, dialogan entre sí, se atraen o rechazan con la fuerza de un imán; explicándose por contraste, por semejanza o acumulación. Ponen al descubierto evidencias que, de otra forma, resultan muy difíciles de percibir.

En ese momento, tu historia dejar de ser una línea de calendario para complicarse en huecos y meandros, con tantas cosas ignoradas como sabidas. Caras que ya no son la tuya, lugares que han desaparecido, evocaciones que se desdibujan en un limbo impreciso. A veces, tienes una necesidad urgente de reconocerte en ellas. Sobre todo cuando te interrogas sobre aquello que alguien que se supone eras tú hizo algún día en nombre de algo que no acabas de recordar.

En 1976 yo era una especie de Pink Floyd contracultural. Leía libros de Allan Watts y novelas de H.P. Lovecraft. El hecho de abandonar Barcelona para instalarme en Mallorca supuso una ruptura vital con mi mundo anterior. Dejar la gran ciudad, los trabajos convencionales, el paisaje gris del postfranquismo, incluso mi propia historia y juventud.

Empecé a trabajar en el "Diario de Mallorca" y las horas del día eran pocas para tantos proyectos. Ahora, visto desde la distancia, creo que apenas disfruté de la isla durante los primeros tiempos. Me dominaba un entusiasmo voraz por hacer finalmente aquello que me gustaba.

Alba nació en agosto de aquel mismo año. Tengo una foto del día anterior. Estoy sentado en las rocas del muelle de Palma, con una camisa hippie a rayas azules que picaba como un demonio y un ridículo bolso en bandolera. Debían de ser las ocho y media de la tarde, porque por el fondo de la imagen entran en la bocana del puerto el ferry de la Trasmediterránea y un canguro de Ybarra. Dos figuras que evocan el viaje, la llegada. Es una fotografía en blanco y negro, con un grano muy espeso que convierte el mar y la lejanía en una especie de empastado gris. Recortado sobre él, me sorprenden mis rasgos fuertes, marcados por un negro muy subido. La mirada me recuerda a mi padre cuando empezaba a perder la paciencia y tamborileaba con los dedos. No me parezco un personaje simpático, ni siquiera por mi inminente paternidad. Estoy perplejo o preocupado.

Aquella misma tarde me senté en la mecedora para escuchar el "*Atom Hearth Mother*" de Pink Floyd. Sabía que era una fecha importante, porque el parto debía provocarse a las nueve de la mañana. Era la última noche antes de Alba. Su bienvenida.

Yo creía entonces en el poder mágico de la música. Los sonidos pueden evocar analogías con el inconsciente, despertar partes oscuras. Un tipo de conocimiento distinto que afecta directamente a la dimensión del alma, apenas sin intermediarios.

Quería "viajar" hacia Alba, encontrarla antes de que naciera. Y me abandoné a las armonías pinkfloydianas y a todo cuanto me sugerían, en la penumbra de un piso todavía a medio montar, entre cajas de cartón, con el cric-crac del balancín y los volúmenes atómicos de la música. Abrí las puertas hacia los paisajes de mi imaginación en un vuelo "seco", sin estimulantes, y aunque ha pasado mucho tiempo y no puedo reconstruir con exactitud lo que sentí, conservo el apunte en mi libreta de notas: "6 agosto 1976. Invocada la Estrella, tras un viaje, círculos, nubes, bosques, desiertos, árboles. En el sol. Cuarto creciente".

La Estrella es la carta XVII del Tarot y representa a una joven desnuda que vierte un cántaro de agua, bajo un astro radiante y el cielo azul celeste.

El motivo de la estrella definiría, sin saberlo, mi relación con Alba.

Busco sus primeras imágenes. Alba a los pocos meses, en la bañera. Los colores han perdido su tonalidad y parecen velados por un *flou*. Pero allí está ella, agarrada a un plástico de cuadros celestes. Era tan rubia que parecía no tener pelo, y sus ojos azules resaltaban como los de un personaje de dibujos animados. Por eso le llamábamos Piolindo. En aquella imagen sonríe arrugando la nariz, con los ojos muy cerrados, y se le forman dos hoyuelos en las mejillas. Un gesto que se repite en otras fotos: de los cinco años, de los dieciséis, de los veintiuno.

La sonrisa de hoyuelos adquiere así una trascendencia definitiva. La encuentro aquí y allá, igual que un sustrato invariable de su forma de ser. Recorre sus imágenes gritando con una vocecita de Piolindo: "Me pareció ver un lindo gatito". Es una proclamación de infancia e ingenuidad, una parte de sí misma que nunca le abandonó y que jugó un papel muy importante en los momentos más críticos. Sólo me di cuenta gracias a las fotos.

La revelación más desconcertante viene después. En el montón de fotografías, la evolución del rostro y los gestos son los habituales en una chica joven. La cara llenita de la pubertad, el acné, un estilo de coquetería, la definición de los rasgos en la veintena. Así llega hasta la enfermedad y la primera operación.

Pero las últimas imágenes parecen de otra persona. Lleva el pelo corto y su piel se ve más pálida, son los únicos signos enfermizos. Aparece sentada en una butaca, pocos días antes de la segunda intervención. Su mirada tiene una hondura y una serenidad inesperadas. Una madurez interior que se perfila en la forma relajada de fruncir los párpados, a guisa de cariño. Las cejas, la boca, la manera de ladear ligeramente la cabeza son las de una persona que habita en sí misma y se asoma confiadamente al mundo, completa, con un poco de ternura y comprensión. Lleva unos pendientes de bolitas, un colgante con el número 13 que le daba buena suerte. Y su media sonrisa no tiene absolutamente ningún quiebro de amargura, dolor o miedo. La luz de la ventana difumina levemente la parte izquierda de su cara, dándole una irrealidad sutil que contrasta con los detalles marcados por el *flash*. Hay quizás una profundidad excesiva en la mirada, un trasmundo que no acabas de precisar pero que se adivina en la intensidad de la pupila, y ese azul de los ojos iluminado por dentro. Sin embargo, cualquiera que no conozca las circunstancias diría que es una chica tranquila, sin problemas, que mira las cosas con total confianza.

Acababa de pasar dos semanas críticas en un hospital, con fiebre, vómitos y fuertes dolores de cabeza. Recuerdo perfectamente el resultado de la resonancia magnética que se hizo aquel mismo día. Tan alarmante que suponía apenas unas cuantas semanas de vida. Las aterradoras frases del informe no se corresponden en absoluto con la placidez de la imagen. Parecen de otra historia, otra persona.

Antes de la enfermedad, era una chica de veintiún años. Después, una mujer que sonreía como un Piolindo que ya lo sabe todo.

Me pregunto con alarma si realmente llegué a conocerla. Y si me reconozco también en el personaje que en otro tiempo fui. La cadena que te une a los demás está hecha de momentos mágicos y también de vacíos. Recuerdo la inmensidad de sus ojos infantiles cuando me dijo en el sofá de mi apartamento, un atardecer de verano: "Yo quiero vivir contigo". Y un viaje en el barco de Ibiza, en medio de una niebla tan espesa que anulaba toda visibilidad. Ella lloraba, asustada por la sirena,

yo la cogía en brazos como si la existencia se redujera a nosotros dos en medio de la nada. O aquella cajita de música pintada de estrellas, rematada por una luna de metal, que tocaba la canción de *Moon river*. Era todavía muy pequeña cuando se la regalé, pero los dos nos miramos con emoción, compartiendo algo tan hondo que todavía me estremece.

La vida es algo más que un síntoma clínico. Algunos acontecimientos tienen una lógica oculta que sólo años después parece cobrar sentido, para construir así el pasado. La materia consciente busca conciencia. Y el conocimiento también llega tarde o surge cuando no lo esperas.

Se supone que yo debo demostrar mi duelo guardando los recuerdos de mi hija para asumir una nueva soledad. Pero en este momento, cada evocación es un regalo, porque sirve para entender un ciclo y explicarlo. Sea a través de una vieja fotografía o del olor a rosas de su cuarto, que a veces llega hasta el despacho como si quisiera saludarme.

La enfermedad puede curar, y hay felicidades estúpidas que aniquilan. Tal vez no aproveché todas las posibilidades de mi vida con Alba. Pero cuando sentí la amenaza de la muerte, algo me dijo que había que llegar hasta el final.

Y era posible. Hay que afinar el alma y no tener miedo. ¿Cambia eso el valor de la tragedia?

Te lo contaré en un viaje.

II. EL COLOR DE TU ESTRELLA

Cosas tan sencillas. Salir a la calle, mezclarte con la gente y caminar unos pasos bajo el sol mientras contemplas las hojas de los árboles. O llevarte un vaso de agua fría a la boca. Sentir primero su tacto helado, casi mineral. Y después el frescor lleno de matices, resbalando por la garganta. Mientras el cuerpo reacciona poco a poco, cambia su temperatura y su equilibrio.

No hay tesoro más valioso que la normalidad, porque sólo se aprecia cuando ya se ha perdido. Entonces las preocupaciones que eran importantes se convierten en futiles y las actividades más simples, como pasear por la calle o beber un vaso de agua fresca, aparecen como un lujo inalcanzable.

Desde 1991, Alba vivía con Anna y su madre en Luxemburgo. Durante el curso, me acercaba algunas veces a visitarlas y ellas venían a España por las vacaciones. Los veranos pasábamos unos días en la costa nordeste de Mallorca, cerca de la Colònia de Sant Pere.

El cambio de Mallorca a Luxemburgo contribuyó a desarrollar su carácter. Acostumbrarse a otros idiomas y países diferentes, conocer gente nueva. Alba, que nunca brilló excesivamente en los estudios, tenía no obstante una aguda inteligencia relacional que la hacía popular entre sus amigos. Le gustaba darse, tener un papel en el grupo, ayudar. Realmente, se correspondía con el prototipo del signo Leo: una leona orgullosa de sí misma, como una reina, muy pendiente de su autoestima pero al mismo tiempo valiente y desprendida, emotiva y pasional. Siempre en los extremos, contemplándose en los demás.

Vivir fuera de España, viajar, convivir con sus amigos fueron para Alba lo más importante durante su adolescencia. Hasta el punto de que, finalmente, sus estudios se resintieron y no pudo continuar en Luxemburgo. Vino entonces el año más importante de su vida, cuando en 1994 - y con una cierta oposición por mi parte - se instaló sola en Bruselas para matricularse en una escuela de enseñanza libre. Tampoco

funcionó, pero aquel curso supuso para ella un hito de madurez e independencia. Tenía una pequeña habitación en una casa para estudiantes de la Avenue de Visé, con sus muñecos, pósters, unas cortinas amarillas y las seis rosas de papel en la pared. Era un pequeño mundo, pero por primera vez algo enteramente suyo. Allí estableció también una relación amorosa, y sus amigas le llamaban "Nony", como el personaje de "Mucho ruido y pocas nueces". Estaba muy realizada.

Alba y yo siempre nos comunicamos profundamente. Yo le escribía cartas con dibujos de patatas fritas, las famosas *frites* belgas. Ella me contestaba con largas descripciones de su habitación o relataba algunos lances de su vida cotidiana. "¿A qué no sabes lo que he hecho hoy? He ido por segunda vez a la sala de lavadoras. Igual que en Nueva York, ¡mola a muerte! Lo peor es que estás dos horas sin hacer nada (o casi nada), mirando cómo da vueltas tu ropa. Bueno tienes dos posibilidades: 1) Sentarte en las sillas de plástico y leer o mirar o contar las vueltas que da tu ropa; 2) O hablar con la maruja que tienes al lado y que no para de explicarte las mil maneras para que las bragas o la ropa de color blanco queden como nuevas. Me encanta la sala de lavadoras".

También hablábamos a menudo por teléfono. En general, nos contábamos cosas sin importancia. Pero la música de su voz, las inflexiones que pasaban de la alegría a la dulzura, de una especie de piolindismo infantil a los ecos más maduros, alimentaban su recuerdo, me hacían falta. Su forma de hablar tenía registros muy diferentes. Era cálida y entusiasta, en una primera instancia parecía fuerte, pero si sabías escucharla, bajo algunas expresiones adivinabas una suave fragilidad sentimental que ella misma ocultaba. Dos minutos de conversación, no importaba el tema, me decían muchas cosas sobre ella.

Bruselas era un sueño. Pero en el fondo se agitaban las tintas del conflicto.

Desde el principio desconfié de la solución belga, y durante la navidad de 1994, tuvimos una discusión algo violenta en la terraza de un bar. Ella insistía en permanecer a toda costa en Bélgica, yo - enarbolando la égida de la paternidad - le planteé un ultimátum: si no aprobaba los exámenes vendría a estudiar a Barcelona.

No aprobó.

Dejar todo aquel mundo propio para volver a España, a una ciudad

que tampoco era la suya, y compartir piso con su padre (yo acababa de abandonar Mallorca para instalarme en Barcelona) no era justamente el ideal de felicidad para Alba. No sólo dejaba amigos y vivencias, sino que también su relación sentimental quedaba descolgada.

El aterrizaje fue complicado. Comenzó a estudiar en la que fue mi escuela, y veía con ojos críticos todo cuanto hacía referencia a Barcelona. La gente era antipática, había demasiado ruido, no sabía adónde ir por la noche, se aburría. Por mi parte, sumergido en un pandemónium de trabajo y readaptación a la ciudad que había dejado hacía veinte años, no tenía tampoco paciencia para resistir sus reivindicaciones.

Nuestro piso era la típica vivienda del Eixample barcelonés: un largo pasillo con un grupo de habitaciones a cada lado. Alba ocupaba dos piezas contiguas a mi despacho, y al otro extremo se encontraban el comedor y mi dormitorio. Cada uno se reservaba su espacio, por lo que solíamos escoger el corredor para pelearnos, tal vez porque resonaba más. Una noche, en pleno debate bruselense, dimos unas voces y uno de los cuadros cayó pesadamente al suelo, rompiéndose el cristal en mil pedazos.

Los dos nos miramos en silencio y fuimos a contemplarlo. Luego cenamos mucho más descansados.

Alba escribió a una amiga: "Vivo con un tío que no para por casa y cuando está no habla". Yo, por mi parte, miraba al techo con ojos eccehómicos cada vez que ella soltaba la retahíla de acusaciones contra su nueva vida.

En estas circunstancias, mi padre sufrió un infarto de miocardio y murió un mes después. Fue como si el destino hubiera preparado minuciosamente mi regreso a Barcelona: nuevo trabajo, escuela para Alba, afrontar la muerte de mi padre... El día del entierro, ella se quedó impresionada y escribió: "Dentro de una especie de botella pequeña estaban las cenizas de mi abuelo. Todo él dentro de una pequeña botella negra con su nombre grabado... Nunca sabemos lo que nos puede pasar".

No fue una temporada fácil, pero acabamos por establecer un *statu quo* que ahora recuerdo con nostalgia. Cada noche, alrededor de las nueve y media, escuchaba el portal de abajo. Y luego las pisadas firmes de sus *doc martins* escalón tras escalón. Sonaban las llaves hurgando en la cerradura, luego chirriaba la puerta. Ella decía "hola", con la voz

ahogada por las prisas, y entraba en su cuarto con la mochila azul cargada de libros y carpetas.

"No sabes lo que me ha pasado hoy en la clase de Latín..."

Cenábamos, veíamos un poco la tele. Yo me iba a dormir y ella se quedaba hasta tarde, leyendo, jugando al solitario con el ordenador, fumando.

Me acostumbré a compartir el cuarto de baño con sus leches limpiadoras y cremas hidratantes, a escuchar la radio por la mañana mientras ella se preparaba el desayuno, a llamarla cuando estaba fuera: "Albis, ¿cómo estás?", a escuchar sus refunfuños, y a verla salir el viernes por la noche, maquillada, oliendo a perfume, los ojos azules remarcados por una sombra oscura y el pelo rubio, lacio y bien peinado.

Cosas sencillas, que parecen sin valor. Hasta que se pierden. Como la enfermedad te separa de la que era tu vida para quizás no dejarte volver.

*

Me fascina esa idea tradicional de que el destino está escrito en las estrellas. El cielo como un libro, y en las constelaciones la taquigrafía de la inmortalidad. Lo que está dictado de antemano, decidido. Si pudiéramos interrogar a los astros, interpretar las palabras que componen por la noche... Buenas y malas luminarias que te gobiernan con sus hilos invisibles, condicionando el color de los acontecimientos, preparando lo que ha de venir. Tu estrella, tu designio.

Alba apuntó en una de sus libretas: "6 de septiembre de 1996. Hoy he soñado con estrellas fugaces y en el libro de los sueños dice: Estrellas fugaces predicen cambios que causarán mucha angustia y desaliento".

Curiosamente, en diciembre de aquel mismo año yo regresaba en barco de Ibiza, y al entrar en el puerto de Barcelona vi encima mismo de Montjuïc un aerolito luminoso como una bengala, verde, rutilante, que dejaba una estela tan precisa como si las manos de un dios hubiesen encendido una cerilla en el cielo. Algo me dijo que era una señal. En aquel momento creí que de buen agüero. "Tal vez se cumplan mis anhelos". Pero lo cierto es que a partir de aquel momento empezaron a acumularse los problemas, cada vez más graves y angustiosos.

Ahora sé que las estrellas fugaces no conceden tus deseos, sino que te imponen los suyos.

Alba hizo un esfuerzo por recuperarse en los estudios y lo consiguió. En la primavera de 1997 estaba más reconciliada con Barcelona y tenía su círculo de amigas, aunque la relación con su novio belga acabó mal y se sentía un poco sola. Aquel año quedó muy impactada por el cáncer que sufrió una pariente cercana, y se preocupó mucho por Maria, su profesora de Latín, cuyo marido acababa de morir a causa de la misma enfermedad.

"No lo sé, pero la vida no es esto. Nada más vivimos una vez y hay gente que muere sin saber lo que es la rosa de la vida, ese diamante que sólo brilla cuando lo cuidas". Era el mes de mayo cuando escribió esta reflexión. Yo estaba pasando una temporada difícil, muy inestable en el trabajo y lo emocional, de manera que me encerraba muchas horas en mi despacho o me escapaba algunos días a Mallorca, para huir de la presión. Alba ya era mayor y podía quedarse sola. Sin embargo, cuando estaba lejos, notaba un cierto deje de angustia en su voz. Las llamadas siempre eran un poco dramáticas, había algún problema, algo no funcionaba, no se encontraba bien...

Probablemente eso explica que no diera excesiva importancia a la primera vez que me dijo: "Tengo que ir al psicólogo. Tengo paranoias". "¿Cómo paranoias?". "Sí, oigo voces".

Pensé que era un efecto psicológico de la saturación que le causaban los estudios. Ella tampoco insistió demasiado, como si sintiera cierto pudor. De vez en cuando se tomaba un gelocatil para el dolor de cabeza.

Aprobó el curso, lo celebramos. Luego se fue a Luxemburgo y nos reunimos en Mallorca el mes de julio. Ella llegó acompañada de Maaike. Alba solía presentarme a todas sus compañeras como “mi mejor amiga”. Pero con Maaike, una chica holandesa de su misma edad, la sensación era distinta. Había una compenetración especial.

Cuando Alba bajó del barco, la encontré diferente. Parecía más pálida y delgada, ni siquiera las gafas de sol disimulaban sus ojeras. Fuimos los tres a la casa de la playa y yo la notaba nerviosa, crispada.

Al atardecer, Alba y Maaike se sentaban en un banco de madera situado junto al mar, con toda la bahía de Alcúdia desplegada como un decorado. Lo llamaban "el banco de Hemingway", porque una tarde hablaban del escritor americano y apareció de repente un gato, el

animal preferido del autor de "El viejo y el mar". Creo que aquellas horas en el banco, hablando, escribiendo, fumando y tirando piedras al agua, fueron para ella lo mejor de aquel horrible verano.

Desde Mallorca, las dos viajaron a Paris. Allí Alba comenzó a tener problemas serios. Se mareaba, las "paranoias" se multiplicaban, a veces no podía controlarlas. Ella lo aguantaba sin quejarse demasiado. Su madre y yo pensábamos en algún pequeño brote epiléptico, relacionado con el esfuerzo de los exámenes.

Ahora leo el relato que Alba escribió sobre aquellas crisis y me pregunto cómo no nos dimos cuenta de lo que pasaba. La enfermedad se anunciaba con una sombría precisión:

"Todo comienza con una sensación rara en el estómago. No sé cómo describirla. Es como si echases a faltar mucho algo de tu vida. Después de unos cuantos minutos, no muchos, tengo una sensación extraña en la cabeza, igual que si unas imágenes que no conozco invadieran lo que estaba pensando en aquel momento. Y de repente empiezo a verlas o imaginarlas en mi cabeza. A la vez comienza un dolor de cabeza que es siempre en el lado derecho. Al principio todo es muy confuso. Si puedo controlarme, estas imágenes se van. Pero cuando no puedo, me siento como si estuviera viendo una película o un sueño. El protagonista normalmente es un hombre, a veces una mujer. El hombre tiene el pelo negro y un traje blanco y la mujer un pelo rizado, espeso y de color castaño tirando a rojo.

"El protagonista se encuentra en una situación incómoda, tiene que estar pendiente de dos situaciones. Una es muy rara, alguien de otro planeta lo necesita y él se tiene que concentrar para tener su contacto. A él no le acaba de gustar y de repente tiene que irse deprisa a una especie de discoteca o habitación en la que hay música. Y él dice: 'No pasa nada, continúa como si nada'. Y empieza a bailar y dirigir la música. Es aquí donde mi cabeza pierde el control. Es como si lo que siente esta persona lo estuviera pasando yo. Dejo de sentir, escuchar y hablar. Desconecto de todo, de mi mundo, y me siento mal. Si empiezo a hablar me escucho a mí misma, tengo miedo. Es como si tuviese una doble personalidad y entonces me viene una imagen que no puedo describir. Lo único que siento es que mi conciencia se va".

Todo aquello coincidía además con un estado general de irritación. El día en que cumplió los 21 años fuimos a comer los cuatro cerca del mar. Hacía mucho calor, Alba estaba muy crispada y acabamos

peleándonos unos con otros. Volvió a insistir sobre sus paranoias y decidimos llevarla al médico, con el convencimiento de que se trataba de un problema mental. La cita era el lunes.

Me ha quedado grabada una escena del domingo anterior. Acababa de llegar mi madre para pasar unos días de vacaciones y fuimos a la casa de la playa con Alba y Anna. Era un día plúmbeo, de una niebla malsana que se confundía con la línea del mar. Me bañé en unas rocas y el agua parecía el mercurio de los termómetros. Pesada, espesa, caliente. Tenía una sensación de sofoco interior que provocaba desasosiego. Quizás eso influyó también en que Alba estuviese más irritable que de costumbre. Discutía con Anna y mi madre por cosas diferentes, elevaba constantemente el tono de la voz.

Después de una de aquellas trifulcas, desapareció un rato con su libreta. Supongo que se fue al banco de Hemingway. Hasta aquel momento, yo vivía este episodio de una forma un poco tangencial. Estaba preocupado por mis propios problemas y no tenía la menor duda de que las paranoias de Alba eran de origen nervioso. Aunque me alarmaban un poco, también las relacionaba con su tendencia a enfatizar los problemas. Ninguna sensación profunda me indicaba la inminencia de un peligro.

Pero aquella tarde asfixiante, de camino a casa después del baño, vi a lo lejos la figura de Alba que volvía de su paseo. Entre el cielo gris lechoso, sus pantalones safari, las gafas de sol, el gesto de cansancio, tan blanca y delgada. Levantó una mano para saludarme. Y de repente, sentí como si estuviese contemplando una especie de diapositiva del futuro. Después de tanta excitación, su imagen en aquel camino me inspiró una extraña ternura. Igual que si ella estuviese indefensa y formase ya parte de otro tiempo. Y yo pensara: "Mira, cada vez que pase por aquí volveré a verla saludando, con sus gafas y sus pantalones cortos".

Fue la primera de una serie de percepciones que no soy capaz de calificar. Me disgustan las categorías parapsicológicas, no creo en las matemáticas exactas de lo sobrenatural. Quizás porque son reducciones muy racionalistas de hechos mucho más difusos, indefinibles, sin un principio y un final tan acabados. ¿Quién puede separar un presagio de una imaginación? ¿Cómo distinguir un sueño premonitorio de la sensación de haber tenido un sueño premonitorio? ¿Dónde empieza exactamente el componente objetivo y acaba el subjetivo?

Yo diría que se trata más bien de interpretaciones distintas, intencionales, de la realidad. Hechos que en otro contexto pasarían inadvertidos, de repente adquieren la trascendencia de una catedral de las casualidades. Aquella imagen de Alba fue un anuncio flotante, difuso, reflejado en el estanque subterráneo de mi intuición. Una advertencia de que algo estaba a punto de ocurrir. Ahora bien, no podría atribuirlo a una esfera superior, a un poder, a cualquier cosa que suene a intervención de otros mundos.

Prefiero creer que existen "imaginaciones significativas". Acontecimientos de tu vida interior que, como las estrellas, se constelan al entrar en relación con algo más grande y lleno de sentido. No acaban de ser tuyos del todo, pero tampoco provienen de la boca grande de un ángel. Existen porque los sientes. Y resuenan como letras de un gran libro del firmamento. Al fin y al cabo, en el cielo no hay carros, ni animales ni centauros. Pero eso no resta fuerza a sus mitos.

Parece como si la proximidad de las grandes cuestiones, como el amor, el destino y la muerte, diera significación a esas casualidades con las que no sabes muy bien qué hacer. Si creerlas o seguir la doctrina del azar. Aunque lo más seguro es que el azar por el azar no exista.

Aquella noche me tumbé en la terraza para contemplar las estrellas. La televisión relampagueaba por la ventana, y se mezclaban las voces de la película con los comentarios algo frenéticos de Alba. El firmamento estaba sereno y podía ver el cúmulo lechoso de la Vía Láctea sobre mi cabeza. Me coloqué mejor los almohadones que me protegían del suelo de madera. Allá arriba, en ese mismo lugar que estaba contemplando, un grupo de estrellas, más brillantes, más blancas, quizás anunciaban con la signatura del cielo que nuestra vida estaba a punto de cambiar.

*

Estás sentado en el tren. La gente entra y se acomoda, y por la ventanilla contemplas un paisaje estático. De repente se cierran las puertas. En una milésima de segundo, el vagón da una pequeña sacudida. Es el momento preciso, la cisura que separa un tiempo de otro, un acontecimiento del anterior. La espera ha terminado y comienza el viaje, aunque todavía sigas en el mismo sitio. Todo es diferente aun siendo igual, porque el decorado se desliza con suavidad por la ventana y estás un poco más cerca, muy poco, de tu destino.

Puedo establecer perfectamente el momento en que el tren de mi vida empezó ese otro viaje. El instante que trazó la línea roja entre un antes y un después. Parece imposible que puedas señalar la precisa frontera entre una sorda normalidad y la tensión más dramática. Sobre todo porque no acabas de alcanzar el sentido de los cambios. Lo contemplas con la solemnidad de lo definitivo, pero lo único que sientes es el impulso de regresar, aunque sea simbólicamente, a la estación, al tren todavía inmóvil. Negar la evidencia de lo que está sucediendo. No viajar.

Era el lunes 11 de agosto de 1997 y hacía un calor insoportable. De buena mañana, Alba y yo hicimos el trayecto hasta Palma. Ella estaba todavía nerviosa, renegaba de las condiciones de su vida, "cuando todo va mal no vale la pena vivir". Yo la escuchaba inquieto y molesto a la vez. No podía entender las premisas de su catastrofismo.

Una vez en la ciudad, ella se fue al hospital con su madre y yo me dediqué a mis gestiones. Quedamos en regresar juntos por la tarde, convencidos de que todo sería rutinario.

Comí en mi apartamento del Terreno y caía un sol de justicia. Puse la televisión intentando dormir un poco la siesta. Serían alrededor de las tres, porque ya daban las noticias deportivas. Vi unas imágenes de ciclistas, y se escuchó el sonido de un teléfono móvil. Yo pensé: "Estos cacharros ya se cuelan hasta en las carreras". Lo recuerdo perfectamente. Y entonces me di cuenta de que era mi propio teléfono. Estaba tumbado en el sofá, sudando, en traje de baño. Me levanté y en aquél momento el tren arrancó a andar. Fue la última percepción de mi yo anterior. El postrer vistazo a la estación. Caminé descalzo hasta coger el aparato. Ya nada sería igual. Nunca más. Qué contraste y qué vértigo.

Conocía tan bien aquel tono de voz, cuando Alba me llamaba para darme una mala noticia que le compungía. "Papá..." Supe instantáneamente que algo iba mal. "¿Qué pasa?". "Me han encontrado una cosa en la cabeza".

Uno no se plantea nunca cómo va a reaccionar ante una situación difícil. Ocurre y eres el primer sorprendido. Yo sentí en aquel momento una especie de cauterización absoluta en mi interior, igual que si me hubieran inyectado hielo en polvo por las venas.

"¿Qué cosa?". "Ahora te paso con mi madre". "¿Qué pasa?". "Le han encontrado algo en el cerebro, ya hablaremos".

Quedamos más tarde y colgué. En aquel instante experimenté una contradicción total entre el tíovivo de mi mente y la estatuaria rigidez de mi cuerpo. Di unos pasos y me senté de nuevo en el sofá.

Los grandes impactos llegan muchas veces de puntillas. No te sacuden por las solapas, ni te zarandean nada más llegar. Se presentan con la suavidad de un gato negro y sólo de forma progresiva, escalonada, vas sintiendo el escalofrío de la conciencia. Al principio como una sombra en tus pensamientos, de la que sólo aprecias la negrura y el vacío. Para ir tomando consistencia y convertirse en un cumulonimbo de tormenta, que se alza enorme, como una torre. Cuando llegas a percibir el problema en toda su dimensión, éste ya se ha convertido en un monstruoso conglomerado de vapores y relámpagos. Ya está sobre ti.

Cuando nos encontramos, en el piso de la calle Germanies donde vivía Pilar y en el que Alba y Anna pasaron su infancia, se confirmaron las noticias alarmantes. Mientras le practicaban un "scanner" cerebral, Alba se dio cuenta de que los médicos se arremolinaban a su alrededor. "Yo ya veía que algo no iba bien. Unos entraban y otros salían y hablaban entre ellos". Era explicable: habían detectado una masa tumoral en el lado derecho del cerebro. Al día siguiente debíamos llevarla a una clínica para obtener una imagen mas precisa a través de una resonancia magnética.

Alba había perdido aquella malsana excitación de los últimos días. Ahora aparecía desvalida, infantil. Se estiró en la cama donde dormía de niña, y me tendió sonriendo un muñeco gris, un perro con las orejas gachas y los ojos melancólicos con el que dormía de pequeña. "Mira, he encontrado el Tristón".

La brújula de mis sentimientos dio un vuelco. Con aquel muñeco en las manos comprendí por primera vez la verdad que me acompañaría durante aquel viaje. Ahora ya no se trataba de ejercer la autoridad paterna y transmutarte en el tribunal de lo que se debe o no hacer, jugar al Super-yo de la casa. En estas circunstancias, lo único que podía hacer era estar a su lado el máximo posible. En un instante, mi valoración vital cambió radicamente. Antes, la presencia de Alba era un sobreentendido a mi existencia, algo que estaba allí y nadie ponía en duda. De repente, se convirtió en lo más importante, porque aquella vida paralela a la mía corría peligro. Al cuerno con los trabajos y las preocupaciones. Cada minuto, cada gesto, se cargaba de un valor

imposible de medir. Para empezar, y desdiciéndome de una enconada resistencia que nos había costado innumerables peleas, le prometí que si le operaban tendría un perro. Luego intentamos consolarla. Alba lloraba, agarrada al Tristón, y en aquel momento creí que ella no sería capaz de soportar todo cuanto se le venía encima.

*

La carretera que lleva de Petra a Son Serra de Marina y la Colònia de Sant Pere atraviesa una llanura de bosque bajo, campos y secos pastizales, canteras de arenisca y unas pocas casas, subidas a pequeñas lomas. Pasado el kilómetro 7, la imagen parece salida de algún sueño. La cinta de asfalto se extiende tan nítida como si la hubiesen trazado con un tiralíneas. Al fondo, el mar espejeante de la bahía de Alcúdia con las montañas de la Victória a un lado y del Cap de Ferrutx al otro. La impresión de vacío es tan grande, las paredes de piedra a los lados de la carretera, el horizonte, la escasa vegetación, que produce la sensación de que el paisaje te succiona y en cualquier momento vas a echar a volar, absorbido por tanto cielo, tanto espacio abierto, tanta soledad.

Aquella misma tarde, corrí a buscar a Anna y a mi madre que estaban en la casa de la playa, para trasladarlas

a Palma, donde ya nos quedaríamos. Antes llamé a un amigo médico, que escuchó el caso y me habló de dos posibilidades: podía tratarse de un tumor benigno, lo que no era grave, o de uno maligno, en cuyo caso la cosa cambiaba porque "son muy agresivos y cabrones".

Conducía angustiado, y entonces viví una experiencia muy difícil de racionalizar. Me refiero a eso que los antiguos hubieran llamado un presagio. Un hecho objetivo que adquiere, por equivalencia simbólica, el valor de algo insospechado. Salva la distancia entre dos mundos a través de la significación, la alegoría, la resonancia, la armonía de los acontecimientos. Su fuerza reside en dos aspectos: en primer lugar una imagen que te sobrecoge por sí misma; y en segundo la equivalencia de significados con la situación por la que estás atravesando.

Era una tarde de pleno agosto, sin viento ni nubes. Una ligera capa de calina disolvía los colores más fuertes, para dejarlo todo en una gama de blancos, azules muy claros, verdes líquidos, sienas, marrones pálidos. En cambio, la carretera aparecía como una serpiente negra, subrayada. Con ese vaho del calor que produce la ilusión de aguas y

espejismos.

Crucé un badén y apareció de repente una especie de matorral esquelético, blanco, seco y lleno de espinas, en medio de la carretera. Lo más inquietante no era su aspecto cadavérico, la asociación con los huesos y la muerte que producía aquella estampa descarnada, las ramas escuálidas, en gesto de súplica o amenaza, sino su movimiento sobre el asfalto. Rodaba lentamente de un lado al otro, agitando sus muñones, como si quisiera detenerme o se deslizara tal como hacen algunos animales antes de atacar.

Lo sorteé con un golpe brusco de volante. Pero sentí al mismo tiempo como si alguien hubiera tirado una piedra al pozo más negro de los presentimientos. No tuve la menor duda de que aquella mata demente, que se movía sin viento y extendía sus manos de hechicera contra mí, confirmaba mis temores.

En otros tiempos, tal vez habría teorizado sobre la sincronicidad y las correspondencias. Pero en aquel momento de mi vida, la intensidad y la fuerza del episodio fueron tan incontestables como el resultado del "scanner". Me detuve un momento, conmocionado. Me entraron ganas de llorar. Cuántas veces he recordado aquel episodio. Porque, casualidad o no, espantajo o señal, el arbusto tuvo razón.

Al día siguiente, acabada la resonancia magnética, salió una de las enfermeras. "¿Ustedes son los padres de esta nena? ¿Llevarán el resultado mañana mismo al médico? ¿Se acordarán?".

La imagen revelaba la existencia de dos tumores en el cerebro, uno de ellos con un extenso edema. Le inyectaron una dosis alta de cortisona y nos recomendaron trasladarnos a Barcelona cuanto antes

Comenzaban a correr los caballos de las peores hipótesis.

*

La mirada de los médicos, tan poliédrica y llena de direcciones esquinadas que no te atraviesa, ni siquiera diría que te contempla. Es una especie de boomerang que apenas ha salido de sus ojos vuelve otra vez hacia atrás. Para no tocarte, no sentirte, y pasar sobre ti con la misma desafección con la que examinan una radiografía al trasluz. Tú estás allí sentado, con los interrogantes en carne viva, ellos te sonríen formalmente, estudian sus pruebas y papeles, y sientes en ese movimiento tangente de sus ojos, que no quieren mirar, y en el vacío de sus reacciones humanas la sospecha de que las cosas van mal.

El 18 de agosto fuimos al pabellón de Oncología del hospital de Sant Pau. El doctor A. nos recibió en un cuartito con unas paredes que parecían de cartón. Era un hombre mayor, y su aspecto era el de un sabio, con unos ojos negros y concentrados. Fue la primera vez que contemplé la mirada médica, la mirada oblicua. Un gesto elíptico que en su caso se combinaba con una media sonrisa. Sólo tensaba la mitad de la boca, mientras la otra quedaba inmóvil, congelada en un rictus de crispación. Daba la impresión de una persiana estropeada, que se baja por un lado mientras queda enganchada a lo más alto por el otro. Más tarde encontré esa misma sonrisa en otros médicos, sobre todo en aquellos que se enfrentan constantemente a situaciones de muerte. Se diría que expresan así la contradicción entre el presente y el futuro que conocen, el gesto amable y a veces hasta afectuoso hacia su paciente, y la visión interna que ya está calculando los días que le restan. Es una sonrisa fea, en cierto modo terrible. Sobre todo cuando el enfermo sabe descifrarla.

El doctor A. examinó los resultados de la resonancia magnética. Luego hizo algunas preguntas. Su actitud combinaba con rara maestría las formas cordiales con una frialdad absoluta en los términos del trato. Era mucho más elocuente por sus silencios que por aquello que decía. De algún modo, te escribía con la tinta invisible de los gestos que la situación era grave, pero a la vez se acogía a la letra pequeña para poner en marcha un mecanismo de normalidad: primero pediremos el ingreso, luego unas pruebas, quizás más tarde una intervención...

Los médicos buscan sobre todo establecer unas reglas del juego, que empiezan por las palabras justas y acaban en la rutina cotidiana. Siempre me ha parecido que tienen horror a un posible desbordamiento emocional, en sus ojos se lee el pánico a los gritos, los llantos, las imploraciones, las confianzas excesivas que acabarán por crear una situación embarazosa. Su primer escudo es la palabra "doctor". El segundo, la bata blanca con algunas tablas sobresaliendo del bolsillo delantero. El tercero, el lento minueto de las consultas, las llamadas a la enfermera, las recetas, las citas estadísticas. Una coreografía perfectamente estudiada para desactivar las pasiones del enfermo, hacerle sentir confianza en el sistema, establecer unos objetivos que marquen un calendario que no sea forzosamente el de la propia fatalidad.

Pero no es fácil. Sobre todo porque, al otro extremo de la mesa, el

paciente tiene su propio libreto. La música se llama empatía y se basa en una relación eminentemente mágica con el doctor. Durante las primeras visitas, el enfermo analiza concienzudamente hasta el mínimo detalle de la personalidad de su médico. Su mirada es tan precisa e implacable como la de los niños frente al maestro o los soldados hacia su oficial. Captan los pequeños detalles, los latiguillos, sacan analogías chistosas o destructivas. Evalúan su grado de simpatía e identificación.

El médico suele tener un período de gracia en el cual se le perdona todo, su imagen se amplifica con la admiración, y cualquier gesto mínimo de relajo o confianza se agradece profundamente. Pero esa misma transferencia emocional lleva muchas veces a lo contrario, y convertido en un personaje omnipresente, también puede acabar por transformarse en una figura expiatoria. El médico representa entonces aquello que no funciona, los síntomas que no desaparecen, las medicinas que no sirven, alguien odioso por ser tan necesario, a quien van destinados mensajes de impotencia y rencor. Eso explicaría tal vez tantas miradas oblicuas y medias sonrisas.

Nosotros todavía estábamos en el primer estadio. Contemplábamos al doctor A. y nos decíamos en silencio: "Este hombre debe de ser una eminencia". Cuanto más callaba y menos cosas decía, más nos impresionaba.

Alba le observaba bajando un poco la mirada mientras abría mucho sus ojos azules. Aún la veo, con el pelo teñido a mechas, guapa y arreglada, aquella boca ligeramente redonda en gesto de ingenuidad, llevándose uno de sus dedos largos y finos a la barbilla. Yo la vigilaba de refilón, y temía que hiciera demasiadas preguntas, que fuera directamente al grano. Porque la hipótesis del tumor benigno ya podía darse por descartada.

Sin embargo ella adoptó una actitud que no fui capaz de entender hasta mucho después. No hizo ninguna pregunta, y jamás llegó a saber ni siquiera el nombre concreto de su tumor. No quiso informarse. Toda su fuerza la empleó en luchar por la normalidad, intentando recuperar el valor de la vida cotidiana. Y seguir siendo ella, la Alba de siempre.

Sabía que estaba pasando un trance difícil. "Tengo la impresión de que mi vida va a cambiar, ya no será la misma". Pero su gran empeño era sobre todo no perder la percepción de sí misma en medio de tanta angustia y presión. "Me siento como un pez en una pecera muy pequeña y no puedo hacer nada. Todo es tan difícil y complicado. Se

me hace raro el pasarlo y vivirlo por mí misma".

Ella observaba al doctor A., que había sacado un papel y rellenaba algunas casillas. Me parecía todavía una niña asustada, y creí que aquella actitud evasiva era un signo de inmadurez, un rodeo para evitar la conciencia de los problemas. Pero me equivocaba. En realidad, se trataba de una estrategia inteligente. Al dejar la gestión de aquel cúmulo de informaciones pavorosas en manos de sus padres, ella se concentró en la lucha por la supervivencia. Pero no sólo la física, sino sobre todo la anímica.

Permanecer entera, reír, negar su estatuto de enferma, estar orgullosa de sí misma. Ese era su objetivo.

El doctor A. acabó de tomar sus notas. Ya nos avisarían en cuanto hubiera una cama libre. Sonrió de nuevo con la persiana torcida y pude ver en el informe: "M. de origen desconocido".

La metástasis era la segunda hipótesis menos mala.

*

Pájaros de transformación. De la misma manera que levantan el vuelo entre la niebla, así tus propios contenidos se despiertan, aletean, convertidos en sombras borrosas. Y sobrevuelan el bosque que amanece. Ahora no se trata de los cambios que vienen impuestos desde afuera, sino de un tránsito interno de valores y sensaciones en los no te reconoces. Porque estás convirtiéndote en otra persona.

En el hospital, lo más importante era el perro. El día del ingreso, Alba hizo un equipaje con su Tristón, una cajita llena de talismanes y canicas, su espejo de madera, una botella de colonia de lavanda, la bata azul marino, su diario, el neceser y muchas revistas de perros con nombres parecidos a "Cachorros y mascotas", "El perro y su mundo", "Razas caninas"...

Nadie entendía que, en un trance semejante, sólo pensara en su futuro perro. En realidad, era el inicio de un nuevo mecanismo de defensa emocional que fue desarrollando poco a poco, sentimiento a sentimiento, cachorro a cachorro. De una forma instintiva, desactivó el impacto originado por un medio tan hostil como era el hospital a base de medicina de perro. Transformó así su relación con el entorno y, a la vez, cambió ella misma.

Dejó de ser la chica un poco pueril y asustada, para dominar perfectamente la situación. Las enfermeras le llamaban "la nena de la

planta" y hablaban con ella de sus perros y sus gatos, incluso le enseñaban fotos. Las visitas le regalaban perros de peluche, figuritas caninas de barro, libros sobre cómo educar a tu perro. Ella se paseaba con su bata azul, erguida y espigada, orgullosa de un pin de bobtail que destelleaba en el ojal.

El primer día, le dije medio en broma a la enfermera jefe: "Bueno, Alba no es muy buena enferma". Temía que se quejara continuamente y diera suelta a su genio. Pero ocurrió justamente lo contrario. Al verse inmersa en un engranaje complejo y lleno de responsabilidades, Alba empezó a olvidarse de sí misma. Hablaba y congeniaba con todos, era dócil a la hora de recibir pinchazos o resistir pruebas desagradables. Bromeaba con Miquel Angel, uno de los celadores, que venía a cantarle a su habitación. Las empleadas de la limpieza le llamaban "Flor". Todos estaban encantados con la chica de la habitación número 13.

Gracias a un perro que ni siquiera existía.

Se recostaba en la cama, con la ventana abierta a las agujas de la Sagrada Familia, y entre muñecos y revistas se pasaba horas mirando boxers, caniches y rintintines. Tenía mejor aspecto, y siempre se arreglaba para estar presentable. Destacaba al lado de esos adminículos hospitalarios que suenan siempre a sala de tortura: salida de oxígeno, medidor de tensión, aire, termómetro. Ella relajada, el pelo sobre los hombros, riendo y hablando por teléfono con sus amigas. A veces, me parecían más unas vacaciones que la antesala de una operación tan delicada.

Creo que el perro destapó el depósito de su emotividad. Podía quererlo antes incluso de que lo conociese, y así establecía un primer puente con el mundo, que a su vez le ayudaba a contemplar afectivamente a su familia, tan pendiente de ella, a sus amigas, a las enfermeras, incluso al neurocirujano.

El doctor B. apareció una mañana rodeado de adjuntos. Era un hombre menudo pero de gestos enérgicos. Su aspecto recordaba a un personaje de cómic. Poco pelo, nariz aguileña, los ojos perdidos en unas gafas de muchos circulitos. Hablaba en un tono muy bajo, empleando una circunspección algo sacerdotal que sin embargo no excluía una cierta ternura. Metódico, flemático, eficaz, asentía silenciosamente cuando te dirigías a él, aunque en ocasiones se dejaba sorprender por alguna emoción. Y entonces movía nerviosamente las

cejas, como si no aquel registro no estuviera programado.

Le anunció que la operación tendría lugar el 3 de septiembre. Sólo abordaría el tumor principal, ya que el segundo se encontraba en un lugar comprometido. Con un tono voluntariamente desafectado, afirmó que existía un 15 por ciento de posibilidades de que se produjera algún déficit a consecuencia de la intervención. Tal vez un problema de movilidad en el lado izquierdo o quizás dificultades en el habla.

Aquello me dejó helado. Pero Alba torció el ceño, sin quejarse. Para mi asombro, ni tan sólo cuestionó la operación. Siguió mirando sus revistas de perros, repitiendo de vez en cuando: "Ha dicho sólo un 15 por ciento, ¿verdad?".

Aquella actitud resultó una novedad incluso para ella misma. "Estoy sorprendida de mi propia reacción, pensaba que reaccionaría en plan víctima o mártir. Pero todo esto me ha hecho ver la vida de otra manera", escribió.

Pájaros de transformación.

Mi evolución fue un poco más lenta. Al llegar a Barcelona, me abrumaban los augurios. Las seis rosas de papel que colgaban en la habitación de Alba se habían caído al suelo, lo mismo que muchas de sus postales y algunos dibujos. La bombilla de su mesita de noche explotó al encenderla. Miraba la primera página del periódico y leía unas declaraciones del padre de Miguel Angel Blanco: "Nunca te recuperas de la muerte de un hijo". Entraba en una librería y veía un libro titulado "La muerte de los seres queridos". Y al día siguiente tropezaba con una obra llamada: "Un verano sin Alba".

El malagüerismo llegó a ser paranoico y perseguidor.

A la vez, la desesperación me inclinaba a confundir los diferentes niveles de veracidad en las muchas informaciones que iban surgiendo acerca de aquellos dos tumores. Vivía obsesionado por los indicios. Necesitaba urgentemente una teoría oficial que explicara el problema, que me abriera un horizonte y unas expectativas. No bastaba con la "M. de origen desconocido". Pero esa misma compulsión me sumía en una zarza de versiones y contraversiones de muy diversa procedencia. A veces bastaba una insinuación del médico para sentirme aún más abatido, y por el contrario cualquier historia que me contasen del tipo "pues a un vecino mío..." o "tengo un amigo que..." podía remontarme pasajeramente la moral. Lo importante eran los estímulos, que se enroscaban alrededor mío como la serpiente de Laocoonte. El resultado

consistía en una angustia zozobrante que derivaba a la fuerza hacia el pesimismo, la parálisis emotiva, la noche sin dormir. Alba era la primera en advertirlo y me decía: "Ay, Papá, no seas tan negativo".

Hasta que también descubrí mi vuelo de transformación.

*

Alba dormida y su perfil recortado a contraluz de la ventana. Anochecía, y entre los tejados brillaba uno de esos luceros vespertinos que se clavan en el cielo como la cabeza de un alfiler. Había una secreta asociación entre sus rayos y el sueño de Alba, que parecía regida por aquel zodíaco lejano, que no le abandonaba, vigilando incluso su descanso de hospital. Me acerqué un poco a ella, y murmuré en silencio la primera frase de un poema que nunca acabé de escribir: "Alba, ¿de qué color es tu estrella?".

Cuando quiero recordar aquellos días en el hospital de Sant Pau, abro una pequeña libreta verde donde le dibujaba escenas de nuestra vida cotidiana. Alba jugando al solitario en su cama, la vista desde la ventana, los cigarrillos de escondidas en el water, nuestros paseos bajo los pinos, el banco de madera, el helicóptero que aterrizaba ruidosamente en medio del recinto, la chimenea del hangar de calderas que llamábamos la Trasmediterránea porque olía a gasoil como los barcos, nuestro ritual de despedida a las nueve de la noche: me acompañaba hasta la escalera, yo salía y ella me decía adiós por la ventana, me volvía y ella me decía todavía adiós, me volvía un poco más abajo y seguía diciendo adiós....

Desde el principio, Alba se negó a aceptar un papel de enferma, rehusaba cualquier contacto con los otros internos a los que llamaba cariñosamente "los calvitos". Paseaban por el pasillo con el palo del suero, la piel cetrina, el aspecto universal de la quimioterapia. Muchas veces, su expresión manifestaba soledad y sufrimiento, acentuada por la palpable aflicción de los familiares. Pero no era tampoco el submundo siniestro que imaginas desde fuera. La palabra cáncer corta como un tabú. Todo cuanto le rodea es suprimido o borrado, porque equivale a incurable y mortal. Los valores sociales no pueden enfrentarse al tema más que aireando nuevos métodos y descubrimientos, éxitos frente al fracaso de la muerte. Sin embargo, lo que rodea a la enfermedad no sólo es humano, sino profundamente humano. Porque toca los registros de la esperanza, la lucha por la vida,

el sentido de la muerte, la relación con los demás.

El día a día de la planta de Oncología era un libro que enseñaba muchas cosas. Nosotros la recorríamos cogidos del brazo para bajar después las escaleras y sentarnos en un banco. Y desde allí a la Trasmediterránea, el pabellón de neurocirugía, los jardines de los servicios funerarios, y regresábamos por los depósitos de oxígeno con sus cañerías cubiertas de hielo, como las neveras baratas. Alba era tan alta como yo, y daba gusto pasear con ella porque nunca equivocábamos el paso. Hablábamos del futuro perro, chismorréabamos sobre lo que nos rodeaba, poníamos motes a las enfermeras y los médicos, y reíamos. La risa es la única actitud verdadera de rebeldía. El hado puede fulminarte, miserable criatura, aplastarte con el dedo gordo como si fueras una hormiga. Doblegará tu espalda al peso de la calamidad y la desgracia, te abrumará y humillará. Pero nunca podrá evitar que, en tu indefensa pequeñez, te sigas riendo. Y cada risa, cada broma, es una afirmación cósmica de individualidad e independencia. El guante que arrojas al universo.

Alba detestaba especialmente a una mujer alta y desagradable, con una ostensible peluca, que recorría los pasillos buscando conversación. Le llamábamos "la cara de caballo", y cuando aparecía a lo lejos, dábamos la vuelta de inmediato. Formaba parte de un tipo de enfermos dialécticamente contagiosos, que necesitan transmitir su historial clínico a los demás, comparar los síntomas, hacer una especie de competición con sus doctores. Un síntoma añadido que a veces puede ser tan malsano como la propia enfermedad.

Pero también tenía admiradores. Un chico delgadísimo, de aspecto muy consumido y que iba de un lado a otro en una silla de ruedas, se colocaba a veces delante de su puerta. Esperaba pacientemente durante un largo rato. Alba sonreía: "Mira, mi pretendiente calvito". Y le saludaba.

En la habitación de al lado se instaló una mujer solitaria. De unos sesenta años, morena, con unos ojos muy claros y transparentes que vestía siempre el mismo camisón a cuadros. A veces, pasaba por delante de su puerta y ella leía revistas con una expresión de gran placidez. Nunca tuvo una visita, tampoco le escuché quejarse o llamar a la enfermera por cualquier motivo como hacían muchos. Estaba allí, con su revista y la persiana de librillo entreabierta. Ajena, sumida en sus recuerdos, sin expresar miedo, disgusto o soledad, comiendo un

yogur con la mirada en el infinito. Quién sabe si tenía dolores, o quizás apenas le quedaban unas pocas semanas de vida. Pero sus ojos sólo transparentaban la fuerza interior de estar en paz con sí misma, la serenidad, la armonía. Su imagen me ha quedado grabada y cuando pienso en la hora de la muerte, veo a una mujer de ojos tranquilos leyendo una revista a media luz.

*

El tiempo como mariposa. Conforme se acercaba el día de la operación, veía todo de otra manera. En un primer momento, sientes el impulso protector del padre, quieres colocarte entre tu hijo y el mundo para ampararlo como un escudo de bronce. Pero es una tendencia irreal. Tarde o temprano comprendes que sólo tu hijo puede defenderse a sí mismo, y que tu papel no es intentar sustituirle, sino estar muy cerca, detrás, sostenerle y darle la fuerza necesaria para que sea él mismo, cara a cara, quien viva su lucha.

¿Y cómo hacerlo? Con la fuerza del afecto. Hay que vencer esa especie de pudor que inhibe las muestras de cariño directo entre padres e hijos, que siempre se da por sobreentendido pero pocas veces se explicita. Y convertir la expresión amorosa, directa, cálida, insistente, en una lanzadera, una pica que atraviesa limpiamente el corazón de las adversidades.

Cuanto más cariño podía transmitir a Alba, menos grave parecía la situación. Más largos se hacían los días y valiosos los minutos, leves y llenos de colores como una mariposa. Cambiaba lentamente la percepción trágica que me dominó desde el primer momento. Porque tenía la sensación de que estaba dándole sentido a cada instante. Y que el tiempo real, el que ahora mismo vivía, poseía valor por sí solo y no tanto en relación al futuro dramático que se anunciaba.

Paradójicamente, este descubrimiento se lo debo a mi profesora de Gramática.

Faltaban dos días para la operación, y me preguntaba cómo podía brindarle algún tipo de fuerza espiritual. Cuando estaba con ella, me sentía fuerte y confiado. Pero luego, en la soledad del piso, me devoraban las angustias y los presentimientos. Necesitaba realizar un acto simbólico, trascendente, que moviera mis energías interiores y las proyectara en favor de Alba. Muchos hubieran ido a la iglesia a rezar. Y yo me dije: ¿por qué no?

No soy católico practicante, y sólo frecuento los templos cuando están vacíos. Entonces se percibe la arquitectura de lo sagrado, las luces y colores de los vitrales, el bisbiseo en los confesionarios, las velas en la oscuridad, el peso del vacío donde tiemblan las almas. Las iglesias representan un espacio para la introspección que no encuentras en ningún otro sitio, creencias religiosas aparte.

Aquella tarde de bochorno busqué la iglesia más próxima y entré. Allí estaba, sentado en un banco de madera, disfrutando de los ecos, porque cada vez que se abría una puerta, tosía una anciana o se movía un mueble era como si las palomas del Espíritu Santo se pusieran a batir sus alas. Enfrente se hallaba la pintura mural de una santa que me recordó instantáneamente a una profesora de Gramática que tuve de pequeño. Diría que era ella, vestida con un sayo, el pelo oscuro recogido en un moño, las manos abiertas en éxtasis delante de un cielo de nubes divinales, incluso aquella mirada hacia lo alto que caracterizaba sus momentos de exasperación, cuando toda la clase se le desmandaba.

-- Señorita Amparo, ¿qué hace usted aquí?

-- No me faltes al respeto, Garrido. Que soy Santa Gema.

-- No esperaba encontrarla.

-- Me gustaría saber qué esperas encontrar exactamente.

Callé unos minutos formulándome la misma pregunta. No sentía absolutamente nada en especial. Era incapaz de reconocerme en los santos y Jesucristos que acompañaban a la señorita Amparo. Para ser sincero, ni siquiera creía en mí mismo puesto que estaba allí dispuesto a pedir ayuda del Cielo, echar una moneda en el lamparario de las velas bombilla, rezar, implorar, proyectarme en la escalera de las subordinaciones. Como si la cuestión fuera escapar de lo inevitable, alterar el curso de los acontecimientos, hacer un poco de trampa aunque fuera divina.

Cuanto más poder traspasas a un estamento providencial menos potencialidades te reconoces. Si la naturaleza hubiese querido que fuésemos ángeles, tendríamos alas. En los momentos más difíciles, conviene emplear nuestros propios recursos, aquello para lo que estamos dotados. Tal vez la Providencia no resida sólo en el gesto místico de mirar hacia lo alto, sino también en las fuerzas positivas que llevamos dentro. Hay que encontrar el número de teléfono que nos comunique con ellas. Y que no siempre coincide con la centralita de

Dios.

La solución era sencilla. Ir directamente al amor y dejar a los santos con sus cosas.

-- Lo siento, señorita Amparo. Pero me vuelvo al hospital.

*

Una letra pequeña, irregular y un poco torcida. Letra de zurda. "Bien, mañana es el gran día. No sé cómo explicar la sensación que tengo. Todo es tan extraño para mí que no sé ni cómo imaginarlo. Para ser sincera, en el fondo de mi corazón tengo miedo, pero ahora sé que soy una persona valiente y me siento muy diferente a cómo era hace un mes. Por ejemplo, hoy me han puesto una especie de grifo en la mano derecha, es redondo y de color rosa, y por aquí me pasan la cortisona, las medicinas y esta noche un calmante. Pues yo pensaba que todo esto sería muy desagradable y doloroso y la verdad es que no es para tanto. Esta experiencia me ha hecho ver la vida de otra manera. Ahora sólo quiero que todo esto se acabe de una vez y cuando me despierte siga siendo yo misma..."

Imaginaba la escena. Ya era de noche, y Alba escribiría recostada en su cama, con el letrero de "en ayunas" colgando sobre la cama. Mordería un poco el bolígrafo, miraría hacia la pared de un rosa grisáceo. Meditaría unos instantes y se levantaría para abrir un poco más las persianas, porque haría calor. Aprovecharía para recostarse en el alféizar de la ventana, encogiendo un poco los hombros, el pelo cayéndole por la espalda. Observaría ese cielo urbano denso y pegajoso, color chiclé, se fijaría en las torres de la Sagrada Familia, pensando que muy cerca de allí viven sus primos y a lo mejor las estaban mirando en aquel mismo momento. Pasaría la vista por algunas luces que se encendían en los pabellones más cercanos. Otros enfermos, quizás jóvenes como ella, se asomaban al exterior. Algunos también se operaban mañana, y en la distancia contemplarían la noche con incertidumbre.

Allá abajo, alguien arrastraría un carrito lleno de cajas metálicas y pasarían varios coches y ambulancias. Alba pensaría en la cantidad de ruidos que se escuchan en los hospitales, en lo mal que se duerme, y las ganas que tenía de regresar a casa. Volvería a la cama, pondría bien su hilera de perros de peluche, miraría el reloj. Y seguiría escribiendo:

"Me da tanta pena que mi familia tenga mañana que esperar, y

verme con tubos, *grogui*... Ojalá les pudiese ahorrar todo esto ya que el Papi sé que lo pasará mal, la Mami sufrirá, y Anna es tan joven... La vida es tan misteriosa... Tengo que ser muy fuerte. Juro que no perderé nunca las ganas de luchar. Quiero volver a vivir como antes. Lo único que pido es que cuando despierte sea YO."

Alba reservó la tarde anterior a la operación para sus amigas. "Quiero estar bien guapa", dijo repasándose el rimmel. Estuvo varias horas riendo y charlando con ellas en un banco, como si la cosa no tuviera mayor importancia. Quería aparecer normal, segura de sí misma, no inspirar lástima. Al anochecer, dimos nuestro paseo acostumbrado. Sin dramatismo. Y se quedó escribiendo y llamando por teléfono en su habitación.

Llegué al hospital a las seis de la mañana, y su luz ya estaba encendida. Acababa de ducharse y se pasaba un secador por el pelo con total tranquilidad, examinándose atentamente en el espejo. La habitación olía a colonia de lavanda y a esa intimidad un poco acre de los hospitales.

A las siete y media, vinieron a buscarla un par de camilleros. Pero ella quiso salir a pie. Su partida fue literalmente triunfal. Las enfermeras se concentraron en el pasillo para darle besos y desearle suerte. Los pacientes se asomaban sorprendidos. Miquel Angel, el celador, iba tras ella moviendo los brazos y cantando a gritos: "*O sole mío*, o solomillo..." Alba sonreía cerrando un poco los ojos, con algo de vergüenza pero victoriosa a la vez. Movía la mano izquierda, saludando, mientras de la otra colgaba el tubo del suero. Se ajustaba la bata azul y pisaba fuerte con sus zapatillas.

En la libreta verde la dibujé diciéndonos adiós por la ventanilla de la ambulancia, confiada y serena.

Lo que pasó después también está dibujado. Estas son las viñetas:

Dibujo de una sala de espera tan grande como una iglesia, llena de gente sentada. Un altavoz llama de vez en cuando a los que aguardan.

Un reloj haciendo tic-tac-tic-tac con exasperante lentitud. Marca las diez. Se recortan las cabezas de todos los familiares, con esas gotas que salen de la cabeza que utilizan los tebeos para indicar angustia o impaciencia.

El altavoz: "Familiares de Alba Garrido...". Eran casi las tres de la tarde.

Un grupo de gente corriendo por los jardincillos hacia el pabellón

de cirugía.

El neurocirujano con un serrucho en la mano y manchas de sangre por todos lados diciendo: "Todo ha ido muy bien". En realidad, nos recibió en un cuartito muy estrecho, vestido todavía con la bata verde. Nos informó que la operación había sido compleja, porque el tumor estaba muy imbricado en partes sanas del cerebro. Habían podido extraer alrededor de un 90 por ciento de la masa tumoral, y en principio no creía que hubiera déficit alguno. De todas formas había que esperar. En cuanto al diagnóstico, aventuró que podía tratarse efectivamente de una metástasis pero no habría seguridad total hasta la biopsia.

Tanta información de golpe nos dejó algo aturdidos. Pilar y yo salimos del despachito mientras el resto de la familia esperaba con ansiedad. La confirmación de que se trataba de una metástasis era, a pesar de todo, un jarro de agua fría.

El siguiente dibujo muestra una campana de cristal con el letrero "tumor Alba Garrido". Y en el interior, un perro diminuto que salta gritando: "guau, guau".

Luego aparece Alba en la sala de reanimación. Llevaba una especie de turbante y numerosos tubos. Se despertó cuando entramos a visitarla. Hablaba, sonreía y se movía normalmente. "¡Soy yo, Alba Garrido Alférez!". Incluso hizo una alusión a Bruselas... Sentimos un alivio casi infinito.

Paso una hoja y veo el pabellón de cirugía con las luces encendidas, bajo la luna y las estrellas.

Alba en su camilla. Del turbante le salen esos signos en forma de sapos y culebras, indicadores de mal genio. Dice: "Tengo hambre, me molesta el ruido, a ver si me dejan dormir, aquí hay alguien que fuma". Más tarde recordó que, aquella noche, unas enfermeras parloteaban excitadas por la reciente muerte de Lady Di. Ella les dijo: "Perdonad, no quiero ser borde, pero me han operado y me gustaría dormir".

Los médicos rodeándola mientras ella grita con gesto furioso: "¡¡Tengo hambre!!". Nunca soportó los ayunos. A primera hora de la mañana ya la llevaron a la habitación.

Los camilleros trasladándola a toda prisa con sus tubos y sueros, mientras sigue vociferando: "¡Quiero comer!".

El siguiente es un dibujo muy especial. Ella está durmiendo en su cama. El turbante lleno de gasas, con un tubo todavía ensangrentado. Las dos botellas de suero. La sábana que le tapa totalmente. Su cabeza

ladeada, los párpados caídos, la ventana con los pabellones al fondo. No hay ningún detalle especialmente dramático, pero la suavidad de su gesto contrasta de una forma conmovedora con el aparato quirúrgico. Me entretuve en trazar hasta el emblema del hospital impreso en las sábanas. Y es como si sintiera todavía aquel olor almidonado, impersonal, omnipresente, dulzón, que no es de casa.

Alba sigue durmiendo, pero ahora la hilera de muñecos que permanecía encima del radiador - el Tristón, un perro de peluche, un conejo - le miran con tristeza, mientras salen unas burbujitas de esas que sirven para indicar el pensamiento, con tres corazoncitos dentro.

Pequeños detalles: un vasito de agua con una "pipa" o pajita. El gota a gota del suero. La bolsa del pipí. Un bol de sopa.

Conforme pasaban las horas, se hinchaba más la parte derecha de su cara, y el ojo estaba totalmente amoratado. Una de las primeras cosas que hizo fue coger el espejo de madera: "¡Parezco Frankenstein!", dijo con alarma. Pidió una bolsa de hielo, que a partir de entonces llevaba a todas horas. Así sale en el dibujo.

La primera vez en que volvió a sentarse. Ya le han quitado el turbante y sólo lleva una malla en la cabeza, rematada por una especie de cómico lacito.

Nuestros primeros paseos en silla de ruedas. Volvíamos a los rincones de siempre: el banco, la Trasmediterránea, los jardines. Se produjo entonces un encuentro que no dibujé, pero que me impactó profundamente. Nos cruzamos en el ascensor. Los dos empujábamos a nuestra hija en silla de ruedas hacia direcciones contrarias. Yo con buen humor, aquel hombre marcado por un gesto de derrota. Alba, a pesar del morado y el gorro de malla, no tenía mal aspecto. Pero aquella chica había perdido todo el pelo, se inclinaba hacia adelante como si no pudiera sostener su cuerpo. La piel gris, los ojos perdidos. Uno de sus brazos estaba doblado en posición forzada, parecía incapaz de controlarlo.

A veces, el tiempo se detiene como si fuera el *pause* del video. Y puedes verte en la misma posición, quieto, mientras sientes una y otra vez lo mismo. Por unos segundos, aquel hombre y yo nos contemplamos en silencio. No sabría explicar cuál era el contenido de nuestro intercambio. Su gesto manifestaba un dolor silencioso, encriptado, contra el que no era capaz de reaccionar. Su hija sin embargo tenía una expresión de ausencia absoluta. Yo acabé por mirar

hacia otro lado. No podía ser esto lo que me esperaba.

La ventana de su cuarto. El cielo, las palomas y unas nubes. Alba se recuperaba bien. Una noche, sin embargo, tuvo una percepción muy inquietante. "Estaba dormida y sentí cómo unos dedos blancos, que eran como de hielo, me tocaban las piernas, como si me quisieran acariciar pero cuando me tocaban no podía moverme. Yo quería despertarme pero no podía moverme. Era, no sé, como la muerte".

Todos intentamos quitarle importancia. Hasta el neurocirujano, que ya empezaba a encariñarse con ella, le explicó moviendo la cabeza de arriba abajo, para dar convicción: "Eso son consecuencias de la operación, no te preocupes. Pasa muchas veces".

Otro dibujo la muestra caminando por el pasillo, con su gorrito de Mata Hari hospitalaria y la bata azul. El pensamiento en regresar a casa.

Una mañana, al abrir la ventana se encontró una ardilla en el árbol de enfrente. Le puso de muy buen humor. "Era como si viniese a saludarme". Dibujé al animal moviendo la cola y levantando la mano.

Alba mirándose al espejo ya sin el gorro de malla. Tenía el pelo sucio y muy revuelto, la cicatriz aparecía como una línea de grapas igual que una cremallera.

Alba lavándose por primera vez el pelo.

Cepillándose el cabello frente al espejo.

Alba hablando con las visitas en el jardín.

Las grapas amontonadas en un plato. Título: el desgrape.

Alba saltando de alegría. Permiso para ir a casa.

Es el último dibujo y corresponde a un momento real de cierta euforia. El viernes día 12 de septiembre podía salir del hospital para disfrutar del fin de semana. Los dos estábamos muy contentos, sólo unas horas y ella podría olvidar aquel período difícil y adaptarse lentamente a la normalidad.

Pero el caballo de la peor hipótesis llegaba a la meta.

*

Gritas y el eco se adelanta, viaja a mayor velocidad, rebota en los obstáculos y prolonga la ilusión del presente en el futuro. Pero a veces, en los peores momentos, tu percepción también se convierte en un eco retroactivo, un eco retrovisor, que ya no se proyecta en el futuro sino que vuelve una y otra vez al pasado. Las cosas ocurren y la resonancia

regresiva te devuelve al inicio. Atrás, más atrás. Niega lo que está ocurriendo.

Aquel mismo viernes esperaba el resultado de la biopsia. Ya me pareció un error que los médicos nos convocaran en la víspera de un fin de semana para recibir una noticia que no podía ser buena. Hubiera sido más inteligente dejarnos disfrutar del primer permiso y encarar después lo que fuera.

Me citaron a las ocho de la mañana. Alba recogía con alborozo sus cosas, llenaba la bolsa. Yo daba vueltas por el pasillo. Estuvimos hasta las tres de la tarde sin que nadie apareciera. Le preguntaba a la enfermera: "¿Y el doctor?". Y notaba una cierta inseguridad por su parte: "Ahora pasará el doctor C. Acabo de hablar con él". Pero seguíamos aguardando cada vez con mayor angustia.

A última hora entró un médico que no conocíamos. Lo primero que hizo fue tocar suavemente la rodilla de Alba. Yo sentí un escalofrío. Una de las cosas que he aprendido es que los médicos buscan siempre un tímido contacto corporal cuando han de dar una mala noticia o quieren expresar su apoyo a un enfermo al que ven en apuros.

El doctor C. parecía asustado de sus propios pensamientos. Y tal vez por ello, llevaba a cabo todos sus movimientos con una rara lentitud. Comenzó explicándole que ya tenían los resultados de la biopsia y que efectivamente había un "quiste". Segunda señal de alarma: ocultación preventiva de la verdad. Le informó que debería seguir un tratamiento de quimioterapia y radioterapia.

Alba mantenía la entereza, pero preguntó inmediatamente: "¿Se me caerá el pelo?". El doctor C. volvió a tocarle la rodilla. Hizo un esfuerzo por hablar de forma suave y persuasiva: "Sí, pero luego... seguramente... te volverá a crecer".

Ella encajó en golpe, pero sus ojos se humedecieron. El doctor C. le explicó que la semana siguiente comenzaría los dos tratamientos. Ahora, podía irse a casa.

Luego, por primera vez se volvió hacia mí.

-- Necesitaría hablar con usted un momento.

Ahí comenzó el eco regresivo. Yo pensaba: "Santo cielo, quiere hablar conmigo" pero ya estaba caminando a su lado hacia el cuarto de los médicos. Entraba en la habitación mientras mi mente todavía reverberaba con la mirada totalmente perdida, fugitiva, que el médico me había dirigido al levantarse.

Me senté frente a una mesa de formica, y mi percepción volvía al momento en que caminaba por el pasillo, al lado del doctor C. que miraba el suelo con una tensa formalidad. Se repetía aquella acción como en una galería de espejos, y no quería darme cuenta de que el doctor C. ya juntaba sus dos manos y hablaba muy pausadamente.

-- Lo siento, es la peor noticia que podría darle. Su hija tiene un tumor primario...

Y a continuación citó un nombre médico que no entendí.

Yo, entre el vértigo de los ecos hacia atrás, le pregunté:

-- ¿Es grave?

-- Es un tipo de tumor que mata en seis meses. Además, estamos pendientes de una resonancia magnética para ver si le ha pasado a la columna. Si es así, el pronóstico todavía es peor.

Veía al doctor C. multiplicado por cien, perdiéndose en una escalera de imágenes hacia un infinito pretérito. Escuchaba sus palabras pero me limitaba a almacenarlas en la memoria, incapaz de afrontar todo cuanto suponían.

-- El segundo tumor está muy mal colocado, no se puede operar. Y si crece, se quedará paralizada de medio cuerpo. De cintura para abajo, o tal vez la mitad derecha.

Eran demasiadas cosas al mismo tiempo. Yo corría por los pasillos regresivos, intentando no escuchar lo que estaba escuchando.

-- ¿Y es eficaz el tratamiento?

-- Es un tratamiento paliativo, no curativo. Pero algunas personas viven incluso varios años.

Incluso varios años...

Le pedí que me escribiera en un papel el nombre del tumor. Respiré muy hondo y entonces me di cuenta de que otros médicos estaban sentados en la misma mesa, y me contemplaban con una expresión que no sabría definir: conmiseración, respeto, incomodidad, temor.

El doctor C. me dio el papel, acompañándome hasta la puerta. Necesitaba salir al exterior, ver cielo, aspirar todo el aire del mundo. Pero me topé con Alba, que venía a buscarme. Ella me miró con interrogación y tuve que hacer uno de los esfuerzos más difíciles que recuerdo. Sonreír y tomarla del brazo.

-- Venga, que nos vamos. Recojamos las cosas.

-- ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?, me preguntó juntando las cejas con inquietud.

-- Nada, nada, papeleos.

Fue la primera vez en que practiqué la teoría del sapo sumergido. Cuando la vida te obliga a comerte un enorme, grasiento, pesado batracio. Estás dispuesto a pasar ese trance, pero súbitamente debes postponerlo. Y devuelves el sapo a la charca, le dejas sumergirse. Pones cara de que no ha pasado nada. Haces tu papel. Y miras de reojo ese rincón fangoso de donde salen unas burbujitas. Tu sapo te espera en el limo. Saber que has de tragarlo resulta más horroroso que hacerlo.

Al entrar en la habitación, Alba se puso a llorar. Una de las enfermeras le consolaba.

-- No pasa nada Alba, hay mucha gente que hace esos tratamientos.

Yo iba de un lado a otro intentando poner en orden mis ideas, remontar la escalera mecánica de los ecos reversivos y darme cuenta de todo lo que ocurría. Para acabarlo de arreglar, llegaron algunos familiares. Nuestra vuelta a casa no pudo ser más desgraciada.

*

Las cosas sin respuesta dejan unos puntos suspensivos tan fríos como el hielo, pequeños abismos por donde caen las letras y las palabras. Brisa congelada, paisaje antártico. Llamé a mis amigos médicos, y cuando mencionaba el nombre del tumor se levantaba un iceberg de silencio entre los dos. Sentía el sobrepeso, las toneladas del vacío. Más fulminantes que cualquier frase. Transcurría casi una blanca eternidad hasta que balbuceaban algunas expresiones de consuelo. Era una sentencia de muerte.

Se planteó entonces uno de los problemas más difíciles de la enfermedad. Uno de mis amigos me preguntó:

-- ¿Ella lo sabe?

-- Bueno, sólo en parte. No le he dicho que es algo tan grave.

-- Pues a lo mejor deberías hacerlo. También tiene derecho a arreglar sus cosas.

Me pareció que una chica de veintiún años, recién llegada a la vida, poco tiene que dejar arreglado. Pero la duda era gigantesca y comenzó a atormentarme. Por alguna razón que no acabo de comprender - quizás descargar una parte de mi responsabilidad o tal vez plantear ya una situación que podía permanecer larvada durante meses - sentía el impulso de hacerlo. Es posible que también influyera la angustia por saber si ella sería capaz de afrontarlo. Diciéndoselo, la incógnita se

despejaría antes.

Pero eran razones egoistas. Por otro lado, sabía perfectamente que una revelación de este tipo puede ser tan mortal como la misma enfermedad, destruyendo cualquier posibilidad de normalidad y esperanza. ¿Y si el diagnóstico resultaba erróneo? ¿Y si no eran seis meses sino seis años? ¿Cómo remediar entonces el impacto del anuncio?

Otros médicos recomendaban responder siempre que el paciente pregunte, informarle de lo que él quiera ser informado. Y en algún libro se resumía la cuestión en unos términos muy razonables: no ocultar la gravedad de las situaciones, pero mantener siempre la esperanza. No negarla nunca.

Nunca le dijimos a Alba que según los médicos tenía los días contados. Y ahora sé que fue lo correcto.

Sin embargo, a lo largo de nuestro periplo, encontré a algunos doctores que parecían empeñados en resaltar a todo trance la irreversibilidad de los hechos. Curiosamente, su miedo radicaba en que nosotros nos hiciéramos demasiadas ilusiones, tuviésemos un exceso de esperanza. Me miraban con fijeza y me decían cosas como: "Bueno, usted ya sabe el pronóstico", "lo único que podemos hacer es alargar la supervivencia", "¿es usted consciente de lo que tiene su hija?".

Cuando tú les contestabas con crudeza: "Ya sé que no hay nada que hacer, es sólo cosa de unos meses", se les relajaba la cara. Yo diría que incluso se sentían aliviados. Parecía como si defendieran el curso fatal de la enfermedad como un derecho de la objetividad facultativa. Y su negación, incluso el más legítimo de los escapismos, fuera para ellos algo así como un atentado deontológico. Por eso remachaban todo lo negativo, para ser honrados y no despertar falsas expectativas.

Pero se equivocaban. La esperanza es la primera economía de la supervivencia. Sin ella no se puede seguir adelante, luchar, encarar el día a día, resulta imprescindible para acostumbrarte a vivir en la incertidumbre. En nombre de qué o de quién pueden negarte la única bocanada de aire fresco que te permite respirar. El bálsamo y el alivio, el sueño de que las cosas a lo mejor no son como todo parece indicar que serán. Porque la esperanza también cura. Y si no lo hace, es como esas medicinas naturales que al menos no tienen efectos secundarios. Parece increíble que muchos médicos, empeñados en su realismo clínico, todavía lo ignoren.

Aquella misma noche Alba planteó el tema. Su madre acababa de llegar de Luxemburgo, y estábamos a punto de cenar. Ella hablaba de la quimioterapia. "Son seis meses y luego se habrá acabado todo, ¿verdad? ¿Verdad que se habrá acabado?".

Alba me contó más adelante que yo me quedé callado. "Te salió una lagrima en un ojo que me dio mucha penita", decía. Le explicamos que su enfermedad era grave, que tendría que pasar muchas revisiones y acostumbrarse a vivir con ella, y que tal vez no se podría curar.

Ella pestañeó y se levantó para encender un cigarrillo. Aspiró hondo y sacó el humo lentamente. Hizo algunas preguntas, pero parecía más sorprendida que conmocionada. No quiso saber mucho más. Me cogió la mano al verme tan abatido.

-- ¿Esto no es una despedida, verdad Papá?

-- Claro que no.

Intenté razonar alguna justificación, darle algún asidero teórico.

-- No sé qué sentido tiene todo esto. Es tu destino. A lo mejor tienes que dar un ejemplo a todos, demostrar que se puede luchar contra estos problemas. Has de seguir adelante.

Ella asintió mirando al infinito. El color de su estrella.

Aquella noche cayó una de esas aparatosas tormentas de septiembre. Y ella se vino a mi cama, como cuando era pequeña.

Al día siguiente seguía lloviendo. Fuimos a un refugio de perros abandonados en el Tibidabo, y desde allí toda la ciudad aparecía cubierta por unas nubes plateadas y tristes, como en los cuadros del Greco. Alba escogió una perra tímida y peluda, a la que sacaron en volandas de una de las jaulas. "La ficha pone Canela" dijo el cuidador.

Alba se agachó para acariciarla.

-- Se llamará Nela.

III. LA QUIMIO NO MOLA

Alameda de luces cruzadas y hojas en el suelo. La perspectiva se diría imposible, porque los árboles parecen muy pequeños y el paseo demasiado grande, como dos mitades que no se corresponden. No hay punto de fuga, no hay horizonte. Las copas de los plátanos, bajas, carnosas, se abren con desmayo de paraguas sobre el pavimento. El suelo está cubierto por una alfombra vegetal, malsana y aplastada. Todavía me veo caminando, hacia el final de una calle que no conduce a ninguna parte. Y en las ventanas, tras las rejas tan altas, sombras de niños que nimba una luz de pocos vatios. Algunos extienden su mano hacia mí. Murmuran pero no puedo entenderlos. Dan miedo y tristeza.

Ha pasado el tiempo y este rincón de Caldes de Malavella sigue igual. A veces voy hasta allí sólo para revisitar aquella vivencia de hace años. El internado de niños deficientes ya no es tan siniestro, pero los árboles, las hojas, la opresión del lugar me siguen impresionando como cuando era pequeño.

Pero además, y por una composición de recuerdos que no sabría explicar, la imagen de este paseo se une a otra mucho más reciente, sin ninguna relación. Sólo esa melancolía tan espesa, arbórea, que sale de la tierra y vuelve a ella transformada en humedad. Una lengua de niebla sobre las hojas que cubren el suelo.

Estoy en la alameda y puedo retroceder. Me alejo para entrar de espaldas en una casa. Camino mirando hacia atrás hasta una habitación, que se convierte de repente en el cuarto grande de Alba.

Entonces la opaca luz de los plátanos cubre la ventana. Y veo al trasluz la silueta de una chica sin pelo, que peina dulcemente una peluca montada en una de esas falsas cabezas de plástico.

En el mapa de mis imaginaciones, la rambla de los niños enfermos y el recuerdo de Alba cuidando su pelo artificial se ocultan en una misma región.

*

Fueron los meses de la lucha. Cuando el mundo ancho de los viajes, los estudios, las salidas del viernes por la noche, la vida de una chica de veintiún años, se convirtió en un pasillo estrecho y una habitación. La ventana al fondo.

Alba no sólo perdió la capacidad de movimiento, sino que de nuevo dependía de sus padres. Los médicos le repetían constantemente una serie de preguntas espantosas: "¿Has tenido algún ataque epiléptico? ¿Cambios de personalidad? ¿Te olvidas de las cosas? ¿Dolor de cabeza que no desaparece con los analgésicos? ¿Pérdida de visión en un ojo? ¿Tienes menos fuerza en un brazo que en el otro? ¿Convulsiones?".

Había que acostumbrarse a vivir con aquella amenaza. Lo que implicaba un acompañamiento constante, la seguridad de alguien a su lado, el control diario de las medicinas. Los horizontes se comprimieron en un espacio de pocos metros cuadrados. Por donde ahora retozaba Nela, la perra rescatada del refugio. Alba se sentía muy satisfecha de ella. Se encargaba de llevarla al veterinario, la cuidaba. Gracias a Nela su vida cotidiana era más divertida y afectiva. Ella la contemplaba y decía: "Mira qué guapa es". La perra, delgada y morruda, con ojos muy vivos y la lengua curvada en una especie de sonrisa, la admiraba con igual adoración.

Nela sustituía en cierto modo la intensa vida social que ahora no podía llevar. Porque nuestra relación con esa entidad un poco anónima y extensiva que se llama "los otros" cambió bruscamente con la enfermedad.

Cuánta gente huye del dolor. Cuando te encuentras en una situación dramática, buscas inconscientemente proyectarla en tu entorno más próximo, para descargarte y al mismo tiempo encontrar algo de ayuda. Los primeros que te sorprenden son los que simplemente niegan la existencia del problema. "No te preocupes, los médicos siempre se equivocan", "ahora estas cosas se resuelven mucho más que antes, en poco tiempo habrá nuevos tratamientos", "no será tan grave, ya lo verás".

Puedes distinguir perfectamente entre quienes intentan darte razones de esperanza y los que sencillamente quitan hierro a la situación porque ellos mismos - incluso desde la tercera fila - no saben enfrentarla. Otros se limitan a huir, porque la sola radiación del padecimiento ajeno les causa un gran desasosiego.

Es decir que, desde el agujero, ves cómo tu horizonte humano se

transforma igual que una de esas pinturas acuosas que no resisten la lluvia. No sólo tienes un problema grave, sino que el planetario de tus conocidos y amistades sufre una repentina conmoción, y sus caras se van borrando, deshaciendo, en una pared cada vez más blanca y más desierta.

Claro que también ocurre lo contrario. Descubres razones para confiar en los sentimientos más instintivos de la humanidad. Así, desde los primeros días me sorprendió profundamente lo que se podría denominar "la lágrima en el ojo ajeno" o la "solidaridad ocular". Por ejemplo, el delegado de una sucursal bancaria. Alguien que no parecía precisamente romántico, ni había mantenido conmigo más que una relación rutinaria y profesional. Tenía unos ojos redondos, desbordados, que lo observaban y calculaban todo sin perder detalle. Pero cuando le informé de lo que pasaba, vi perfectamente cómo su mirada se nublaba por unos segundos, brillaba y parecía incluso vulnerable. Lo mismo ocurría con el camarero del bar, o con la panadera a quien le sorprendí un trasfondo rojizo en la pupila, el amago de un llanto. Gente que sólo nos conocía de vista se emocionaba con el mero relato de los hechos. De una forma espontánea y sincera. Inesperada.

Amigos de los que esperabas un poco de ayuda hacían un mutis por el foro. Pero otros, quizás más lejanos, te ofrecían lo que fuera: apoyo, gestiones, dinero... La dimensión de los demás cambia radicalmente en una situación extrema. Se cae el cartón y queda la escultura.

Alba también se enfrentaba a un momento de difícil soledad. "Quiero ser la Alba viajera e incontrolable. Me estoy perdiendo muchas cosas. Sentir la libertad, salir a hacer el burro con los amigos, tener un novio, vivir y reír. Ahora tengo que luchar para poder volver a hacer las cosas que ya hacía antes". Su círculo de amistades no llegó a comprender lo que ocurría. Quizás porque ella era la primera en restarle importancia.

La recuerdo sentada en su cuarto, intentando hacer punto de cruz, montar una maqueta, leer, cualquier cosa que sustituyera a su actividad de siempre. Pero salvo en algunas precauciones, como llevar encima un paquete de tetillas de chupete para no morderse la lengua si llegaba el dichoso ataque de epilepsia, tampoco quiso cambiar su vida. Salía con sus amigas siempre que sus fuerzas se lo permitían, hacía planes. "Las cosas se tienen que pasar con fuerza y valentía. Nunca tiraré la toalla.

Acabaré bien".

Lo tenía más claro que sus psicólogos.

*

No creo en un Dios personal. No creo en el Estado ni en las naciones. Tampoco creo en el éxito ni en el dinero. Sólo creo en el Piolindo.

Sabes lo que se siente cuando te ponen una vía. Primero, el frío del alcohol sobre la piel, que frotan con una gasa rasposa. Le sigue un pinchazo de fuego, un punto metálico que se mueve por la vena buscando un lugar donde alojarse, mientras todos los músculos se estiran y el cuerpo hace un movimiento para huir aunque no pueda. La primera vez, se soporta bien. Pero semana tras semana, pinchazo a pinchazo, el daño se hace más agudo, las venas se resienten, y en los brazos quedan unas aguas azuladas, como derrames de dolor y de fatiga.

"Ahora estoy aquí, inyectada a una botella de vidrio cubierta por una bolsa rosa. Caen gotas que van directamente a mi cuerpo, este líquido mata las células malas y me bajará las defensas. ¡Me tendré que hacer una bufanda! Ahora estoy atontada porque me han dado un somnífero que ayuda a no vomitar. Esta noche la paso en el hospital, porque a lo mejor tendré náuseas y lo pasaré mal. Pero qué importancia le puedo dar si el premio es ¡vivir!".

Al comenzar el tratamiento de quimioterapia, Alba tomó una determinación. "Hoy, 1 de octubre de 1997, es la última noche que duermo con mi pelo. Mañana me raparé y directamente me pondré una peluca. No sé qué pensar ni cómo me afectará, pero creo que es lo mejor, cortármelo antes de que se me caigan todos en masa o me levante de la cama y me encuentre con que soy calva y que todos mis pelos están expuestos en la almohada. ¡Degs! Creo que hago lo mejor".

Yo estaba fuera de Barcelona. Y cuando regresé, me abrió la puerta con su nuevo aspecto. Me quedé sorprendido: ¡Era otra vez el Piolindo! Con la cabeza rapada, Alba tenía un aspecto más dulce e infantil. No le quedaba nada mal, porque sus ojos lucían mucho más, desprendían una luz diferente, y su sonrisa de hoyuelos era la misma que de pequeña. Con el pelo largo, parecía una chica inquieta y rebelde. Así, aparentaba en cambio mayor dulzura, como una monja oriental, y la parte de niña se imponía sobre lo demás.

No fui consciente de mi propia operación mental hasta mucho

después. Pero al descubrir de nuevo la imagen del Piolindo, cambié la estrategia a seguir. La inocencia de los símbolos infantiles es también una forma directa de transmitir emociones primarias, calentitas, sin intermediación racionalista. Tan blandas y aromáticas como un bollo sacado del horno. Muchos muñecos, juguetes y decoraciones para niños no hacen sino expresar esos sentimientos inmediatos, vehicular afecto. Representan una especie de aprendizaje del corazón a través de figuras, colores, músicas, atmósferas.

Alba no tenía una circunstancia personal de persona autónoma y madura. Sin pareja, sin un mundo propio y dependiendo de sus padres, difícilmente podía enfrentar una situación tan grave arropándose en su sistema de vida. Pero en cambio, su profundidad infantil parecía inagotable. Allí donde los sentimientos eran todavía blandos, candorosos, pintados de rosa y azul celeste.

El Piolindo representaba ese magma emocional de la infancia. A través de él, yo podía transmitirle la expresión amorosa sin ambages, obviando las pudibundeces que se producen entre adultos. A mis efectos sentimentales, Alba volvía a ser la niña pequeña, de un rubio invisible y grandes ojos azules. Y por esa puerta grande aceptó el cariño que necesitaba, aunque de vez en cuando protestara diciendo "Papaaá, que ya soy mayor". Pero una cosa no tenía nada que ver con la otra.

Gracias al Piolindo, encontré el camino que llevaba el combustible a su corazón. Y funcionó. Sobre todo en la rutina agotadora de los tratamientos. Cada día recibía una dosis de radioterapia, lo que significaba encadenarse al hospital. Esperábamos en un pasillo, siempre los mismos. Alba sintonizó muy pronto con el personal de aquella bomba de cobalto, que curiosamente era también la número 13, y a partir del segundo o tercer día la experiencia dejó de ser desagradable para ella. Entraba en la sala, colocaba la cabeza sobre una máscara. Desde afuera, yo escuchaba los pitidos de la máquina, contando los segundos de irradiación mientras por una pequeña tele la veía estirada, como prisionera de otro mundo. Cuando salía, bromeando con los auxiliares, tenía en el rostro las marcas cuadriculadas de la careta.

La radioterapia le originó algunas infecciones en la nuca, a causa del roce de la peluca. Las peores consecuencias podían producirse a partir de los dos años posteriores al tratamiento. Pero los médicos, aunque no lo decían claramente, dudaban que hubiera tanto tiempo.

El radioterapeuta doctor D., un hombre tímido y cordial, se rascaba la calva con un dedo cuando tenía alguna duda. Nunca olvidaré la forma cómo miraba a Alba. Ella bromeaba, movía las manos, desprendía vida y alegría. Y el doctor D. abría mucho los ojos, con una mezcla de sorpresa, admiración y sentimiento. Movía nerviosamente los dedos como si estuviera pensando en su interior qué más podía hacer. Creo que en el fondo intentaba rechazar el pesimismo que le imponía su condición médica.

La quimioterapia, aunque más espaciada, era mucho peor. Levantarse muy temprano para estar en el hospital a las 7, hora en que comenzaban los análisis de sangre. Después, varias horas de espera cargando con una carpeta llena de papeles y etiquetas hasta que el oncólogo, generalmente el mismo doctor C. que me anunció el resultado de la biopsia, nos recibía y examinaba el resultado.

Este trámite resultaba especialmente desagradable, ya que el doctor transmitía una inseguridad contagiosa. Rehuía las miradas y parecía controlar sus movimientos de una forma forzada, angustiosa. No sé a quién temía más, si a los demás o a sí mismo. Pero el resultado era una parsimonia afectada, falsa, rota a veces por ciertos momentos en que los ojos se le escapaban y miraban por unos segundos al techo o hacia los lados, rebeldes a tanto control.

Cuando hablaba con Alba lo hacía muy lentamente, con gestos estudiados de afectuosidad, pero los instintos le traicionaban. Tenía, por ejemplo, una macabra tendencia a escenificar los síntomas patológicos. Y si por ejemplo estaba explicando en qué consiste un ataque de epilepsia, estiraba mucho la boca y sacaba media lengua mientras nosotros lo contemplábamos con repugnancia. Lo mismo ocurría cuando hablaba de posibles déficits de movimiento. Como si no fuésemos capaces de comprenderlo, colocaba la mano encima de la mesa. Y fingía con gran verismo que no podía moverla, la mano se estremecía, temblaba, y él seguía recitando estadísticas y tantos por ciento ante nuestros aterrorizados ojos.

Yo creo que aquel hombre sufría en la consulta diaria. Y parecía liberarse con los congresos y las reuniones de colegas. En una ocasión, estábamos sentados frente a él esperando el resultado de las pruebas. Sonó el teléfono y entró al mismo tiempo una enfermera muy gruesa cargada de expedientes. Al descolgar, la cara del doctor C. se iluminó.

-- Sí, claro, el jueves en Las Palmas. Ya está confirmado el hotel.

La enfermera, a punto de derramar el manojo de radiografías, daba golpes de impaciencia con el pie.

-- Perfecto. Pero, escuche. ¿Se puede jugar al golf? Ah. ¿Y al tenis? Hay que pedir cancha, claro.

Alba y yo nos cruzamos una sonrisa cómplice. Pero la enfermera resoplaba de cabreo.

-- ¿Qué me dice? Huy, huy, huy. Un baile de disfraces. No sé, no sé...

Entonces lo comprendí. El doctor C. iba siempre disfrazado de sí mismo. Por eso tenía tanto miedo.

Si los resultados de los análisis lo permitían, el médico nos enviaba al Hospital de Día, donde había que hacer otra cola hasta que Alba ocupaba un *box* cerrado por una cortinita. Entonces, venía todo el ritual de colocarle una vía, acertar o no con la vena. Luego pasar las botellas de suero y medicamento. Esperar el gota a gota interminable.

Los primeros tratamientos eran de Cisplatino, que Alba llamaba "Platonio". Producían muchos vómitos y malestar, aunque ella los afrontó sin perder el ánimo. "Ya sólo me quedan seis quimios, ¡chachi! Y esta vez sólo me han puesto una botella de Platonio. Por el momento lo llevo muy bien. Lo bueno de esta época es que estoy notando mi cambio positivo, veo que aquella doble personalidad que tenía la estoy enterrando bien en el fondo, en un jardín que es difícil de encontrar. Soy otra titi. Y mira, hoy me hago una quimio y tan pancha. ¡Olé!".

Cuando aparecieron los vómitos, en el segundo tratamiento, Alba lo consideró un fracaso. Entró entonces en la fase del miedo a las náuseas que acaba por producir todavía más vómitos. Los dos o tres días siguientes a la quimioterapia eran duros. Yo volaba de un lado a otro: comprar, preparar la comida, sacar a Nela, administrar las medicinas... Ella, al menor síntoma en el estómago, corría por el pasillo hacia el cuarto de baño, seguida por la perra.

"Esto de la quimio no mola, esta vez ha sido dura de pasar. A veces me siento tan sola. Parece como si fuera la única en tener un tumor en la cabeza. Esto acabará pronto, estoy segura. Las cosas no irán tan mal. ¿Por qué? Porque soy Alba, una tía de admirar".

Efectivamente, la etapa de desconcierto duró poco. Alba acabó por organizar su propio sistema contra los vómitos: bolsas de plástico repartidas por la casa, escondidas en los bolsillos de la ropa. Encontró el tipo de alimentos que más le convenía, la postura adecuada, se

colocaba una botella de agua caliente sobre el estómago. Al final, aceptó las náuseas como algo inevitable y procuraba colar entre ellas los máximos intersticios posibles de normalidad. Sufría, pero sin reconocerse en el dolor.

La relación de Alba con su nueva imagen tampoco fue fácil, porque suponía asimilar un elemento extraño: la peluca. Creo que ninguno de cuantos la rodeábamos comprendió su constante obsesión por aquel postizo. Desde el primer momento, dedicó mucha más energía y aparato crítico a la peluca que a su propia enfermedad. Estudió los diferentes colores y peinados, buscó peluquerías donde lavarla, la cepillaba y miraba fijamente, como si en ella radicase algún secreto de su personalidad. "Hoy ha sido mi primer día con peluca cara a la sociedad. Me ha costado. Hoy es un día extraño. No sé cómo tomármelo".

Como tantas otras cosas, sólo después he podido comprenderla. Debo confesar que, al principio, me irritaba aquella dedicación absoluta. Creía que desviaba así una fuerza que le era necesaria para mantenerse. Además, estaba más guapa sin pelo que con aquella horrible peluca, que le oscurecía el rostro y anulaba el brillo de sus ojos.

Pero me equivocaba y hoy entiendo perfectamente su esfuerzo. Alba buscaba reafirmar su reflejo interior, apuntalar las defensas necesarias para seguir adelante. Ella, siempre tan pendiente de los demás, necesitaba no sólo estar guapa, sino sobre todo *sentirse* guapa. Con fuerza interna, poder. Dependía de los estímulos que reforzaban su imagen de sí misma. No era un capricho o una coquetería, sino la única forma de cargar energía y seguir adelante. Mientras ella se viera a sí misma atractiva y numinosa podría luchar contra todo y contra todos. Aunque fuera como rubia cisplatino.

Aparecer sin pelo hubiera significado aceptar una pérdida. Ella quería continuar aparentemente igual, demostrar a los demás que la enfermedad no la mermaba. Pero la peluca le planteaba un gran problema. ¿Cómo integrar aquel elemento ficticio en su sistema de valores? Por eso peinaba y analizaba aquella mata de pelo sin cabeza, preguntándose cómo darle un sentido y hacerla suya. Su ánimo de supervivencia y su energía interior dependían de ella. Finalmente lo logró. "Creo que ya me estoy haciendo amiga de la peluca".

Desdramatizada, incluso se convirtió en un elemento cómico. "Hoy

he salido con mis amigas. Me he puesto la peluca torcida y todas nos hemos reido".

*

Alguien se convierte en millonario y no entrega su capital a la primera persona que aparece con una tarjeta de "Inversor" en la solapa. Pregunta, se informa, contrasta opiniones, desconfía, intenta conservar el control y el protagonismo de cuanto se haga con su dinero. Esto es así, y por contraste me pregunto por qué la mayoría de la gente deposita ciegamente un capital aun más valioso, la salud, en manos de un desconocido que sale del consultorio con una bata blanca. Y no sólo se entrega, sino que muchas veces se deja secuestrar.

Gran parte de aquellos pacientes y sus familiares eran rehenes de un sistema hospitalario. Me cruzaba con ellos en los pasillos. Bastaba con ver la mirada que dirigían a los médicos cuando entraban y salían de sus diminutos consultorios. Unos ojos elevados hacia arriba, la boca caída, el gesto contraído de respeto y esperanza. Como quien contempla al guardador de los secretos de la salud, los tratamientos y las medicinas, la curación y el dolor.

Pocas veces hacían una pregunta fuera de lugar. Esperaban pacientemente a que el doctor, mirando sus papeles, les diera indicios de una u otra cosa. Lo aceptaban a ciegas. Y seguían haciendo cola para pedir hora, hacerse un análisis, empezar el tratamiento. Porque paciente viene de padecer y de paciencia.

Probablemente es el sistema necesario para que la actuación de los médicos pueda funcionar. Pero el enfermo debería tener también el derecho a la rebeldía. Y sobre todo la conciencia de convertirse en el empresario de su propia salud. Actuar como un hombre de negocios que tiene su empresa en peligro y se esfuerza por salvarla. Eso significa informarse, preguntar, comparar, cuestionar, discutir y exponer su opinión, presionar a veces para defender una forma de ver las cosas. Al fin y al cabo es su vida lo que está en juego. Y parece que uno tiene derecho a decidir sobre su existencia hasta que traspasa las puertas de un hospital. A partir de entonces se convierte en un enfermo, condicionado muchas veces por la falta de información y dominado por la ansiedad, que se deja llevar por los tratamientos pautados y las decisiones ajenas. Sin preguntarse otra cosa más que cuándo estará bien.

Al entrar en la rueda hospitalaria, yo no era consciente de estos problemas. Pero como periodista, tenía muy clara la necesidad de enterarme bien de lo que pasaba y, sobre todo, contrastar y ampliar la información en lo posible. La experiencia me enseñó a no fiarme de nadie, por más batas o uniformes que ostente, a cuestionar siempre las afirmaciones dadas por ciertas, y a buscar el reverso de los acontecimientos.

Siguiendo mis tácticas periodísticas, llegué a consultar hasta a cinco médicos al tiempo. Así, por acumulación de datos entendía mucho mejor las decisiones que se iban adoptando, las preguntas y los comentarios del oncólogo o el radioterapeuta. Otras veces, después de acudir a la consulta con Alba volvía yo solo. Y el médico no comprendía mi actitud. Esperaba que la irreversibilidad de la enfermedad me sumiera en un estado de sorda desesperación. Y cuando me veía nervioso, preguntando y discutiendo, ávido de tomar decisiones, no sabía qué decirme. Recuerdo una discusión en la que, finalmente, el médico me tomó del brazo: "Usted está angustiado porque tiene *toda* la información", me dijo. Como si las cosas pudieran ser de otra manera.

La mentalidad general era de un paternalismo de signo católico, compasivo y pseudoprotector. Frente a otras escuelas como la americana o la germánica, que incluso plantean al enfermo la posibilidad de no seguir tratamiento alguno y escoger un final más rápido, aquí los médicos asumían la carga del medio silencio para no alarmar al paciente y su familia. Aunque así también restaban capacidad de decisión.

En noviembre de 1997, Alba acabó las sesiones de radioterapia y se fue a Luxemburgo para visitar a su madre y su hermana. "Ya era hora, ya he salido de Barcelona a oxigenarme. No sé qué me pasa, pero me voy de Barcelona y me viene la depre. Bien, no es depresión, sino ganas de hacer mi vida. Veo a mis amigas que viven solas y hacen lo que quieren, y a mí las cosas no me acaban nunca de ir bien. No quiero ser destructiva ni pesimista, pero me gustaría volver a ser la Alba de antes. Tengo ganas de que las cosas me empiecen a ir bien, de que me digan cosas buenas, tener buenas noticias. Quiero esperanza, quiero que todo se acabe ya".

La esperanza es a veces una flor hecha con papel de seda. Al día siguiente de su partida, fui a buscar los resultados de la última

resonancia magnética. Ya empezaba a acostumbrarme a aquellas hojas grandes, llenas de cuadrículas con secciones cerebrales. Vistas desde lejos, parecían colecciones de mariposas al negativo, en blanco y negro. Allí estaban las sombras y masas del cerebro, relieves grises, líneas blancas, con letras y números al lado. Un tumor no era más que una especie de nube en aquella geografía laberíntica del cráneo. Un cirro encerrado en la cabeza, con el puntito brillante del contraste.

Crucé los dedos sintiendo como el pulso se me aceleraba. Pero el informe de la resonancia sólo citaba la existencia de algunos "restos tumorales" en la lesión operada, mientras que la segunda "captaba menos contraste". Llevé la imagen al radioterapeuta, que se rascó la cabeza con inquietud.

-- Bueno, está bien.

-- Al menos no le ha crecido, ¿no? - le pregunté.

-- Sí.

-- Una buena noticia, ¿no? - insistí.

-- Sí.

A pesar de su escaso entusiasmo, aquel resultado suponía un balón de oxígeno de valor infinito. Por primera vez podía utilizar un argumento positivo, alentador, abrir el grifo de la esperanza aunque fuera por unas semanas. Algo tan necesario como el aire que respiras, pues compensa el peso de la fatalidad y aunque sepas que es una flor de poco tiempo, para ti no tiene precio. Te permite seguir viviendo, ver el mundo de otra manera. Porque existen dos niveles en tu lucha: debes conocer la verdad; pero al mismo tiempo necesitas olvidarla para poder continuar.

Alba experimentó una auténtica inyección de moral. "Soy la tía más feliz del mundo. Hoy me han dado el pasaporte para vivir, podré vivir. Me ha llamado mi madre para decirme el resultado de la resonancia. ¡Directo! Estaba con Angela, la he cogido de la mano y me he puesto a llorar. El sitio donde estábamos era un bareto de bocatas belgas y como eran las 12 estaba lleno de gente. Hemos salido y Angela me ha cogido y yo todavía no podía creerlo. Por la noche, Angela y Maaike me han invitado a beber coca-cola y hemos brindado por mi vida. Tengo foto y todo. ¡Estoy viva! Todo va bien y creo en mí misma".

La foto está torcida, como contagiada de alegría. Alba aparece en medio, con la peluca despeinada y una sonrisa radiante. A su lado, Angela, Maaike y otra amiga que no conozco la abrazan, con un vaso

en una mano y el cigarrillo en otra. Al fondo, la pared de algún pub de copas, con un letrero rojo. Alba apuntó detrás: "La noche más feliz de mi vida".

También me dejó un mensaje en el contestador: "Papi que ya me he enterado. Estoy supercontenta. Ya verás, tendrás hija para mucho tiempo".

Recuperó por unos días la confianza total, tuvo una noche de alegría y felicidad. Por más oscuras que fueran las expectativas, ¿qué derecho tiene nadie a negar una esperanza aunque sea de papel?

*

Al entrar, me sorprendió un fuerte olor a potaje. La casa era grande y suntuosa, con una decoración antigua a base de cuadros con cacerías y caballos, lámparas de metal dorado, flecos, muebles de caoba y cosas de ese estilo. La mujer tendría alrededor de cincuenta años. Parecía enérgica, vigorosa, llevaba el pelo corto. Sus ojos eran negros y vivos, pero con una expresión algo doliente, como esas personas que sufren en silencio o arrastran alguna pena profunda. Era la sensación que transmitía. Por lo demás, resultaba absolutamente normal.

Nos sentamos en un sofá, casi en penumbra. Escuchaba la lluvia y el paso de los coches por el asfalto mojado. Hablamos un momento de cosas triviales, y me cantó las excelencias de una piscina de la Barceloneta de la que era socia. Luego se hizo un silencio. Ella se inclinó hacia mí.

-- Bueno, y usted...

-- Sí, fue un amigo el que me recomendó. Mire, en realidad yo no creo del todo en estas cosas...

Ella ladeó la cabeza como queriendo decir: "Ya sé, ya sé..."

Le expliqué el caso de Alba.

-- Lo que me pregunto es si hay alguna causa oculta. No sé si usted puede responderme.

-- ¿Ha traído una fotografía?

Le entregué una foto carnet de Alba, con el pelo muy largo y los ojos un poco tristes, una media sonrisa, un jersey negro.

Tomó la foto con las dos manos, la miró con fijeza y se movió ligeramente de adelante hacia atrás, como si ensillara el potro de la videncia. El sofá crujió ligeramente. La señora cerraba ahora los ojos, con un rictus de concentración en los labios. Me sentía incómodo por

momentos.

-- A esta chica le veo el final. Lo siento, pero debo decírselo.

Me recosté sin saber qué postura tomar.

-- Pero no será tan rápido como todos creen.

Su rostro tenía una expresión desagradable, y el olor a potaje empezaba a parecerme obsesivo.

-- Es una inconformista como usted. Pero usted es un luchador y ella no controla su fuerza. Ella es muy inteligente. Aparenta ser dura y no necesitar a nadie, pero en realidad necesita mucho afecto y es muy frágil.

-- Pero ¿hay alguna influencia negativa?

-- Ella se mira en los demás como en un espejo. Pero sobre todo en usted. No puede fallarle porque ella dependerá más de usted que de cualquier otra persona. Usted tendrá que aguantar lo que sucederá. Será muy duro. Pero lo aguantará. Será el regalo que le hará.

Siguió acariciando la foto, mientras se llevaba la otra mano a la frente.

-- Veo una influencia muy negativa de una chica, pero se va diluyendo. Hay un chico que le hizo mucho daño, y a partir de entonces se cerró. Ha pasado una época muy mala, con falta de cariño.

Las afirmaciones de la mujer no descubrían nada nuevo, pero por otro lado se correspondían bastante con la realidad. Sin embargo, me causaban una impresión de rechazo, como si estuviese dando entrada a un extraño en la parte más importante de mi vida. Además, la combinación de verdad y adivinación me confundían. Al final, olvidaba que aquella mujer no conocía realmente a Alba.

-- ¿Dónde estará? ¿En Barcelona, en Luxemburgo, en Mallorca?

Ella siguió concentrándose.

-- La veo en Barcelona, aquí tiene gente que le influye positivamente. Veo una operación.

--¿Aguantará bien?

-- Ella remontará, pero le hará daño encontrarse mejor y no poder disfrutar de la vida. Luego tendrá un bajón muy brusco.

Me devolvió la fotografía y comenzó a darme consejos. Encender una vela blanca junto a una imagen suya, colocar un vaso con sal y vinagre en la habitación. "Cuando esté seco ha de tener un color rojizo, si no es así y cambia de color avíseme enseguida".

Se levantó y empezó a enseñarme unos ejercicios de relajación. Me

sentía totalmente mareado. Aquella anticipación del futuro había removido el subsuelo de los miedos peores, dando palabras a las sospechas innombrables, latentes, dormidas igual que ballenas en mis fondos más negros. Después de lo que había dicho, ¿cómo podía esperar que memorizara aquella sarta de ejercicios que practicaba en el salón? La observé directamente, mientras ella levantaba y bajaba los brazos, y sentí un odio profundo hacia aquella mujer.

-- Haría bien en ir a la piscina, porque será difícil.

De repente, noté cómo su mirada se endurecía y me esquivaba. Dio por terminada la sesión de una forma algo brusca. Tal vez su propia capacidad de presciencia percibió mi disgusto y adivinó que, tal como hago, en un futuro escribiría abominando de aquella entrevista. Pagué y salí.

Aspiré una bocanada de aire lluvioso y busqué la primera bocacalle estrecha, lejos de las luces y los coches. Estuve caminando un buen rato debajo de la lluvia, sin acertar a responderme a mí mismo. ¿Me había equivocado?

Aprovechando que Alba estaba en Luxemburgo, aquella noche mezclé la sal con el vinagre, y, no sin cierta resistencia, coloqué su fotografía junto a una vela. Para evitar un incendio, monté el pequeño ofertorio en el cuarto de baño, encima de una repisa.

Desde mi cama, miraba hacia el pasillo y notaba la luminosidad apagada de la vela, titileante, que teñía la casa de una ultratumbidad un poco lóbrega. Había algo enfermizo, mortuorio, en aquella especie de ofrenda escondida. Una sensación que no se correspondía con la imagen calentita, alegre, infantil y amorosa del Piolindo. Era como una anunciación de la muerte antes de hora.

Eso pensaba, a punto de dormirme, cuando la alcoba comenzó a llenarse de un humo oscuro, pegajoso. Me levanté de un salto. El techo del pasillo estaba cubierto por unos vapores fétidos y malsanos, que dejaban una especie de grumos negros, como huellas de salamandra.

La vela, al consumirse, había quemado la repisa, que por lo visto era inflamable. La foto de Alba, en un tris de chamuscarse, aparecía un poco abombada y era como si ella se estuviera riendo de mis reacciones. Donde estaba la vela podía ver una masa informe, derretida, en forma de caracol.

Abrí todas las ventanas y pasé varios días limpiando las carbonillas de los techos. Pero aquella noche escribí furioso: "Se acabó la cadena

de velorios y compañía. Sólo mi magia, sólo el amor".

La vidente me gustó menos aún que la iglesia. Pero supongo que fue un paso casi obligado. Durante meses tuve que luchar contra los condicionantes que la señora del potaje me había proyectado. Y no tenía ninguna defensa para hacerlo, porque eran irracionales, tan ectoplásmicos como un fantasma al que quieres atravesar con una lanza.

He de reconocer que no se equivocó. Aunque tampoco me sirvieron para nada sus predicciones. Con una excepción: al día siguiente me hice socio de aquella piscina de la Barceloneta.

*

Sale el sol en Nueva York. O al menos lo parece. Por esa luz amarilla, casi dorada, que se refleja en los metales y las grandes cristaleras. Recorre los espacios vacíos con una densidad muy horizontal, proyectando largas sombras de edificios y rascacielos, reflejos, guiños. También hay un color en la ilusión que abre el cielo, en la posibilidad de vivir, de escapar. Brilla como una infinidad de pequeños soles en los cristales ahumados de los días.

"Estoy en Nueva York. ¿A que es alucinante? Este viaje me ha hecho entender aún más la vida. La vida está hecha para vivirla a fondo. Todo esto es tan diferente a mi vida... Todo es tan grande... Al otro lado del Atlántico, esta ciudad me hace ver muchas cosas, no sé cómo explicarlo, pero tantas razas, tanta gente, tantas diferencias. Esta es una ciudad en la que es fácil meditar tranquilamente, porque nadie me conoce. Te sientes un poco perdida. Pero aquí todo es increíble".

La colección de fotografías tiene un tono irreal, como si fuera producto de su imaginación. Se contemplan los *buildings*, las calles lejanas, el *skyline*, siempre con más vacíos que llenos. Alba parecía subyugada por los cielos y los interespacios, sin demasiado interés en los detalles de tanta arquitectura. La composición visual de aquel mundo le deslumbraba, y también el sentirse protagonista de un cambio, un desafío. Son las primeras fotografías en que aparece sin peluca, con un gorrito de lana, enfundada en su pelliza. Una sonrisa de hoyuelos en una calle llena de gente invernal, letreros de colores, motivos navideños y taxis pintados de amarillo.

Todo empezó en una de las últimas sesiones de radioterapia. El doctor D., aprovechando que Alba estaba en tratamiento, nos citó a su

madre y a mí en su despacho. Se rascaba la cabeza más veces que lo habitual. Sus ojos se agrandaban y empequeñecían alternativamente, expresando las dudas que recorrían su interior.

-- He estado consultando, he pensado, no sé, Alba está tan bien que a veces creo que no habría que caer en el fatalismo, intentar hacer algo.

-- ¿Pero se puede hacer algo?

El radioterapeuta, con sus manos nerviosas, puso dos gotitas de anís, perfumadas y espirituosas, en el *café noir* de aquellas últimas semanas.

-- Hay un método experimental, pero totalmente científico, a base de radiocirugía. Se concentran grandes dosis de radiación en un espacio muy pequeño, para atacar el tumor. Lo que pasa es que no sabemos las consecuencias que eso puede tener dentro de por ejemplo diez años. Pero, en el caso de Alba...

Se hizo un silencio. La posibilidad de que ella pudiera vivir tanto se consideraba remota.

-- Si pudiéramos ganar tiempo, cinco años.

La sola posibilidad parecía un sueño.

-- ¿Puede funcionar?

-- Nosotros aquí no tenemos medios, sólo hay dos sitios en Catalunya donde se hace este tratamiento. No sé, lo he consultado con mi jefe y él cree que no vale la pena. Pero cada vez que veo a Alba...

El doctor D. se encargó de llevar a cabo todas las gestiones. La sombra de una sombra de esperanza puede convertirse en un alimento, una escalera hacia el cielo. Cinco años en aquel momento parecían algo así como una eternidad, un edificio de muchísimas plantas, toda una vida.

Hablé con otros médicos, y ninguno parecía convencido. Uno de ellos me recomendó consultar con el Memorial Sloan Kettering Center de Nueva York. "Es el hospital de referencia a nivel mundial sobre cáncer". Pero otros no ocultaban su escepticismo. "Siempre se quedará más tranquilo si habla con los americanos, pero allí no hay nada que no se pueda encontrar aquí". La perspectiva era confusa. Una linterna moviéndose en medio de la niebla. Pero cuando pensaba en Alba, en aquel reflejo de su futuro que se estaba yendo, me dominaban unas ansias absolutas de intentar lo que fuera.

Alba regresó de Luxemburgo, y cinco días después ya estábamos en la consulta del Hospital Duran i Reynals, del complejo sanitario de

Bellvitge, para concertar la radiocirugía. A pesar de su aspecto aséptico y ordenado, aquel lugar nos inspiró malas vibraciones nada más llegar. El hospital se convierte en una especie de casa a la fuerza, y cuando te acostumbras a él acaba por cobijarte. Conoces sus rincones, sus olores, tratas siempre con la misma gente y te transformas en miembro de su familia adoptiva. Es curiosa esa identificación casi tribal que se establece con tu centro hospitalario. Porque termina por parecerte el mejor, y su personal el más afectuoso y eficaz. Frente a él, cualquier otro hospital resulta inferior, feo, incompleto. Te hace sentir extraño. Eso nos ocurría en aquel momento.

Nos recibió un médico joven, de la escuela "bisturí jovial".

-- ¿Así que es a ti a quien le han abierto el coco?

Alba lo contempló con desgrado. Sobre todo cuando le volvieron a repetir las pruebas de lateralidad, fuerza en los brazos, respuesta de las pupilas... Una rutina que la hacía sentirse como carne de hospital.

Le acompañaba un adjunto, que no paraba de sonarse. Ambos comentaron con sorna algunos aspectos de los informes del Hospital de Sant Pau. Alba y yo nos miramos con inquietud. Cada vez nos gustaban menos.

Cuando se dirigió por fin a nosotros, me di cuenta de que el médico lo daba todo por hecho. Pero yo no lo tenía claro.

-- Es muy sencillo. Te pondremos un hierro alrededor de la cabeza, algo así como una corona, serás una reina. Sólo tendrás que estar un día en el hospital. No te preocupes, porque no hace daño. Lo único que molestan son los tornillos que te aprietan en la frente.

Alba juntó las cejas con una mezcla de alarma y enfado.

-- ¿Una corona?

Cuando me dirigí al médico, éste perdió parte de su jocosidad.

-- Querríamos saber si este tratamiento tiene consecuencias negativas. No estamos decididos del todo.

-- Hay que hacerlo enseguida. La semana que viene. De lo contrario no tendrá efecto.

-- Pero nos gustaría consultar...

De repente, sus ojos se oscurecieron y apareció en su rostro la temida mirada oblicua. Se inclinó hacia mí, casi masticando las palabras.

-- Es un tratamiento pautado. Y en casos como éste du-pli-ca la su-per-vi-vencia.

Alba parpadeó sin querer escuchar lo que escuchaba. Yo me sentí molesto, me dominaba un sentimiento de resistencia.

-- De todas maneras tenemos que pensarlo.

Al salir, ella lloraba de frustración.

-- No me gusta este hospital. No tengo ganas de hacerme este tratamiento. Si tengo que ponerme esa corona, pues me la pondré. Pero quiero que todo se acabe ya. Estoy harta.

Me sentía confundido. Por primera vez en aquel proceso, experimentaba claramente una impresión negativa, de rechazo. Pero, por otro lado, se trataba de la única esperanza, el último recurso.

Al subir al coche tomé una decisión. Consultaríamos con el hospital de Nueva York. En el peor de los casos, Alba haría un buen viaje.

A ella le encantó la idea. Decidimos que Alba viajara con su madre, yo me quedaría con Anna en Luxemburgo. Aquella misma tarde llamé al Memorial Sloan Kettering y conseguí hora para el 1 de diciembre.

La mera evocación de Nueva York parecía un talismán. Nos levantaba la moral. Para Alba suponía una gran experiencia, cruzar el Atlántico, visitar la ciudad que tanto admiraba. Casi no consideraba el aspecto médico. Sólo la aventura.

En mi caso, aquella consulta me ayudaba a soñar en posibles soluciones, tratamientos más avanzados. Sabía que lo más probable es que, tal como me habían dicho, no existieran fórmulas mágicas. Pero el mero hecho de poder imaginarlo calentaba el globo de mis esperanzas. La ciudad de los rascacielos era un símbolo. Poderosa, lejana, levantándose en medio de las luces amarillas.

Comprendí entonces que existe una tendencia profunda a colocar la esperanza en un lugar geográfico. No es extraño que las "tierras prometidas" movieran a pueblos enteros. También las utopías siempre están en un rincón del mapa, y el paraíso se ubica en islas remotas, territorios vírgenes.

Es quizás la relación más íntima que puede mantenerse con el mundo real. Proyectar en un sitio concreto sueños y esperanzas profundas. Redimir un paisaje, convertirlo en un rótulo de tu interioridad. Eso era Nueva York. Y nuestra vida se convirtió en una referencia constante a ese viaje.

"Antes de que vayas a Nueva York tendré que estar dos días en Mallorca, para dejar unos trabajos listos", le decía. Alba miraba algunas tiendas: "Me tendría que comprar estos guantes para cuando

esté en Nueva York, seguro que hará mucho frío".

En medio de esa euforia, me tomé unas pequeñas vacaciones de mí mismo. Necesitaba regresar al yo que era antes de todo aquello. Reencontrarme.

Es curioso el juego de espejos que organiza tu pasado. Nada más llegar a Palma, me sorprendí tarareando la misma canción que escuchaba aquel verano, antes de que se descubriera la enfermedad:

"Una noche más,
me acaricia la brisa del mar.
Un café con hielo, por favor
descansando en verano, qué placer...."

Parecía como si aquel sedimento de recuerdo hubiera esperado, hibernando, a que regresara al escenario de mi anterior personalidad. Y entonces salió a la superficie, igual que si ni hubiera pasado el tiempo. La memoria como una extraña estratigrafía donde cada nivel tiene sus propias conexiones, rizomas y recuerdos. Un horizonte sincrónico dentro del cual algunos acontecimientos representan algo así como el "fósil director", el objeto que marca y define aquel estrato. En este caso, la canción, las noches mirando el cielo, el mar, la despreocupación.

Cuando llegué a la casa de la playa, después de unos meses tan densos, me emocioné. Allí estaban las sillas, en hilera, tal como las habíamos dejado al salir en estampida. Y era como si todos los muebles me estuvieran preguntando con su vocecita: "¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?".

En la terraza, los cojines sobre los que contemplaba las estrellas se habían quedado olvidados. Con la lluvia y el mal tiempo, dejaron una mancha negra, húmeda y tiznosa, en la madera. Al quitarlos, apareció un dibujo que me recordó a una cruz.

Era mi yo perdido.

*

Cuando Nela subía al coche, daba unas vueltas nerviosas en el asiento de atrás, se acomodaba. Pero al arrancar, podía ver por el retrovisor cómo sus orejas se inclinaban progresivamente hacia abajo. Torcía el morro con una mueca de estupor, dirigía sus ojos descontrolados hacia el techo y comenzaba a babear. Cinco minutos después, ya echaba la papilla.

El viaje de Barcelona a Luxemburgo fue un calvario. Por la mañana, Alba tuvo una quimio. Ella y yo esperábamos nerviosos a que llegara su turno. Una vez en el *box*, contábamos las botellas, los minutos. Por suerte nos tocó una de las enfermeras más activas, a la que por sus ojos saltones llamábamos "Mr. Bean".

-- Con un poco de suerte a las cinco habremos terminado.

Para colmo, empezó a caer una lluvia violenta, interminable. Salimos alrededor de las siete, cargados de maletas, mientras continuaba lloviendo a raudales. Nada más entrar en la autopista, Nela se puso a vomitar. Y como por contagio, Alba comenzó también a tener náuseas.

-- Una bolsa, sácame una bolsa.

Eramos los mensajeros del mareo en medio de una ruta borrada por el chaparrón, con grandes camiones que lanzaban unos chorros de agua cegadores, capaces incluso de filtrarse por la ventana y mojar los asientos. Más allá, se entreveían los paisajes del Empordà, el sur de Francia, las lagunas de la Camargue. Referencias ahogadas de una confusión de salpicaduras, faros que destelleaban en todas las gotas, y el metrónomo adormecedor del limpiaparabrisas.

A pesar de todo, estábamos contentos. A medida que nos alejábamos, íbamos dejando los problemas atrás. Adelante, más allá de la lluvia, estaban Nueva York y la esperanza.

Yo había comprado dos pequeños Piolindos, de esos que se colocan en los cordones de los zapatos. Ella se quedó con uno y yo con otro. Así estaríamos unidos por encima de la distancia. Porque cada uno de nosotros se encaminaba a un viaje distinto.

Alba, todavía con vómitos, salió el día siguiente hacia Nueva York. Mientras que yo, aislado por fin en Luxemburgo de cualquier entorno referencial, me pude centrar en el trabajo. Estaba en un mundo extraño, que no me implicaba en absoluto. Olor a hierba y árboles, una lluvia muy fina, cielos grandes y metálicos, por donde circulaban nubes que parecían pintadas sobre cartulinas, los cuervos dando saltos por el asfalto, coches de matrículas amarillas, señoras vestidas con gabardina y gorrito.

El día de la consulta, Alba me llamó excitada para citarme todos los lugares en los que había estado con su madre. Cómo era el hotel, las innumerables limusinas por las calles, los museos. Fue un momento grande para ella. En cuanto al médico, resultó ser un catalán "muy

simpático y muy positivo" según Alba. En principio, no recomendaba la radiocirugía ya que la zona del tumor era demasiado grande y podía tener efectos muy negativos.

Sentí como una especie de alivio profundo. La intuición había sido acertada y sólo aquello justificaba el viaje. No le ofrecieron ninguna alternativa nueva, pero aconsejaron sustituir el famoso cisplatino por el BCNU, un producto con menos efectos secundarios. Alba quedó encantada por el trato recibido. "Adivina en qué despacho estaba el médico. ¡En el 13! Este número me trae suerte".

*

En Luxemburgo, yo escribía delante de la ventana, acariciando de vez en cuando a mi Piolindo de goma. Una mañana, cuando Anna ya estaba en la escuela, comenzó a nevar. Una capa de silencio cubría aquel barrio de pequeñas casas con jardín, como si fuera una sábana o una forma de conocimiento. Había algo metafísico en la materia blanca que convertía en opacos los tragaluces, encerrándote aún más en ti mismo. Propiciaba el calor interior, la desaparición del paisaje o su sublimación.

En aquel momento trabajaba en un libro de rutas sobre los iberos. Tan ensimismado que proyectaba mis contenidos en el paisaje que me rodeaba. Al pasear a Nela por el bosque, me parecía ver el relato de mi vida escrito en la nieve. Como si fuesen letras del alfabeto ibérico. Pueden leerse, pero componen palabras que nadie ha logrado traducir.

El camino comenzaba en una casa muy coqueta, con esquinales amarillos y celestes. Parecía la ilustración de un cuento para niños y para mí representaba la infancia. El punto de partida y mis recuerdos más remotos. A partir de allí, el sendero seguía de forma rectilínea, atravesando unos campos que con la nieve se convertían en extensiones de un blanco sólido, goloso como la nata o un caramelo mentolado de aquellos que se mastican.

La senda trazaba una curva, y llegaba así a un tramo distinto. “Esta es mi adolescencia”, me decía. Ancha, con un barranco a la izquierda, adornado con zarzas congeladas que ofrecían imágenes fantásticas: mis sueños y mundos imaginados. Un camino espacioso, con dos roderas limpias en medio de una nieve esponjosa, a veces transparente, y que dejaba escapar estrellas y arcos iris cuando salía el sol. Si recordaba mis años adolescentes los veía así. Intensos, habitados, mágicos. Un

poco en pendiente ya que conducían sin rupturas a la vida adulta.

Era emocionante pensar que estaba pisando la analogía de mi historia. Que tal vez exista un lugar donde tu vida equivale a unos trazos del paisaje. Si los pudieras contemplar desde el cielo, los acontecimientos dejarían de ser signos ibéricos. Y comprenderías el sentido exacto de tu existencia.

Pero desde el suelo, yo sólo podía percibir el tránsito de una zona a otra. Lo recorría de una forma lineal, fragmentada. Mientras Nela saltaba aquí y allá, dejando un surco arrugado en la nieve.

El camino de la edad adulta descendía hacia una especie de valle, cerrado por un barranco de piedra viva y la fachada del bosque. Allí, el trazado abierto en la nieve componía un extraño laberinto, como si alguien se hubiera entretenido en dibujar líneas y más líneas onduladas con una moto. Un ovillo de huellas tan enrevesado como los pasatiempos que consisten en llegar de un punto a otro a través de un trazo enredado en sí mismo.

Aquel dédalo representaba justamente el momento que vivía. Cuando llegaba a él, miraba hacia atrás y hacia adelante. Intentaba sentirme dentro de un camino, una dirección. Traducir mi angustia topográficamente me aportaba un extraño alivio. Darle forma, imagen, trayectoria. Cuando ponía los pies en los carriles sin salida, estaba representando la incertidumbre y ausencia de futuro que me dominaban. Las líneas luchaban entre ellas como serpientes en la nieve, denotando esfuerzo y dolor. Aquí estaba ahora. Y hundía mi pie en el hielo.

Más allá del laberinto, salía una pequeña trocha, muy angosta pero bien marcada. Dejaba el caos de direcciones para encaminarse al bosque, cruzaba una hendidura, trepaba limpiamente una pequeña cuesta, entraba en un grupo de abetos altos, sombríos y solemnes. Sin la menor vacilación, el camino desembocaba en un agujero abierto en la tierra, rodeado por tres o cuatro troncos serrados que parecían altares. Era una especie de tumba para druidas. Aquí acababa el diseño geométrico de mi vida.

Yo me detenía en aquel rincón desconocido, bajando la cabeza como si visitara mi propia sepultura. Se respiraba paz y silencio. A veces, la nieve de algunas ramas se derretía, cayendo con estrépito, semejante a la pisada de algún animal invisible.

Aquellos paseos me situaron en lo que era. A veces sentía una pena

muy profunda y se me nublaban los ojos. Entonces evocaba el laberinto de las líneas y me decía que había un camino de salida, lo imaginaba.

Visualizar tu vida como un paseo de perro la hace abarcable, explicativa, coherente, destinencial.

*

Ese maldito general romano. Alba terminó por odiarlo. Durante la segunda guerra púnica, Aníbal llegó a las puertas de Roma tras derrotar a los diferentes ejércitos que intentaron frenarle. Los romanos, desesperados, eligieron entonces a Quinto Fabio como dictador. Al contrario que otros generales, ambiciosos, fatuos e ineptos, Quinto Fabio era un hombre prudente. No se lanzó al ataque, sino que se limitó a seguir al ejército cartaginés como una sombra sigilosa. Respetaba las distancias. Esperaba un error del enemigo, el momento oportuno para intervenir. Aníbal, tuerto y disfrazado con una peluca para evitar que un asesino a sueldo de Roma lo liquidara, decía a sus oficiales: "Los romanos han escogido a un general muy inteligente, porque no nos ataca".

Al otro lado, Quinto Fabio desoía los llamamientos inflamados a la acción que le dirigían los senadores. Especialmente cuando la coyuntura parecía más favorable. Porque aquel general decía: "Temo más a la buena que a la mala suerte".

Creo que Aníbal tenía razón al elogiar al dictador romano. Porque las rachas de buena suerte pueden ser tan temibles como los vientos frescachones que anuncian un temporal. Cuando las cosas no van bien, se activan las defensas y los mecanismos de supervivencia. En medio de un episodio de mala suerte, siempre se desarrolla un instinto de superación. Pero la fortuna favorable crea una ilusión de permanencia que tiende a olvidar las prudencias más elementales y puede conducir al desastre. La frase de Quinto Fabio es de una sagacidad oriental: lo bueno puede acabar conduciendo a lo malo y viceversa. Los valores son movibles. Los resultados paradójicos. Nada mantiene un mismo signo para siempre.

Este era el mensaje que yo intentaba explicar a Alba. Desde su vuelta de Nueva York, los indicios eran positivos. Llamé al médico del Memorial para pedirle su opinión. Fue realista pero esperanzador. Desgraciadamente, existían muchas posibilidades de que en un plazo de unos dos años se le volviera a reproducir el tumor operado. Pero, en

cambio, la segunda lesión podía ser benigna. Lo más importante era la juventud de Alba. Un factor que mejoraba el pronóstico. Según me explicó, tenía algunos pacientes muy jóvenes que habían seguido el mismo tratamiento que ella y, después de diez años, todavía seguían bien. No era lo más frecuente, pero allí estaban. También me recomendó que consultásemos con un neurólogo del Hospital Clínic con quien trabajaba en equipo.

Lo apunté en una libreta: diez años. Era el argumento más importante que nunca tuve entre las manos. Si ello ocurriera, tal vez aparecieran nuevos tratamientos en el interín. No estaba todo perdido.

Volví a sentirme optimista, pero Alba estaba arrolladora. Cuando fui a buscar los resultados de la nueva resonancia magnética leí: "Se aprecia tan sólo la existencia de una lobectomía en la punta del lóbulo temporal derecho sin signos sugestivos de restos o recidiva tumoral. Secuelas quirúrgicas sin evidencia de tumoración en este momento". El segundo tumor ni siquiera se citaba.

Corrí hacia el Hospital de Día, donde ella hacía cola para otra quimio, y le enseñé el informe. Con lágrimas de alegría, nos abrazamos delante de todo el mundo.

-- Estamos venciendo, estamos venciendo.

Las enfermeras unían las manos, siempre cubiertas por guantes de plástico, con gesto maternal. Mr. Bean, antes de pincharle, le estrechó el brazo guiñándole un ojo.

-- Muy bien Alba.

Ella cogió tanta carrerilla que me asustó. Le decía a todos que estaba curada, que pronto acabaría la quimio y volvería a una vida normal. Yo intenté explicarle la lección de Quinto Fabio. Ser prudente, no lanzar las campanas al vuelo. Porque cuanto más se insiste en algo, más se está favoreciendo a su contrario. Pero Alba no quería escucharlo. Había deseado tanto las buenas noticias que no estaba dispuesta a renunciar a ellas. Y mucho menos por un aguafiestas de general romano.

En navidad, mi prima Alicia le regaló un colgante con el número 13. Ella lo convirtió en el símbolo de su lucha. Lo llevaba bien visible, para mostrarles a todos su determinación. Aquella postura confundió incluso a los psicólogos, que en general no supieron comprenderla.

*

Alba pasó un poco de puntillas por el terreno del soporte psicológico. La primera persona que le trató seguía un método vitalista, de lucha compulsiva. A base de muchos ejercicios para mantener el instinto de supervivencia en tensión permanente. Hablaba muy rápido, pasando de un tema a otro. Y de vez en cuando se emocionaba con sus propias afirmaciones. El caso de Alba le tocó profundamente, y se lo tomó como una cuestión personal. Alba conoció así algunas técnicas de relajación, y reforzó aspectos de su personalidad. "Estoy bien. Me siento mejor. Tengo fuerza. Vivo y viviré. Quiero que mi tumor se pare o desaparezca. Soy un toro positivo".

Pero al poco tiempo, la táctica de forzar la máquina perdió su eficacia. Alba quería recuperar su vida normal, volver a la identidad de siempre. Olvidar los peligros de la enfermedad para rescatar la risa, las salidas con los amigos, la juventud. Todo lo que para ella era importante. Y la teoría del psicoterapeuta se basaba en activar al máximo sus mecanismos de defensa a todas horas, para que su mente se "autoprogramara" en contra de la enfermedad. Eso suponía convertirse en una especie de "anti-enfermo" energético. Alba se cansó de tanta presión. Incluso reaccionó con cierta hostilidad. Quería decidir sobre su vida, sentirse libre, olvidar. Así que el primer tratamiento acabó en pocas semanas.

Entró entonces en la psicología más tradicional. El gremio de los relativizadores. Al contrario que en su primera experiencia, aquí las sesiones tenían un tono relajado, como de confesión. La psicóloga era una mujer de unos cuarenta años, gruesa y decidida. En su despacho del hospital, le hacía algunas preguntas controlando mucho la voz. Le daba consejos, y sobre todo ofrecía matizaciones. Quitaba hierro a las cosas. Era cierto que Alba no podía llevar una vida normal, pero todavía conservaba muchos aspectos que debía valorar. Además, eso no significaba que dentro de un tiempo no pudiera recuperarse. Y también debía considerar que otras personas estaban todavía peor que ella...

Alba dejó de interesarse muy pronto por la metafísica de la relatividad. "Para pensar estas cosas no necesito ninguna psicóloga, puedo hacerlo yo misma". Si el psicoterapeuta fracasó por exceso de identificación personal, la psicóloga no llegó a cuajar por su descafeinado comparativismo.

Probamos entonces algunas técnicas alternativas, combinadas con la

homeopatía o las ideas naturistas. La historia fue la misma. Al principio, Alba encontraba agradables los masajes, el silencio almohadillado de la consulta, un parquet que crujía bajo los pies descalzos, el olor a sándalo, la voz aterciopelada del terapeuta. Pero, para nuestra desesperación, enseguida se aburrió. Dejó de estar motivada.

"Hay una especie de frontera que no puedo cruzar, una parte de ella que está cerrada" decía el naturópata con frustración. Seguramente se equivocó de puerta. El mundo de Alba sólo tenía una gran escalera: la emoción.

La última experiencia psicológica llegaría más tarde. Y fue una relación más de amistad que otra cosa. Para Alba, sólo lo que pasaba por el corazón tenía trascendencia.

Me imagino que, con mis discursos del general romano, aparecía ante ella como un psicólogo relativista más. Probablemente mi postura surgía del conflicto interior sobre decirle o no la verdad. Me asustaba que, envalentonada, negara la gravedad de la situación. Pero era un miedo estúpido. Más tarde comprendí que no existía ningún riesgo. Si ella podía olvidarse de todo, mucho mejor. Sería la realidad quien marcara las pautas, yo no tenía por qué actuar como su representante.

Entonces no supe ver algo que más tarde cambió mis ideas. Yo creía tener la verdad en mis manos, controlar los elementos de cuanto pasaba: el diagnóstico, los comentarios y previsiones de los médicos, los indicios, la sombra de la muerte. Frente a ello, lamentaba que Alba careciera de la totalidad de esa información. Y eso me hacía sentir mal.

Pero no era así. En realidad, sólo Alba conocía de verdad la situación. No necesitaba que se lo dijeran los médicos o leerlo en los informes. Porque lo sentía de una forma profunda. En su alma, su corazón. Todavía la considerábamos una niña inmadura, sin profundidad psíquica. Pero lo que sucedió después demostró que poseía una inteligencia sin palabras, cargada de sentimientos, intuiciones y matices, a veces mágica. Capaz de alternar esa certidumbre innominada de la verdad con la capacidad de seguir autoilusionándose. Mientras nosotros nos agitábamos, hablábamos con los médicos, impregnados de un desesperado dramatismo, Alba actuaba con un conocimiento silencioso, oscuro, a la vez pudoroso y emotivo.

Y lo sabía todo.

*

Los primeros meses de 1998 representaron el tiempo de la fuerza. Alba comenzó a trabajar algunas horas en la empresa de mi hermano Juan José. Salía de nuevo con las amigas. Y con algún chico. Porque, para su sorpresa, la enfermedad no espantaba a sus admiradores, sino que parecía atraerlos aún más. Ella no lo terminaba de entender, pero se sentía muy halagada. Ahora era una chica con personalidad y una historia fuerte, con mucho que contar.

"Mírame, llevo peluca y te juro que los hombres no quieren salir con una chica que tiene cáncer y que casi todo el tiempo está en el hospital. Y sin embargo no hago nada más que pensar en un tío que me quisiera tal como soy, y que no le importase lo que me está pasando".

Al mismo tiempo, tomó las riendas de los tratamientos. En el hospital, protestaba cuando la enfermera no sabía encontrarle la vena. O exigía que emplearan alcohol para quitarle el *mefix* sin arrancarle los pelos. Pero a la vez, su persuasión raramente resultaba destemplada o arrogante. Sabía conseguir un término exacto entre una dulzura infantil que despertaba el cariño de las enfermeras y la firmeza necesaria para reclamar sus derechos.

En la penúltima quimioterapia, sufrió más que nunca los efectos de la masificación. Una espera de horas, las aglomeraciones, los enfermos contándose sus males, la soledad. Aquel día se indignó. "Me he sentido torturada", repetía. De forma que fuimos al servicio de atención del usuario del hospital a presentar una reclamación. "Tuve que esperar casi cinco horas sin comer, sin un sitio donde sentarme, hubo una chica que se desmayó. Entré en el hospital a las 7 de la mañana y salí a las 17'30. El problema es una inaceptable falta de programación".

Durante aquellos meses, Alba luchó por no verse engullida por la marea sin rostro de las víctimas. Los doblemente enfermos, los exiliados de sí mismos. Y lo consiguió. El hospital le remitió semanas después una carta dándole la razón y agradeciendo su protesta, ya que serviría para introducir cambios en el sistema.

Al final, fue Alba quien pasó por la quimio, y no la quimio por Alba.

El 16 de abril acabó por fin el ciclo de la quimioterapia. Para celebrarlo, fue al bar de Gràcia donde se reunía con sus amigas, y las invitó a una bebida. La gente le decía: "Nosotros pensábamos que teníamos problemas, pero tú nos ha hecho ver que no era así. Te admiramos por la fuerza que tienes para enfrentarte con tantas cosas".

Y eso le encantaba. Tal vez fuera efectivamente su destino.

"Ahora soy normal, ya puedo vivir como una chica de 21 años. La verdad es que no sé cómo explicar la sensación que tengo pero soy muy feliz. Todo acabó, estoy curada. No sé escribir sobre mí misma".

Alba era cada vez más la Alba de antes. Con la desaparición del calendario quimioterápico, disponía por fin de una pequeña parcela de libertad. Podía olvidarse de los médicos durante unas semanas.

"No sabes lo que es la vida hasta que no te quitan tu libertad de vivir sin preocupación".

Se atrevió a pasar un fin de semana en Girona con las amigas. Incluso se fotografió sin peluca, en una habitación de luz muy rojiza, a contraluz, con un jersey negro y un pañuelo de seda india. Sonríe mirando a la cámara y su expresión es de afecto. Por aquel entonces, en su calva de Piolindo ya empezaban a sombrear algunos pelos.

Llevaba siempre encima una frase de Blaise Cendrars, recortada de alguna revista que habría leído durante una de las muchas esperas médicas y hospitalarias. "Vivir es, sin duda, una acción mágica". Para ella se convirtió en una especie de lema. Cuando la pronunciaba, abría mucho los ojos azules, y alargaba la última palabra, dándole poder. Luego se reía, hundiendo los hoyuelos, con expresión de haberse dado ánimos a ella misma.

Estaba viva. Y era mágico.

"Nunca podré describir esta fuerza que me viene del corazón con ganas de vivir".

IV. LA NIÑA DE LAS MARIPOSAS

Fluyen. Los colores y la música fluyen. Así como los azules celestes se hacen rosas y luego palidecen, opalinos, delicados. Mientras el paisaje se llena de lucecitas encendidas. De coches, de barcos, de aviones, de ventanas, de rótulos verdes, de señales portuarias. Y todo tiene la consistencia de un diorama animado. Un paisaje de juguete. Así la canción me devuelve una y otra vez al mismo sitio. Un balcón. La bahía de Palma con la catedral al fondo. La tarde en movimiento. Escucho la música y, aún hoy, cada acorde, cada inflexión de la voz, me despierta aquellas emociones. Fluye entre los recuerdos y el presente.

De todas las luces, a veces parpadea sólo una. En algún sitio. A pesar de todo. Me alienta inexplicablemente a la felicidad.

En la primavera del 98, intentamos reemprender una vida normal. Alba podía quedarse algunos días sola. Y yo regresar a mis trabajos y viajes. Aprovechando las gestiones para la presentación de un libro, regresé a Palma. Ya no tenía el apartamento del Terreno. Pero conseguí alquilar por un mes otro igual, en el piso de abajo. Con un balcón parecido sobre la bahía.

Era una pequeña conquista. En el ajedrez de los sentimientos, movía una ficha hacia atrás. Y en alguna parte de mi interioridad, una válvula soltaba vapor. Dejaba escapar tensión, miedo, congoja. Me imaginaba antes de aquella tarde de verano en que empezó todo. Buscaba mi piel vieja de serpiente. Cerrar los ojos, soñar que no había pasado nada. Que era el de antes. A veces los recuerdos también huelen a herboristería.

Me acompañaba un casette que compré poco antes de tomar el barco. El último de Eric Clapton. *Pilgrim*. Peregrino. Y cada noche, me colocaba delante del balcón. Y me dejaba llevar por el fluir de las luces y las perspectivas, mientras escuchaba las canciones. Un *slide*, un fondo lejano de batería. La sensación espesa del arreglo. Como si en

lugar de partituras estuviera escrito sobre una tarde de lluvia. Era un disco triste. Penumbroso. Con un rictus de dolor detrás de las guitarras.

Faltaban tres días para el Día del Libro. Tenía una firma y cuatro jornadas después la presentación de un nuevo libro. La mecánica de los recados y las ocupaciones me estimulaba. Palma no representaba la opresión de Barcelona. Estaba llena de evocaciones libres, de amistades. Y casi me sentía bien.

Cruzaba el Born cuando sonó el teléfono móvil. Alba tenía voz de buen humor. "Papá. He recibido el resultado de la gamma. Mira, mira lo que dice. Spect cerebral con talio o talío, no lo sé. Bueno. Informe: en los cortes to-mo-gráficos, tomográficos, obtenidos no se observan imágenes sugestivas de viabilidad tumoral. Huyyy. ¿Lo ves? Hemos vencido. ¡Estoy contentísima!".

Recuerdo que las hojas de los plataneros hacían juegos de luces y de sombras. Entraba un sol temprano, abrileño, que calentaba con dulzura. Miré hacia arriba respirando hondo y sentí que los ojos se me humedecían. "Es estupendo, Albis. Tenemos que celebrarlo".

La gammagrafía era poco indicativa. Aquella misma tarde ella debía ir al hospital para hacerse una resonancia magnética de control. Pero, por fin, parecíamos disponer de una pequeña tregua.

Comí con unos amigos cerca del mar. Veía pasar algunos barcos, por un agua muy clara y remansada. La perspectiva de unos días agitados, con entrevistas y compromisos sociales, me resultaba placentera. Era como dar cuerda a un viejo juguete y escuchar sus mecanismos rechinando, sus ruidos de muelles y resortes un poco oxidados. Antes de ponerse en marcha.

A las seis estaba en el piso. Me llamarían para hablar del libro por un programa de radio. Repasaba mentalmente lo que debía decir. Y sonó el móvil.

*

Hizo el mismo ruido que si a un atlante se le cayera el mundo a sus pies. Un retumbo siniestro y terremótico. Una explosión inversa o un grito que se hundiera en la garganta en lugar de salir. "Papá. El médico de la resonancia me ha dicho que me ha visto un bultito en el cerebro. Cuando me lo ha dicho me he puesto a llorar".

La jugada del hado era redonda. Allá estaba yo, lejos, sin poder hacer nada, lleno de compromisos que ya no me importaban. El tren

expreso de las esperanzas sólo había durado cuatro o cinco horas. Acababa de salir en estampida. Marcha atrás.

Seguramente, Alba fue más madura que yo. Mientras hacía cábalas sobre cómo desdecirme de las obligaciones contraidas, ella se mantuvo firme. "No quiero que vuelvas. De verdad. Quiero estar sola. Quiero pasar esto sola".

"Bueno, vamos a calmarnos. Igual no es nada. Primero hemos de tener los resultados". En aquel momento sonó el otro teléfono. Eran los de la radio.

En pocas situaciones como aquella he sentido la cabeza en total ebullición. Mis ideas eran dos pizarras donde alguien escribía frases demenciadas y seguidamente las borraba para apuntar otras distintas. Un piloto automático que se había vuelto loco.

No recuperé el control de mi discurso hasta mucho rato después. Llamé varias veces a Alba y ella, aunque llorosa, insistía. "Quédate allí, por favor". Aquella noche, la perspectiva de volver al apartamento y sacar de nuevo los camisones del pasado me parecía más horrorosa que nunca. Así que vagué por los callejones del Terreno. Fui a un pequeño restaurante, donde era el único cliente. Cené y me bebí una botella entera de vino tinto.

La canción se llama *Born in time*. En aquellos momentos, no distinguía bien entre unas y otras. Me limitaba a flotar sobre una materia musical en suspensión, sentado frente a la terraza. Algunos pasajes surgían de las sombras como resplandecencias nubosas encima de la luna. Y parecían expresar mi estado de ánimo de una forma plástica, casi táctil. Densa y oscura, húmeda, color de semáforo y portal. *Born in time*. Y yo caminando por los callejones del Terreno.

Creo que fue un estado de completa analogía. Arriba el manto espeso de un negro calamar. Los presagios y las certidumbres terribles. Y abajo, la vida minúscula de los acontecimientos. Intermitentes rojos de los coches, anuncios de colores, el gálibo de alguna ambulancia. Todas esas cotidianeidades que parecen incompatibles con la magnitud del drama y del dolor, porque siguen hormigueando incluso en las peores situaciones.

Sucedió entre ellas, y sólo por un momento. Una sensación distinta rieló sobre las aguas del puerto. Como un faro que pasara su haz de luz, coincidiendo con una frase de guitarra, sobre un acorde dulce, como un si menor.

Me había sentido transitoriamente feliz. Y yo mismo, en medio de mi oscuridad y confusión, me pregunté cómo era posible.

Muchas veces he vuelto a escuchar *Born in time*. Buscando con los ojos cerrados aquel resquicio. Intentando comprenderlo. Hoy creo que fue el primer atisbo de un proceso muy profundo, una inversión de valores que se preparaba en mi interior.

*

En la esgrima de las decisiones, hay amigos que pueden ayudarte. Al día siguiente, fui a comer con Jordi. Le expliqué la situación. "¿Tú qué harías? ¿Lo dejarías todo y volverías?". Su forma de razonar siempre ha sido parecida a la mía, y era como verme a mí mismo analizando la situación sin estar dentro de ella.

"Si ella quiere que te quedes aquí, deberías quedarte. Has de dejar que luche por ella misma".

Estábamos en un local grande y concurrido. El timbre del móvil me sobresaltó. Alba parecía más asustada que nunca. "Papá. Me acaba de llamar la enfermera de neurocirugía. Me han dado hora para el lunes. Me van a volver a operar, ya verás. Ya verás".

Totalmente demudado, le pedí a Jordi que me llevara a su oficina. Me acompañó y mientras yo llamaba al neurocirujano, él consultaba las plazas de avión para que pudiera regresar aquella misma tarde a Barcelona.

Finalmente, conseguí localizar al doctor B. Pareció extrañarse de mi llamada. "Sí le hemos dado hora para que no se espante, porque el otro día se asustó un poco en la resonancia. No le deberían haber dicho nada". "¿Usted cree que le vuelve a crecer el tumor?". "La sospecha es que se trate de una recidiva, pero hemos de examinar la resonancia y quizás habrá que hacer una prueba. También podría tratarse de una necrosis causada por la radioterapia. Pero es poco probable, porque suelen producirse como mínimo dos años después del tratamiento. Hay que mirarlo".

Acto seguido, llamé a Alba. "Tranquila, estate tranquila. Me ha dicho el neurocirujano que sólo te han llamado para que no te espantes. ¿Lo ves? No te preocupes". Ella suspiró y estuvo unos instantes en silencio. Luego, susurró: "Papá, no sabes cuánto te quiero..."

Aquella noche, salió con sus amigas. Su madre viajaría a Barcelona para acompañarla a la consulta. Y yo, después de muchas dudas, me

quedaría para cumplir con mis compromisos. Fue el último recurso a la normalidad. Y fue difícil. Pero en contrapartida, el afecto de los que me rodeaban me derritió un poco la antártida interior. Por unos días y aunque parcialmente volví a ser el de antes. Cuando dejé aquel apartamento del Terreno, me llevé el paisaje y la bahía, las luces y el cielo, los barcos y los coches, y aquel destello frágil de plenitud, metidos en la música de *Born in time*.

*

Kalea, *kalea*. Alba fue terminante. "Nos llevamos a la Nela". Yo moví los brazos con desesperación. "¿Que nos llevamos a la Nela? Pero Alba, ¿cómo quieres que vayamos a Pamplona con una perra en celo?". "Ay, Papá. Mira que eres complicado. Mira, le he comprado unas braguitas para que no manche el coche". Y me enseñó un artilugio con aspecto sachermasochista, de gomas luengas y ropa negra. Cerrado con grapas, capaz de contener una compresa y con un agujero para colocar estratégicamente la cola. Nela nos contemplaba ansiosa. Como si entendiera lo que estaba en juego.

"Está bien..."

El neurocirujano nos recomendó poner en marcha los papeles para la temida radiocirugía. Esta vez no había réplica. Sin embargo, antes de tomar cualquier iniciativa había que realizar una prueba llamada PET. Un estudio del metabolismo cerebral para averiguar si se trataba de una necrosis o de células vivas. Sólo se practicaba en Pamplona y Madrid. Nos decidimos por Navarra y en apenas tres días hubo que montarlo todo.

El mismo día de la partida, fui a una comida de trabajo. Era una reunión de apariencia y compromiso. Esas que valoran más el restaurante que el tema a discutir. Me sentía nervioso. Alba estaría preparando en aquellos momentos las bolsas y maletas. Como máximo, había que salir sobre las cinco.

Fue en aquel almuerzo cuando comprendí que, a los ojos de algunas personas, ya pertenecía al proletariado del drama. Varios de los comensales ocupaban altos cargos. Acostumbrados a viajar y codearse con la élite cultural. Gente de moqueta y zapatilla de clase *business*. Hablaban con suficiencia, entre chistes y bromas de mantel. Aunque estaban al tanto de mi situación, guardaban un discreto silencio.

Se me ocurrió consultar cuánto se tardaba en llegar a Pamplona. Y

una de las comensales se interesó por el motivo de mi viaje. “No, nada. Acompaño a mi hija para una prueba”. La mujer me preguntó qué le pasaba. Y se hizo un silencio espeso, salpicado de golpes de cuchillo en la vajilla. No recuerdo qué dije, pero eché balones fuera.

Entonces, uno de los jefes se inclinó hacia la oreja de aquella directora. Y con una voz muy queda, secreta, le dijo: “Cáncer”.

Yo contemplé el filete de merluza con una sonrisa quebrada. Hubiera podido escribir los pensamientos de la mayor parte de aquella gente. Una mezcla de tabú, embarazo, miedo y falta de respuesta programada. La mano de la tragedia no lleva guantes de piel. No cabe en una cultura que confunde la vida con los envoltorios de plástico de las exposiciones.

Cuando salí, me sentí muy aliviado. Subimos en el coche, con las bolsas y una perra con bragas. Y salimos de la ciudad por una autopista que nos llevó a cielos nuevos. Amplísimos, llenos de celajes superpuestos.

Llegamos de noche. El hotel se encontraba cerca de la plaza del Ayuntamiento y Alba estaba encantada con tanta novedad. Incluso nos dejaron meter “el perrico” en la habitación.

“Vamos Nela, vamos a la calle”. Al ver que los rótulos callejeros empezaban todos por *kalea,* Alba rectificó. Y volviéndose hacia la perra, que la miraba moviendo el rabo entre aquellas ridículas bragas, le dijo: “*Kalea, kalea”*.

*

Princesa de la ventana gótica. Formas parte de un mundo de torres medievales, ajimeces, pasillos, almenas, garitas voladas. Pájaros y enredaderas. Te asomas a los arcos apuntados y suenan músicas, imaginas. Como si por unos instantes hubieras encontrado tu destino. En el mármol apagado de los palacios.

Nadie se pregunta de dónde saca el ave la arquitectura del nido. En cierto modo, la lleva dentro. Es una forma de representar su alma de pájaro. ¿Cómo podría incubar y alimentar a sus crías si no las abrigara en la metáfora de su vida interior? Lo que para ella representa la intimidad, la protección, el calor y el corazón.

Sospecho que algo parecido ocurre con los castillos. Me parece ver en ellos la proyección de la idea medieval del alma humana. Erizados por fuera, con puentes levadizos, troneras y matacanes que no son sino

un refuerzo de su fuero interno. La torre del homenaje se levanta como una afirmación simbólica de su identidad. Y a modo de contrapunto a tanta ferocidad externa, por dentro la vida se desarrolla alrededor de un amplio patio. Con el brocal de un pozo. Agua que significa alimento del espíritu. Y las habitaciones altas, pasadizos, escaleras secretas. El mapa donde se guardan los presentimientos y los recuerdos.

Un castillo es una personalidad. Cada uno lleva el suyo. Más grande o pequeño, altivo y hosco, o en ruinas, o coqueto y desarmado. Los maestros medievales no hicieron sino proyectar, como el pájaro, el modelo de su vida inconsciente.

Cuando Alba se asomó por uno de los ventanales del castillo real de Olite, era más ella. "Qué guay. Hazme una foto. Como si fuera una princesa". Levantó un poco los hombros, y la luz orilló la sombra de su peluca, dándole en el rostro. "Ponte un poco más allá. Así. Sonríe". Parecía realmente una princesa.

Ahora creo que ella estaba a punto de encontrar su castillo emocional. Empezaba el trabajo de habitarse a sí misma. Y su camino pasaba por un elemento de inocencia y niñez que paradójicamente la hacía más madura. Yo bajé la máquina y le sonreí. Ella me miró con una luz en los ojos. Cuanto más se enfrentaba a situaciones límite más se suavizaban sus rasgos. Su sonrisa ya no era la de una jovencita alocada. Era más dulce, incluso profunda. También su mirada se hundía en diversas superficies, como un lago que a veces refleja la luz y otras revela los detalles de su fondo con la transparencia del cristal.

No nos dijimos nada. Pero en aquella imagen del arco había algo simbólico. El día de Olite me quedó grabado con intensidad. Cuando miro la foto, no veo más que un contraluz bastante forzado y su silueta estática. Pero en mi recuerdo ella aparece irreal, soñada, con los dorados y carmines de un tapiz. Como una princesa de cuento de hadas.

Mucho más tarde, encontré entre sus papeles un dibujo a lápiz. Los trazos son infantiles, pero están corregidos y borrados varias veces. Representa una mujer con traje medieval. Cabello largo y ojos entrecerrados. Levanta los dos brazos, que parecen convertirse en ramas de árbol, y su falda de princesa se extiende sobre una extensión de muchas líneas juntas, que tal vez representen un mar o la tierra. Hay una especie de luna oscura que surge detrás de la mujer y se refleja en el suelo. Vuelan algunos pájaros. La princesa emerge del cuadriculado gris en una especie de autoconciencia extática. A punto de entrar en su

castillo.

Aquella idea de mujer, oculta en los reflejos del agua más dormida de la mente, acabaría por manifestarse.

La prueba del PET duró varias horas. Alba, que no soportaba estar en ayunas, llamó al médico para preguntarle si podía tomar algo. El doctor era un hombre joven y pulcro, con buen humor. Se rió y le dio permiso para comer un poco. Más tarde, cuando lo encontré en los pasillos, siguió hablándome con jovialidad. Ni me dio esperanzas ni me las quitó. "Mañana al mediodía venga a verme y le daré los resultados".

Por la tarde, paseamos por Pamplona. Y al día siguiente, aprovechamos la mañana para visitar Olite. Cuando se acercaba el mediodía, notaba un cierto retorcimiento en el estómago. La incertidumbre se había convertido en un mal menor. Un alivio al lado de la seguridad indeseable que daban las malas noticias. Cada espera era una propina de esperanza, un pequeño suplemento de no saber. Cuando llegaba la hora de las evidencias, ya no era posible olvidar.

Volvimos a Pamplona y el médico no aparecía. Después de pasar varias veces por el despacho, pedí el informe. En el fondo, me alegraba de no haber tenido que hablar con él.

Hacía mucho calor y en el aparcamiento de la clínica abrí el sobre. Alba miraba por encima del hombro. Hojeamos varias láminas donde los cortes cerebrales se estampaban como luciérnagas sobre un fondo negro. Hemisferios tornasoleados, colores granates, manchas amarillas, transparencias azules y verdes. Terriblemente bonitas.

El texto hablaba de un "depósito hipermetabólico" y de otros conceptos poco inteligibles. Algunas frases sonaban bien, y se las leí. "En el estudio con C-Metionina se pone claramente de manifiesto que no existen otras lesiones significativamente patológicas en el resto del lecho quirúrgico". Pero el resumen final se refería a una "lesión compatible con un proceso de alto grado de malignidad". Doblé el papel. Ella lo vio, pero no dijo nada.

*

Yo también estaba cambiando. Paseábamos por San Sebastián, hacía mucho calor y algunos se bañaban en la playa de la Concha. Compramos unas postales, y al cruzar una calle Alba se detuvo un instante. Me miró con sus ojos de Piolindo muy abiertos, interrogantes. "Me parece que he tenido una paranoia".

La cogí por los hombros. “¿Te encuentras bien? ¿Qué sientes?”. Ella andó unos pasos más, mirando hacia el suelo. “No sé explicarlo. Como un olor muy fuerte, que me llegaba al estómago. Pero ya estoy mejor”. Intenté tranquilizarla y nos sentamos en una terraza, frente al mar.

Estuvimos un buen rato mirando a la gente, descansando. Entonces me di cuenta. Cuando me hallaba lejos de ella, los pánicos se agarraban a mis piernas. Cada signo agorero, cada indicio me sacudía igual que un calambrazo. La conciencia de la fatalidad me seguía como sombra de coyote, simétrica, oscura, viscosa. Me sentía perdido.

Sin embargo, si estaba con ella no le temía a nada. Una fuerza desconocida llenaba de torpedos mis arsenales, mandaba subir y bajar el periscopio. Un capitán interior tomaba entonces el mando de la nave. Escrutaba el horizonte con los prismáticos. Daba las órdenes. “Avante toda”. Y yo confiaba ciegamente en él.

No era yo. Era el espacio emocional compartido con Alba. La intimidad y la confianza que se reforzaban como una aleación sin fisuras. Todo lo exterior rebotaba contra ella. Porque en aquella cajita de metal estaban los sentimientos, muchos recuerdos comunes, nuestras afinidades, la seguridad en el otro, y sobre todo la canica saltarina de la risa.

“Pues menos mal que no tuve el olor al lado de un contenedor”.

Estábamos en San Sebastián, lejos de cualquier recurso conocido. Alba volvía a encontrarse mal. Pero no tuve miedo. Sólo la quise un poco más.

Fuimos cogidos del brazo hacia el aparcamiento. La noté un poco frágil, insegura. Pero procuraba apretarle con fuerza. Mientras le repetía: “*kalea, kalea*”.

Claro que también nos peleábamos, y ella se irritaba. Pero cómo íbamos a estar mucho tiempo enfadados llevando una perra con bragas...

*

Qué no se haría por un hijo. Es una frase tópica. La he escuchado un montón de veces. Alguien me dijo también que como padre era “carne de cañón”. “Harás lo que sea por salvarla, pagarás lo que haga falta, cualquiera te colocará lo que quiera”. Se hace lo que sea.

La ilusión de la tregua había desaparecido. Los acontecimientos

comenzaban a precipitarse a un ritmo lento, pero inexorable. Y no podía rehuir la mala conciencia de no haber pasado por el estadio del curanderismo. Algunos amigos me lo decían: "Has de intentarlo, no pierdes nada". Y al lado del teléfono tenía una lista de opciones salvadoreras de todo tipo. Pero no me decidía. Había algo de equivocación, de recurso fácil. Tampoco era capaz de explicarlo. Acudir a gurús, santeros y brujotes me parecía hacerle daño, convertirla en objeto y víctima. Sentenciarla.

Alba luchaba. Pero nunca la había visto desesperada, capaz de cualquier cosa por escapar. Quería sobre todo seguir siendo ella. Que no le robaran su vida, su mundo. Era capaz de soportarlo todo con tal de resistir, hablar con sus amigas, reír, sentirse princesa. De la misma manera que rechazaba la cosificación hospitalaria hubiera evitado la victimización de lo milagrero. Al menos, así la sentía.

Alguna vez le hice una insinuación velada, y no mostró el menor interés. Pero yo seguía con remordimientos. Cada mañana, antes de ponerme a trabajar, encendía un cigarrillo. Y aquel humo acre me revolvía las entrañas. Aceleraba mi pulso, tensaba las poleas de mis piernas. El estómago temblaba como un tambor y por unos segundos pasaba ante mis ojos la conciencia cruda de cuanto pasaba. Alba tiene un tumor. Alba tiene un tumor. Una escarcha oscura recorría mis brazos y mi rostro. Y entonces me proponía hacerlo. Cogía un papel de la mesa. Con un nombre escrito. Don Manuel.

La experiencia de la radiocirugía fue muy desagradable. Más médicos. Más jarros de agua fría. "¿Puede tener repercusiones?". "No tendrá más consecuencias negativas que el tumor. Usted debe saber que sólo es un tratamiento paliativo. Desgraciadamente no podemos hacer milagros". Consultamos con el médico del Memorial y un neurólogo del Hospital Clínic. No había garantías de que el tratamiento funcionase, incluso dudaban si no era más conveniente la cirugía convencional. Mientras tanto, la acumulación de decisiones y cosas por hacer me arrastraba como una cadena. Imponía sus propias reglas. No podías perder tiempo. ¿Cómo negarte a lo que parecía el último recurso? Aunque supusiera otro hospital y el frío ritual de las esperas.

Alba no quería. Pero colaboró en todo. El tratamiento era muy caro, pero en todo momento la sensación que tuvimos fue de trámite. Empezaba a conocer la escenografía médica, y tenía la impresión de que faltaba algo. Entraban los nuevos médicos y repetían

invariablemente las mismas preguntas. Como si hicieran unos pasos ensayados de ballet. Iban rápido, nunca parecían estudiar la situación a fondo. Siempre tenían prisa. No perdían el tiempo sentándose con el paciente. Escuchándole. No ocupaban esa otra parte del espacio médico que es comprender al enfermo como persona, y no como estadística. Tal vez discutieran mucho en sus comités y reuniones. Pero cara al exterior, eran como un alumno que recita una poesía en un festival de final de curso. Salían detrás del telón, hablaban apresuradamente, y hacían mutis por el foro.

La habitación del Hospital General de Catalunya parecía un compartimento del Talgo. Totalmente cerrada y aséptica. Alba lo pasó mal. Poco después de ser irradiada sintió una gran angustia. El médico le hizo unas cuantas preguntas y dictaminó que se trataba de una "pequeña crisis de ausencia". Después de un día, y a pesar de que tenía unas décimas de fiebre, le dieron el alta.

A la mañana siguiente, encendí otro cigarrillo. Me veía reflejado en el cristal de un cuadro. Pensé en esas civilizaciones que alcanzan su momento culminante, su mayor cultura y poder. Eso que llaman el *floruit*. Di una calada amarga. Luego me contemplé otra vez.

"Se acabó el *floruit*. Fue hermoso mientras duró".

*

No había pérdida. Era una calle de suburbio. Estrecha, con coches que parecían llevar allí mucho tiempo. Casas bajas y baratas. Al lado de un taller mecánico, un timbre pintado de rojo y un letrero escrito a mano. "Don Manuel. Visitas lunes, miércoles y viernes de 10 a 4".

Apreté el botón. Sonó un zumbido y la puerta de contrachapado se abrió con lentitud. Entré en un pasillo, una escalera. Salió un hombre que no me hizo ninguna pregunta. "Siéntese aquí".

Eran dos habitaciones sin pintar, sólo enlucidas. Y con algunos cuadros de calendario como ornamentación. Una mesita con revistas manoseadas y una pareja que también esperaba. Nos contemplamos con interrogación, pero no abrimos la boca.

A pesar de la modestia del escenario, no sentía malas vibraciones. El ayudante salió al poco rato y me hizo pasar, por delante de la pareja. Entré en una habitación muy pequeña, iluminada por una ventana que daba a un deslunado. La luz era triste, de florescente. En la pared colgaban varias cruces de Calatrava y una imagen del Sagrado

Corazón.

Don Manuel entró por otra puerta. Parecía que se hubiera acabado de levantar de la cama. Era un hombre mayor, con el pelo blanco y tieso, casi en cresta. Llevaba un cigarrillo en la boca y su rostro estaba lleno de arrugas, con unos ojos caídos y bondadosos. Negros, perrunos y un poco ausentes.

Me hizo sentar, y se colocó en una mesa llena de revistas médicas. Se llevó la mano a la cabeza, como para despejarse. Entonces vi, en un segundo plano, un pequeño altar lleno de vírgenes y crucifijos, donde ardían unas velas.

-Usted dirá.

-Mire, tengo una hija con un tumor cerebral. Y me han dicho que quizás usted podría ayudarle. No quiero que me diga lo que va a pasar – puntualicé recordando a la vidente. Sólo quiero saber si puede hacer algo.

El hombre se rascó la piel de la barbilla, todavía sin afeitar. Con un gesto de lamentarse por tanto dolor humano.

-¿Cuántos años tiene?

-Veintiuno.

-¿Y qué "disen" los señores médicos?

-Que no se puede hacer nada.

Abrió entonces un cuaderno escolar, lleno de inscripciones apretadas como hormigas. Me pidió una foto de Alba, la colocó sobre el papel. Yo seguía sus gestos con atención. Había en él algo que faltaba en los médicos. Piedad. Poder compasivo. Era un hombre anciano, de aspecto menesteroso. Probablemente enfermo, pues sus dedos tenían el tizne de la nicotina y aspiraba el humo del ducados con una avidez malsana. Su voz cascada. Y aquellas ojeras pronunciadas que de vez en cuando se fruncían en un gesto de humanidad.

Comprendí por qué tanta gente recurría a personas como él. Aquel hombre estaba allí como el último farero de la esperanza. Delante del cabo más negro de las tormentas, era una silueta humana en la noche. Quien escuchaba, preguntaba, y te hacía sentir el peso de su compasión. Recibía los males y desastres de los demás como si pudiera guardarlos en un saco y sacarlos de este mundo. Jugaba a demiurgo, porque daba a todos aquello que pedían. Fe, expectativas, un remoto punto donde agarrarse. Un abuelo cósmico. Un dios a punto de jubilarse que escribía en su libreta el nombre de Alba con letra de

colegial.

Pasó una cruz de Caltrava por la foto. Cerró los ojos, cruzó las manos, y rezó en sordina oraciones católicas. A su lado, me sentía bien. Aunque dudaba que aquel pobre hombre pudiera hacer algo por Alba.

-Esta chica tiene un "tumort" muy conflictivo.

Permaneció unos instantes en estado de pensamiento.

-Intentaremos que el "tumort" se "redusca". Hay bastantes posibilidades.

Luego me miró con un gesto de infinita tristeza.

-Vuelva dentro de "dies" días con la foto. Haremos mucho, mucho por esta nena.

A partir de entonces, cuando me sentía abrumado, cerraba los ojos y me repetía aquella frase. Tan llena de ternura y tan misteriosa por su plural mayestático. Fue la mejor aportación de don Manuel.

Haremos mucho, mucho por esta nena.

*

Cuando estaba todavía en el hospital, Alba volvió a sufrir otro "olor". Uno de los médicos me dijo que podía tratarse de pequeñas crisis epilépticas. Pero no le dio importancia. Como tampoco consideraron el hecho de que la febrícula no remitía. Tuvo un sueño: "Yo veía una especie de habitación muy grande. Con un pasillo, muchas ventanas y cristales. La Mamá y tú estabais allí. Al lado de los cristales y entraba mucha luz".

Alba estaba triste. La revivencia del mundo hospitalario acentuó todavía más su carencia sentimental. "El otro día fui a ver *Los amantes del Círculo Polar* y me puse a llorar. Yo también quiero un romance, alguien que me quiera". Yo no podía hacer nada en ese terreno. Lamentaba que los chicos que habían pasado por su vida hubieran sido incapaces de comprenderla, demasiado cerrados y miedosos. Pero intentaba animarla a la hora de quemar etapas. Le abrimos una cuenta bancaria y pudo tener su propia tarjeta de crédito. Recuerdo que le hizo mucha ilusión. La llevaba bien guardada en su agenda azul. Era el pasaporte a su pequeña vida adulta. La llave que le abría algunas posibilidades en un mundo de asfixia y sobresalto.

Una tarde me dijo que le gustaría viajar a Palma. Estar con algunas amigas. Me costó trabajo, pero logré convencerla para que lo hiciera. Había riesgo. A veces padecía "pequeñas paranoias", que eran algo así

como sensaciones ampliadas. Y entonces se sentía perdida. Pero por otro lado, ir a Mallorca sola constituía un desafío. Una forma de afirmarse.

Finalmente, preparó su mochila. Y mientras la acompañaba al barco, no estaba segura de encontrarse bien. "Ya verás. Eso es que estás nerviosa. Tú te metes en tu camarote y a dormir. Te lo pasarás bien".

Ella me sonreía hundiendo los hoyuelos. Y me pellizcaba la mejilla.

- Te voy a echar de menos.

-Y a la Nela también.

-Claro, a la Nela también.

La experiencia fue bastante negativa. Sufrió algunos mareos y no logró localizar más que a una amiga. Sus compañeras de Palma ignoraban las circunstancias en que se movía y no comprendieron la excepcionalidad de la visita. Yo estuve muy angustiado. Durante el viaje de vuelta tuvo una "sensación" fuerte, algo de fiebre y dolor de cabeza. Cuando bajó del barco la abracé con alivio y me dije: "Bueno, ya está. Ya lo ha hecho". No quería volver a dejarla sola.

Cuando regresamos al piso, fue como si entrásemos en una mezcla de refugio y prisión. Cada uno tenía su lugar. Sabía lo que debía hacer. Alba descansaba en el sofá, con Nela a los pies. A veces veía un poco la televisión, leía revistas de perros o dormía. Yo mientras tanto aprovechaba parte del día para trabajar en mi despacho. Y desde allí veía la luz por el pasillo. Escuchaba sus risas cuando hablaba por teléfono. Sentía el aliento azulado de la tele en las horas oscuras.

Por la noche, teníamos un sistema de despedida. Ella se hacía un té y se sentaba delante del ordenador, fumando un cigarrito. Yo la visitaba antes de dormir y le pasaba los brazos por el cuello. Su pelo, que entonces ya estaba un poco largo, olía a jabón y crema de la piel. Le daba un beso mientras Nela me arañaba las piernas. Nosotros la provocábamos exagerando las muestras de cariño. "Huy, huy. Muac, muac. Cuti, cuti. Qué cosa tan mona". Y la perra ladraba destempladamente, plegando las patas delanteras. En aquellos momentos me sentía fuera del tiempo y de las circunstancias. Era como siempre había sido.

Pero cuando me metía en la cama, me retorcía de soledad. Veía los libros en la penumbra. Llegaban desde lejos los ecos de la luz de su cuarto. Como un reflejo amortiguado, oblicuo, que contagiaba su brillo

espectral a los objetos más claros.

Cerraba los ojos y me preguntaba qué ocurriría el día en que aquella luz ya no brillara. Cuando el pasillo estuviera en silencio. Y detrás de las puertas cerradas sólo hubiera vacío. Recuerdos.

*

Y se abrió el teatro de los sueños. Telones de agua oscura. Abismos de lógica submarina. Un todo inespacial, donde las olas llegan de muy lejos, mueven las palabras y las imágenes como praderas de posidonia. Oscilan con una acompasada lentitud. Atravesadas por cuchillos destelleantes que hieren cual presagio o conciencia de cuanto no puedes comprender.

Nunca había estado ahí. Y ahora me pregunto por qué en el tratamiento de las enfermedades nadie se ocupa de los sueños. El sufrimiento físico es evitable, al menos parcialmente. Hay drogas y sistemas paliativos. Pero nadie puede ayudar al náufrago de su propia inconsciencia. Cuando queda a merced de las mareas y los sargazos. Entonces, el océano no sólo revuelve sus propios contenidos, sino que arrastra también el légamo de una memoria gigantesca y colectiva. El sustrato abisal de los que sufren. Mira los ojos de los enfermos que sueñan. Qué enormidad y qué precipicio. Porque nadie sabe qué vientos qué monstruos o qué islas le esperan en esa travesía del sueño y la enfermedad. *Aegri somnia* decían los romanos. Sueños de enfermo.

Era a principios de junio. Y Alba empezó el descenso. La caída por un vacío de añiles y rayos transversales. Su cabello oscilaba en la corriente, flotaba y movía los brazos como si volara por las profundidades. Aureolada de un azul encendido. Los ojos abiertos. Miró hacia arriba y vio el estaño movedizo de la superficie. Miró hacia abajo, y entre las toneladas de penumbra divisó algo. Sonrió. Veía un enorme trasatlántico de cuatro chimeneas, cubierto por una alfombra de algas y estrellas de mar. Un barco con las luces encendidas. El *Titanic*.

A los siete años, Alba comenzó a interesarse por la historia del *Titanic*. Ella, muy inconstante en tantos aspectos, mantuvo desde aquel momento una búsqueda permanente de cuanto hacía referencia al célebre naufragio. Se emocionó el día en que las cámaras submarinas sacaron las primeras imágenes del buque. Lo recuerdo. Se veía una lámpara lujosa, una araña de salón mezclada con organismos subacuáticos. Guardó el recorte como un tesoro. Compraba revistas,

vídeos y libros. Se sabía de memoria el nombre de los oficiales, el número de víctimas. Una de las cosas que más le gustó de su viaje a Nueva York fue visitar el lugar donde estuvo la oficina de la *White Star Line*.

Ella era la primera en sorprenderse. "Cuando me vino lo del *Titanic*...", decía como aquel que se refiere a un momento importante de su vida. Llegó a dar conferencias en el colegio, y éste fue quizás uno de los conocimientos de los que se sintió más orgullosa.

Curiosamente, durante su enfermedad se desató la *Titanicmanía*, a raíz de la película de James Cameron. Alba se sentía molesta, porque le parecía que ahora era una más. Aquella fiebre devaluaba sus conocimientos. Todo el mundo opinaba sobre el *Titanic*, como si fuera algo de moda. Además, no estaba de acuerdo con la película.

Pero el llamado numinoso del trasatlántico, su eco sumergido, continuó a pesar de todo. Y cuando se adentró en el teatro de los sueños, adquirió la potencia de un mito. El símbolo de un estado espiritual.

No sé por qué. Ni necesito saberlo.

*

Todo fue muy rápido. Alba siguió con fiebre y terminamos por llevarla a urgencias. Por primera vez, lloraba y no quería quedarse sola. A nosotros se nos encogió el corazón y decidimos no ingresarla más en un hospital donde no pudiésemos acompañarla. Durante la larga espera, su madre y yo consideramos la posibilidad de que pasara unos días en Luxemburgo, con su hermana y sus amigas. Para salir un poco de todo aquello.

Los médicos la examinaron sin encontrar el foco febril. Al día siguiente volvimos al hospital, y los análisis fueron normales. El oncólogo nos dijo que podía viajar sin problemas. Pálida y cansada, Alba no estaba muy feliz con la idea. Pero tampoco tenía fuerzas para oponerse.

Cuando se fue, volví a quedarme a solas con mis zozobras. Le llamaba varias veces al día, y notaba su voz desamayada. Alba no comía, seguía con fiebre. Además, comenzaba a experimentar miedos extraños. Todavía faltaban unos nueve meses para que estallara la guerra de Kosovo. Y por aquel entonces los telediarios apenas recogían noticias de esta zona de los Balcanes. Sólo los primeros movimientos

de refugiados. Sin embargo, para Alba aquellas imágenes eran objeto de terror.

-- Papá, cuando me quedo sola tengo miedo. Cierro todas las ventanas y las persianas. Para que no entren.

--¿Quiénes?

-- Los de Kosovo.

Instantáneamente, yo imaginaba los ventanales de la casa de Luxemburgo. Con las persianas medio cerradas. Y por los intersticios, la silueta espectral de familias enteras vagando por la montaña. Como personajes de sombra y de humo, en blanco y negro. Silenciosos, interminables. Víctimas de todas las atrocidades de la humanidad.

Para Alba, aquella sensación acabó por convertirse en una verdadera categoría. A partir de entonces, cuando se sentía indefensa y amenazada por fuerzas interiores, miedos informulables, sin protagonistas, sólo sombras, hablaba de "kosovitis". Ella no viviría para ver la guerra de Kosovo. Pero la presintió.

A distancia, yo experimentaba la creciente impresión de que las cosas iban mal. Las hipotéticas vacaciones en Luxemburgo se habían convertido en un infierno. Alba, con un hilo de voz, sólo me contaba banalidades. Pero por un segundo canal me transmitía noticias alarmantes. Aquel trasfondo de sus palabras que tan bien conocía. Me lo estaba pidiendo.

--¿Quieres que vaya?

-- Sí, por favor...

-- Tranquila, acabo unas cosas del trabajo y dentro de tres días voy para allí.

-- ¿Me traerás el anillo de la mano y el collar del 13?

Perdí la fragilidad de la distancia, y me sentí otra vez fuerte. Necesitaba estar en primera fila. No podía ser un espectador. Aquella misma noche, el médico de Luxemburgo recomendó que la ingresaran. Demasiados vómitos y mucha fiebre.

Al día siguiente, volví al consultorio de don Manuel. Lo encontré exactamente igual, la misma camisa y el cigarrillo con unas barbas largas y requemadas, de tanto estar en el cenicero. Volvió a pasar la cruz por su foto, a cerrar los ojos.

-Está muy "chafadeta". Pero si quiere que le diga la verdad la veo mucho mejor que antes.

Yo le sonreí con tristeza.

Gracias y adiós.

Al mediodía me llamó Pilar. Los médicos de Luxembrugo estaban muy alarmados. Le habían hecho un escáner cerebral y detectaban una tumoración de más de 7 centímetros con un importante edema.

Hablé con Alba. Ella resumió la situación en muy pocas palabras.

-Papi, me han vuelto a dar cortisona.

-No te preocupes. Esta tarde voy para allá.

Impactado, di unas vueltas por el piso sin saber qué hacer. Antes de preparar las maletas, antes de dejarlo todo listo, entré en su cuarto. Y con los ojos nublados comencé a doblar las sábanas. A guardar su ropa plegada. A recoger los zapatos. Amontonar los papeles. Estaba convencido de que Alba no regresaría a Barcelona. Y no quería encontrar todo aquello tal como ella lo había dejado.

Cogí el colgante del 13 y su anillo en forma de mano. La puerta hizo un ruido solemne al cerrarse.

*

A partir de este momento, las incidencias médicas dejaron de ser lo más importante. El desarrollo de la enfermedad se convirtió en una historia proyectada en la pared. Una película ajena que hablaba de cosas remotas, casi irreales. Las complicaciones patológicas sólo se reflejaban en los informes médicos y las resonancias magnéticas. No tenían nada que ver con otro mundo mucho más sustancial. Hecho de afectos, figuras íntimas, músicas de dibujos animados, geometrías sin correspondencia exterior, cielos y colores. A medida que la literatura médica iba perdiendo entidad, se levantaba el embozo de un sustrato hecho de la materia de los sueños. Pero que no era sueño. Parecía esa tierra negra y esponjosa donde se hunden las raíces. Algo mineral, subterráneo y germinativo. La tomaba en mis manos y se derretía en terrones negros. Cada fragmento, por más pequeño que fuera, alumbraba un brote infinitesimal. Verde jugoso. Con la forma minúscula de una hoja.

Verde emoción.

Fue uno de los momentos más intensos de mi vida. Dormí en un motel a medio camino y a las seis de la mañana cogí de nuevo la autopista. Conducía de forma maquinal. De vez en cuando me invadía una sensación trágica. Y a veces, pensaba con alegría en que ya faltaba poco para llegar.

Las calles de Luxemburgo estaban vacías y caía un sol casi meridional. Sólo faltaban algunos semáforos. Crucé varios pueblos y por fin divisé el letrero de la Clinique d'Eich.

El ascensor hasta el cuarto piso. Un pasillo de puertas verdes. La habitación 412.

Alba abrió los brazos, y me pareció que hacía siglos que no la veía. Nos abrazamos encima de la cama, medio enredados con el tubo de los sueros. Estaba blanca y delgada. "Papuscus..." Aspiré su olor, a bebé, vómito y yogur. Y ella me apretó con fuerza. Tenía la sonrisa de Piolindo, el pelo a lo Stan Laurel, ojeras. Pero no había perdido su luz interior. Me alejó para contemplarme. "No esperaba que llegaras tan pronto".

"Pues ya estoy aquí".

Más tarde, hablamos varias veces de aquel momento. "Fue muy bonito", decía ella. Creo que los dos nos reconocimos en nuestros sentimientos, y se produjo algo así como la chispa que une dos polos magnéticos. La fuerza.

*

Tal vez, imágenes primordiales como la Muerte no sean en sí mismas lo que aparentan. Puede que existan sólo para activar los instintos. Estimular una respuesta. Condensando imaginación y conductismo para impulsarnos a actuar de una manera predeterminada.

Cuando tenía 18 años, vivía obsesionado por la Muerte como personaje. Me fascinaba y horrorizaba a la vez, como el cuadro fúnebre que la acompaña. La estatua de *pleurant* de cementerio con su sábana de piedra, los signos calaverarios, ángeles sombríos, recordatorios y el descompás misterioso entre un antes y un después. Escribía cuentos y poemas llenos de sentido siniestro. En aquella oscuridad romántica me sentía libre. Porque la muerte era el único tema revolucionario, subversivo. Y eterno. Contra el cual ningún orden establecido ni sistema positivista podía triunfar. *Memento mori*.

Pero al mismo tiempo me inspiraba miedo. Algunas noches me parecía sentir la opresión del mármol. Repetía conceptos inaprehensibles como el "nunca más". Y aquella imaginería que yo mismo había alentado se levantaba contra mí. Procesiones y estantiguas que cantaban. Vendremos a buscarte.

Probablemente, estamos programados para un aprendizaje

simbólico del morir. Y esa Parca de ropero sea sólo el primer paso de la evolución. Hay quien ni siquiera llega a ese estadio, quien se queda en él, y quien logra superar el baile de máscaras para entrar en lo que realmente significa. Sin capuchas ni guadañas. Quien la hace suya.

Todos tenemos horror a formular nuestra propia desaparición. Pero cuanto más cerca se está de la muerte, más cambios introduce en nuestra vida. Como si fueran dos viejas amigas.

Hasta aquel momento, no había querido plantearme la evidencia final. Seguía los consejos de mis amigos médicos. Cuando no se puede alargar la vida, hay que ensancharla. No es un problema de cantidad, sino de calidad. Vivir el día a día. Etcétera. Pero en el fondo no dejaban de ser eufemismos.

Recordaba los paseos nocturnos con mis padres. Cuando era niño y veraneábamos en un pueblo de montaña. Mi padre tenía la costumbre de caminar después de la cena. Salíamos por la carretera, entonces flanqueada por alamedas. Y la luz del pueblo llegaba sólo hasta un determinado punto. Avanzábamos lentamente, contemplando los palos de la electricidad, el tronco blanqueado de los árboles y sus rugosidades, el asfalto. Nos acercábamos al escalón de las sombras. La frontera. Dabas un paso y de repente estabas en la noche. Los grillos y la negrura.

Durante aquellos meses, yo había caminado bajo las últimas farolas. Sin querer pensar en lo que se avecinaba. Aunque lo tuviera delante. Ahora llegaba el momento de cruzar la línea de la nada.

El oncólogo de la clínica era un *bonhomme* de aspecto germánico. Me lo imaginaba como gorra hanseática, fumando en pipa y comiendo arenques. Bajito y corpulento, con modales circunspectos. Tenía unos ojos azules que expresaban un miedo profundo.

Estábamos sentados en una especie de salón de actos. Levantó la imagen del escáner, para contemplarla al trasluz. “No hay ninguna posibilidad de que sea una necrosis. Es una recidiva importante. Siento comunicárselo. Mis colegas son de la misma opinión”.

A pesar de la formalidad centroeuropea, del tono pausado y científico de su voz, percibía claramente lo que aquel hombre, el *Petit Docteur* como le llamaba Alba, estaba pensando. Le había caído en las manos un caso muy grave y le tocaba a él la peor parte.

Alba sufría probablemente una “fiebre central”, originada por la misma enfermedad. “En cualquier momento empezará a tener

convulsiones". Y nos miró con un punto de expectación que yo no supe entender.

-¿Y qué pasará?

- *Elle va mourir*.

Se escribía con todas las letras. Y sentías un golpe profundo. Como si te lo estampasen en el fondo del corazón. Pero no te rendías.

-¿Es mejor llevarla a casa o dejarla en el hospital?

El *Petit Docteur* se retorció las manos. "Si muere en casa es un gran estrés. No todo el mundo está preparado para una situación así". Pero por otro lado, tampoco parecía muy entusiasmado con la idea de que permaneciera en el hospital. "Lo que no se puede hacer es llevarla a casa y luego traerla de nuevo al hospital. Entonces sufrirá mucho".

Le pedimos tiempo para pensarlo. A pesar de su sequedad germanizante, el *Petit Docteur* parecía un poco descompuesto. Ni siquiera él sabía qué cara hay que ponerle a la muerte.

*

Al lado de los grandes hospitales a los que estábamos acostumbrados, la clínica luxemburguesa tenía algo de casa de Blancanieves. Toda ella parecía acolchada, con colores suaves y enfermeras rollizas, rubicundas. Situada en el fondo de un valle, junto a una hilera de chopos temblones y un río silencioso. Arquitectura de hierro y de cristal. Por la ventana se veían bosques, villas unifamiliares con mansardas, y a lo lejos algunos *bâtiments* de varios pisos. Si salía a la calle, tenía una sensación extraña. Había mucho ruido ambiental – trenes, coches, camiones – pero apenas un solo sonido humano. Las aceras estaban vacías, y sólo algunas mujeres blanquecinas pasaban fugazmente antes de entrar en una puerta con un nombre extraño: Wampach, Joldric, Fischbach, Friess, Colbach, Bommertz...

Yo miraba a Alba y ella me sonreía. "Ahora las cosas tienen otro color. Estoy como más tranquila". De vez en cuando, se quedaba dormida. Le acariciaba la mano y dejaba caer mi cabeza en el respaldo del sillón. ¿En qué pensaba? Creo que me dominaba un ansia absoluta por estar ahí. Agotar hasta el último minuto. Tenía emociones cruzadas, pero no miedo. A veces, me inclinaba hacia Alba y aspiraba aquel olorcillo de bebé. Y me decía: Su muerte es mía.

El tiempo era como el río que se escondía bajo los chopos. Tenía un agua espesa, mezclada con las sombras y las hierbas hasta formar un

todo inmóvil, a veces espejeante, otras estancado y limoso. Una corriente que parecía contemplar el aleteo de las hojas, y aquellas nubes panzudas, y los cuervos, y los mirlos.

Cuando llegó la tarde, cenamos a las seis. Y el escaso movimiento humano de la clínica quedó paralizado. "Ahora verás la enfermera de noche. Es como un globo". Efectivamente, entró una mujer tan gruesa que la bata blanca parecía una de esas telas que sirven para tapar las esculturas antes de su inauguración. Me sonrió moviendo la cabeza. Hablaba muy poco francés, y sólo repetía: "Si necesitan algo, toquen el timbre".

Nosotros nos reímos y decidimos llamarla madame Zeppelin. Cada noche, abría varias veces la puerta. Entonces la habitación se inundaba de una especie de luminosidad sobrenatural, en la que se recortaba su cabeza como si fuera un arcángel. Y nos volvía a repetir: "Si necesitan alguna cosa, toquen el timbre". "*Vous sonnez*".

Por las noches, la clínica me recordaba a los cuarteles y las guardias de la mili. Sólo se escuchaban confusos sonidos orgánicos, que parecían llegar de muy lejos. Una tos, una voz. Ecos y reverberaciones. La luz del cuarto de las enfermeras, y rumores de cañerías, la puerta de un ascensor...

Lo más importante eran los sueños. La oscuridad entraba por los sentidos igual que el conocimiento de una parte oculta de la existencia. Yo dormía en una cama plegable, a su lado. A veces nos sobresaltaba algún tren, o Alba se despertaba para tomar una pastilla. Pero pronto volvíamos a nuestra travesía. Era como si los dos soñáramos a bordo del mismo barco. Nos paseásemos por la cubierta bajo una luna submarina. Y a lo lejos desfilaran algunas montañas, unas nubes plateadas resbalando como materia sólida. Y el *Titanic* hundido nos llevara lentamente hacia otros lugares, llenos de cielos como catedrales y colores metalizados, fulgurantes.

Alba se despertaba hablando todavía con su sueño. "No estoy de acuerdo".

Otras veces me pedía un poco de agua y se quejaba del dolor. "Mi cabeza cuelga de un hilo".

Luego volvían las nubes y los contornos. La luna interna y los rastros de placton fosforeando en las estelas.

-Papá.

-¿Mmm?, respondía dormido.

-Papá. He tenido un sueño.

Me incorporaba, rascándome la cabeza.

-¿Qué has soñado?

Ella me miraba sonriendo. Me pasaba la mano por la cara.

-Estabas dormido...

-No, qué va. ¿Qué has soñado?

-He soñado que todo estaba lleno de mariposas. Eran tan bonitas. De todos los colores y volaban. Me hacían sentir muy bien.

-Qué bonito.

-Y una niña.

-¿Qué niña?

-Luego veía una niña. Una niña morena, con el pelo muy largo, como si fuera hindú – abría los ojos y bajaba el tono de voz. Estaba en una especie de camino.

-¿Y qué hacía?

-Era muy guapa, y no decía nada. Sólo me miraba. Como si me estuviese esperando. Venía con las mariposas.

Alba hablaba con levedad, igual que si todavía transitara por los algodones del sueño.

-La niña de las mariposas me esperaba. Y yo me encontraba muy bien.

Luego se quedó dormida.

Totalmente desvelado, busqué una libretita de notas que llevaba en el bolsillo. Y escribí con letra apresurada el sueño.

Sentía una especie de júbilo interior. Una bocanada extraña de alegría.

Mis figuras de adolescente, mis muñecos. No hablaban de la Muerte. Eran sólo un signo del miedo que sentía ante ella. Ahora experimentaba algo bien distinto. Alba dormía plácidamente. Y en algún sitio, una niña rodeada de mariposas le esperaba.

*

Alba comenzó a encontrarse mejor. Yo bromeaba con ella. “Lo que necesitabas era un poco de jarabe Papuscus Forte”. Pero era la cortisona. A partir del segundo día, volvió a tener apetito. “¿A qué como bien desde que estás aquí?”.

Comenzaron entonces unos días dulces, tan intensos que apenas puedo distinguir entre un recuerdo y otro. Llamé a un amigo médico y

me recomendó que la dejáramos en el hospital. “Estará mucho mejor atendida que en casa”. Y le hicimos caso. Yo paseaba a veces por los pasillos de la clínica, que tenía una balconada donde tomaban el sol algunos enfermos. Y pensaba “no es un mal sitio”.

Alba estaba más animada. Y pasábamos las horas hablando o leyendo revistas. A veces, poníamos la tele y veíamos unas extrañas películas de *cow-boys* en alemán. Muy pronto le volvieron las ganas de fumar.

Llamamos a la enfermera jefe. Era una mujer solícita y maternal. Alba la miraba y me decía despues: “Mira, esta enfermera lleva la vida que quiero llevar yo. Seguro que tiene varios hijos y vive en una casa de las Ardenas con jardín y barbacoa”. Le pedimos permiso para salir a la terraza, y una silla de ruedas.

Ya hacía calor, un sol espeso que contrastaba con la decoración invernal del edificio. Así que, de vez en cuando, Alba subía a la *chaise roulante* con el paquete de tabaco en el bolsillo. Como no estábamos seguros de si le convenía o no tomar el sol, nos llevábamos una camiseta que se colocaba encima de la cabeza. A este sistema lo llamábamos “Lawrence de Arabia”.

Cuando recorríamos el pasillo, cantábamos la canción de Ray Davies *Dedicated follower of Fashion*. Mientras nos cruzábamos con señoras envueltas en batas color rosa, enfermeras y familias de emigrantes portugueses.

“He’s a dedicated follower of fashion.

Oh yes, he is. Oh yes, he is”.

La terraza era el *coin fumeurs*. Allí al menos contemplabas el espacio abierto. Alba, aunque muy blanca y cubierta por el turbante arábigo, estaba de bastante buen humor. Hablábamos mucho, y me contaba cosas de su antiguo novio, de sus amigas de Luxemburgo, de Palma, de sus anillos, de sus sueños.

-He soñado con la Nela. Podía ver sus ojos. ¡Qué ganas tengo de verla! Ay mi cuqui, mi princesa...

Yo fumaba con ella, y contemplábamos de refilón a los enfermos. Siempre taciturnos. Descoloridos.

-Echo a faltar como una parte de mi vida. Es una sensación que luego se convierte en miedo. ¿Me entiendes? Como si una mano me hiciera así en el corazón desde que llegué aquí. No me deja avanzar. Me falta chispa, pero ahora me encuentro bien. Porque tú me conoces

del todo.

De vez en cuando, me retiraba unos momentos para apuntar sus palabras. Todas me parecían llenas de intención y sentido. Cuando las leo, me suenan rotundas y solemnes. Pero ella hablaba con una levedad infantil, dejando muchos espacios vacíos. Sin el menor asomo de trascendencia.

- A veces cuando estoy triste, me salen imágenes del *Titanic*. ¿Qué raro, no?

Yo intentaba cabalgar contra la anticipación de acontecimientos. Mis jornadas en el hospital eran suaves y rutinarias. Tomaba notas en mi libreta, caminaba por el pasillo, miraba la ventana mientras ella dormía. Esperaba la hora de comer, de cenar, de ver la tele, de dormir.

El *Petit Docteur* estaba sorprendido. Por primera vez aceptó la posibilidad de que Alba pudiera ser trasladada a Barcelona. Cuando la visitaba, ponía el mismo gesto que los otros médicos. Ella sonreía y bromeaba, estaba llena de vida a pesar de todo. Y el doctor se quedaba pensativo, retorcía sus dedos regordetes. Al final, incluso hacía chistes sobre el Mundial de fútbol que en aquellos momentos se celebraba en Paris. "*Vous avez perdu, les espagnols*".

La presión aparecía cuando dejaba por unas horas la clínica. Cada tarde, salía para ducharme y andar un poco. Al perder el contacto con Alba, me llenaba de fantasmas. Desasosegado, debatiéndome entre las alternativas planteadas. ¿Volver a Barcelona? ¿Aguantar allí? No podía concentrarme en nada más. Y paseaba sin rumbo.

Una de aquellas tardes, entré en un enorme complejo comercial. Montañas de televisiones retransmitían los partidos de fútbol. Las familias arrastraban carritos llenos de compras. Escuchabas un rumor de cafetería, jóvenes hablando y riendo, músicas. El mundo seguía igual. Con el corazón en un puño, me compré dos galletas *cookies*. Y al salir, di el primer mordisco.

El universo se detuvo por un momento. Como si el planeta hubiera accionado el freno de mano. Desaparecieron los ruidos, las familias y las músicas. Sólo tenía ante mí un cielo muy azul. Y aquel gusto dulzón, palpativo, profundamente achocolatado de la pasta.

Me pareció el sabor más exquisito que había probado nunca. Y en la soledad de mi alucinación, me dije. "Qué cielo y qué galleta más buena".

Fue como si aquella sensación agradable me devolviera a un mundo que había olvidado. Y recordara de repente que todavía existían cosas buenas. Que, a veces, la vida también consiste en un mordisco de *cookie*.

La misma noche tuve un sueño. Salía un vaquero, una especie de John Wayne. Caminaba por un desierto que parecía una foto solarizada y tenía las sombras muy marcadas, como si estuviera sobre-expuesto. A lo lejos, una nube enorme se levantaba del suelo en espiral. En su interior se encendían unos relámpagos secos, todavía lejanos. John Wayne se ponía un chaleco de piel. Luego tomaba su mejor rifle. Podía ver los relieves y sombras gastadas de las cananas, con las balas y las provisiones. Llevaba un sombrero ancho. Miraba hacia la tormenta, y se colocaba un capote oscuro. Yo, como un apuntador, decía: "Va a cruzar la tormenta". Sentía protección y seguridad. La lluvia lejos. El vaquero preparando su viaje.

Me despertó la algarabía de pájaros que recibían al amanecer desde los chopos. Me revolví en mi cama plegable. Escuché la voz de Alba, sentenciosa, en medio de la oscuridad.

- Esto parece el Amazonas.

*

Diálogo de sueños. A veces, las figuraciones nocturnas de Alba parecían contestar a las mías. ¿Pueden hablarse los sueños entre sí? ¿De persona a persona? ¿Existe un sustrato común que, por debajo de las identidades, forma los mismos cristales y cuarcitas? Y si fuera así, ¿no habría también otras comunicaciones no soñadas? ¿No podría existir un conocimiento distinto, a partir de lo informulado y la emoción?

Hay hechos cuya hondura no se corresponde con su evidencia. Ocurren, te estremecen y sabes que de alguna manera constituyen una verdad importante. Pero en apariencia no son sino flecos casuales, derivativos, incluso triviales. Para leerlos has de utilizar otros alfabetos, aceptar que hay una parte de ti mismo sin conocer. Coherente y con su propio sistema de valores.

El *Petit Docteur* concedió un "*permis inofficiel*" para pasar el fin de semana en casa. Habíamos decidido volver a Barcelona en unos días, a pesar de que el seguro de viajes se negaba a cubrir los gastos de ambulancia. Cuando informé por teléfono al neurocirujano, se quedó

asombrado. “Caramba. Habrá que reoperar”.

Lo primero que hizo Alba fue ir a la peluquería. Su pelo era ya suficientemente largo. Por fin podría dejar la peluca. Se lo hizo teñir de rojo subido, y aunque ella no acababa de gustarse estaba muy guapa. Parecía una existencialista parisina. Le hice una foto para que recordara el momento histórico. Viste un jersey negro, unos pantalones oscuros con un trasuntado de hojas que se compró en Nueva York. Está delgada, los ojos muy grandes. Lleva puesto el anillo en forma de mano y se recuesta sobre el respaldo blanco del sofá, con Nela al lado. Sofisticada, segura de sí misma.

“Papá, he soñado con dos túneles. Uno tenía una luz muy fuerte, y el otro estaba oscuro. Yo pensaba que el de la luz era la muerte, y decía: vamos a ver el oscuro”.

Yo soñé con un cielo constelado. Veía las estrellas sueltas, desconectadas. Y lentamente se iban acercando unas a otras. Hasta formar la silueta de la Osa menor.

“Papá, he soñado con los gatitos que recogí en Mallorca. Los tenía así, en la mano. Más monos...”

Yo dormía en la buhardilla de la casa, debajo de un tragaluz. Y me desperté de golpe. Me había parecido escuchar su voz en mi oído. Tres veces. “Papiii”. Alegre, cariñosa.

El domingo por la tarde se jugaba uno de los últimos partidos del Mundial. Alba me pidió que fuésemos a pasear por Luxemburgo. Dejamos el coche en el aparcamiento de la Place Guillaume y caminamos a paso lento. Ella quería comprarse unos pendientes, y entramos en una tienda algo hippiosa. Bajó las escaleras con dificultad y escogió varios modelos. Unos con bolitas suspendidas, otros que parecían una pluma. Los pagó con su tarjeta de crédito. Pero al firmar, la mano no le respondía. Hizo un garabato minúsculo, como una mosca. Se disculpó ante la dependienta: “Es que no puedo escribir bien”. Luego añadió. “*Je suis malade*”. Fue la primera vez que ella asumió delante de alguien la condición de enferma. Y a mí me produjo una fuerte tristeza.

Luego me llevó al “New York”, un bar que estaba lleno de hinchas italianos. Tomamos unos bocadillitos de cangrejo. Me explicó lo mucho que le gustaba aquel sitio, adonde iba muy a menudo con Maaike.

- Es una pena que no haya podido ver a mis amigos. Todos están

fuera. ¿Sabes qué? Maaike me llamó el otro día. Y me dijo algo muy fuerte.

Yo dejé de comer el bocadillo.

- ¿Qué te dijo?

- Me dijo: "Cuídate, que quiero tenerte como amiga muchos años". ¿Lo ves? Todas mis amigas me ven así. Como si me fuera a morir.

- No le des importancia. Es una forma de decir las cosas.

El bocadillo de *crabe* estaba bueno, pero se me atravesó. Salimos a dar una vuelta por la Place d'Armes y pasamos por el restaurante mejicano donde Alba se reunía con sus amigos. Recordó las noches de juerga, las tonterías que hacían por la calle.

Luego me pidió que la llevara a Howald, a la casa donde vivió varios años. Entonces me di cuenta de que se estaba despidiendo de Luxemburgo.

Ella no era consciente, ni había el menor signo de tristeza en sus palabras. Miraba los sitios y señalaba con su dedo alguna cosa. "Mira aquí vivía aquel chico". Estaba pensativa y algo cansada. Pero muy tranquila.

Yo en cambio, sentía una especie de peso interior insoportable. Allí estábamos los dos en el coche, a veinte por hora. Entre calles vacías y casitas bien pintadas. Hablando poco. Pero cuántas cosas estaban sucediendo. Qué intensidad de contenidos me transmitía Alba sin necesidad de hablar. Quizás sin hablarse a sí misma.

Nos detuvimos delante de la casa de Howald. Ella sonrió. "Aquí pasé los mejores años de mi vida. Mira, ¿te acuerdas de aquel banco donde nos hicimos una foto".

En aquel instante, lo menos real era nuestra presencia en el coche. La existencia verdadera estaba en todo aquello que se movía entre nosotros. Lo que yo sabía, lo que ella me transmitía. En silencio. Lo importante era la certeza de que gracias a su serenidad yo podía mantener la fuerza y ayudarla. Y de nuestras mutuas necesidades salía un baile de cosas profundas que respondían a una música. Sin principio ni final, magmática, como el aceite oscuro de los sueños.

No estuvimos fuera más de dos o tres horas. Pero tan llenas de vida y de sentimiento, que al regresar a la casa me dejé caer en la cama. Agotado física y emocionalmente.

*

Fue mucho más triste que la primera vez. Escogimos el Hospital de Barcelona porque allí podía quedarse un acompañante. La habitación parecía un hotel, con una vista panorámica sobre la ciudad. Alba estaba callada, y se durmió durante la espera. No hubo una despedida multitudinaria, como en Sant Pau. Llegó sólo un celador.

Alba se echó en la camilla. "Bueno, ¿a cráneo abierto, no?". Nosotros le cogimos la mano. No había nadie en todo el pasillo. "Quiero que cuando me despierte me cojáis la mano y me digáis que todo se ha acabado". Nosotros, con un nudo en la garganta, le acariciamos la cara. Ella nos miró, y esbozó una sonrisa. "Vivir es una acción mágica, ¿verdad?".

Y nos dijo adiós mientras la entraban en el ascensor.

Lo pasamos muy mal. El neurocirujano ya nos lo había advertido. "Las segundas operaciones tienen postoperatorios más tormentosos". Después de varias horas de abandonar el quirófano, Alba tuvo una crisis de convulsiones. Los médicos de la U.V.I. le subieron el grado de sedación hasta la no conciencia total, lo que se llama el coma farmacológico.

A diferencia de otros hospitales, aquí podías estar con ella muchas horas. Aunque a veces suponía una tortura. La unidad de Intensivos era un mundo aparte, llena de máquinas y sonidos neumáticos. Alba yacía como un muñeco, respirando mecánicamente. Pero yo recordaba que, a pesar de la anestesia, muchos afirman haber escuchado lo que sucedía a su alrededor. Así que cogía su mano y le cantaba. Mientras las enfermeras pasaban de un lado a otro, sonaban algunos teléfonos, y olía a oxígeno. Una emanación desagradable y helada. Que se pega en el estómago. Olor a bata verde y tubo de plástico.

Pasaron cuatro días y los médicos eran pesimistas. Pero Alba se recuperó otra vez. Pudo más su fuerza, su voluntad de vivir.

*

"Cuando estaba en la U.V.I. Fue como un sueño. Estaban jugando con un aro. Iban vestidas como niñas antiguas, como del *Titanic* ¿sabes? Jugaban y todo era blanco y negro, pero con mucho blanco. Eran felices. Allí todo era feliz".

Los dos mirábamos por la ventana. La Diagonal parecía un desfile de puntos luminosos, con gente diminuta que cruzaba apresuradamente. A trabajar, a comprar, a comer, a cenar. Desde allí arriba, parecían

insectos neuróticos. Tan ocupados, con tanto apresuramiento. Dividiendo las unidades de la vida hasta la obsesión. Hasta convertirla en una retícula indescifrable.

En cambio, qué grande era el cielo. Qué liso y sin sobresaltos. Y cómo iluminaba la montaña de Sant Pere Màrtir con sus antenas, y la carretera de les Aïgues con los coches llenos de parejas y besos. En un ritmo lento, de corazón grande y generoso.

Alba me miró desde la penumbra.

"Mi querido Papá".

Nos sonreímos.

Cuatro días después de haber recuperado la conciencia, ya era amiga de la mayor parte de las enfermeras. "Alba está hecha de otra pasta", decían. Se arreglaba y movía. Iba a fumar con sus amigas a la salita de espera de la décima planta. Los médicos de la U.V.I. se quedaron pasmados. "Alba, estás genial". Llamaba a sus amigas y hacía chistes. "He ligado con el enfermero que me limpia el culo".

Le dieron el alta poco antes de que cumpliera 22 años.

*

Tenía sólo tres años. Un flequillo rubio y los ojos entrecerrados. Se agarraba a un flotador rojo sobre un agua lisa, verdosa. En un segundo plano, las ramas de los pinos cayendo sobre el mar. Y más lejos, el islote de Aucadana. Era una foto de máquina instamatic, sin apenas definición. Pero la volví a repetir cuando Alba había cumplido los dieciseis años. Entonces tenía el pelo largo, tendida en un colchón de playa verde. Con un traje de baño de dibujos azules. Sonreía con una mueca de vergüenza adolescente. Y los pinos, y el islote de Aucadana al fondo.

Ahora contemplo la tercera fotografía de la serie. La hice aquel verano de 1998. Alba se refleja en un agua ondulada. Lleva el collar del 13 y una gorra tejana puesta del revés. Me mira con la sonrisa de hoyuelos, un poco de lado, con ternura. Y cierra el ojo izquierdo más de la cuenta porque le "hacía el tonto". Algunos días se le desenfocaba, y los médicos decían que era una consecuencia normal de la intervención. Al fondo otra vez el faro, los pinos y la playa. Las ramas ya no llegan hasta el agua, hay más gente. Ella parece más cerca de la cámara y más lejos del fondo.

Cuando recuerdo aquellas semanas en Mallorca, veo nuestras

figuras en la playa. Ella se apoyaba en mí. Blanca y muy delgada, con un gorrito blanco al que bautizó como "manolete". Caminábamos a paso lento por la arena. Entraba cuidadosamente en el agua, cogida del brazo. Le colocaba la toalla sobre los hombros. Formábamos como una sola persona. "Me das alegría. Estoy como una pansa. *You're my best friend*".

El contraste con otras estancias en la casa de la playa fue aquella armonía. Estaba acostumbrado a sus protestas porque el sitio era aburrido, y ahora me sorprendía al contemplarla en la terraza, intentando dibujar o hacer figuras de barro. Con su "manolete" y una camiseta muy ancha. "Se está bien aquí".

Al anochecer, íbamos al banco de Hemingway. El cielo se llenaba de tonos degradados, mientras las montañas de la sierra de Tramuntana azuleaban al otro extremo de la bahía. Alba llevaba unas sandalias de cuero que acentuaban aún más la delgadez de sus piernas. Y tomaba una piedra del suelo. "Hazme una foto cuando la tire. Se la enviaré a Maaike para que vea que me acuerdo de ella".

Por las noches, un poco más allá de nuestra ventana pasaba un velo de sombra y se escuchaba el mar, murmuraba ese viento indefinido que baja de las montañas.

"He soñado con dos puertas abiertas, que estaban en una especie de barranco entre dos montañas".

Salías a la terraza y la sombra blanca de la casa destacaba sobre una noche enorme, eterna.

"A veces siento cosas raras. Cuando dormía la siesta pensaba: mira, esta es la cara que tendré cuando me muera".

Había como una música en espiral, que armonizaba todos los extremos formando con ellos una figura geométrica, una galaxia del conocimiento. Donde cabía lo oscuro y lo más luminoso, lo que inspiraba miedo y lo que daba vida.

"Llegaré a los 23 años, no hay nada más. ¿Verdad?".

Yo le ayudé a quemar un montón de fotos en la chimenea. Se deshacía así de malas influencias. Su antiguo novio, recuerdos dolorosos. Estábamos lejos de todo, como si allí no pudieran alcanzarnos los rayos de la tormenta. Y tuviéramos tiempo para pasear, ver la puesta de sol, hacernos fotos.

"He soñado con un grupo de gente que me traía una rosa, pero yo les decía que no la quería".

Yo escribí en mi libreta: “20 de agosto de 1998. Alba vomita a las tres de la mañana con el cielo hinchado de estrellas”.

*

Pondré una luz para ti. Algo que brille todas las noches y me recuerde que estoy ahí. A tu lado. Velando tu sueño en medio de un mar oscuro. Y seré la llama, el recuerdo. Seré el temblor y la luz.

Recorrí la playa con los últimos rayos del sol. Faltaban sólo tres días para que regresáramos a Barcelona. Olía a planta arenaria, a madera blanqueada por el mar. Y del bosque bajo llegaba un vaho de pinaza, entretelas vegetales, resinas.

A esa hora, la costa estaba solitaria. Y cuando llegué a las rocas, nadie podía sorprenderse de que me desnudara y sacara una bolsa de plástico de la mochila. El agua permanecía en calma, y el islote tomaba tonos rojizos y anaranjados. Como si las piedras fueran de oro macizo.

Entré con cuidado en el mar. Agarrando la bolsa con la boca igual que un perro. Al nadar, veía confusas formas en el fondo. Piedras fibrosas, desdibujadas, manchas violáceas, verdes, sombras. Tenía tanta magia que parecía dirigirme a otro mundo.

Al fin y al cabo, era así. Pisé la arena del islote, y caminé como pude por entre las piedras. Me detuve un momento frente al umbral ciclópeo, de losas apenas desbastadas. Unos escalones bajos y gastados llevaban a una cámara excavada en el suelo hace dos mil quinientos años. En medio, una columna se alzaba al cielo. Hecha de grandes piedras. Bárbara y esencial.

No pedí ayuda a las potencias en que no creía. Pero había llegado la hora de hacerlo a mis propios númenes. Estaba allí, en una puesta de sol intemporal, desnudo, frente a los dioses prehistóricos de la isla. Como cualquier hombre de cualquier época que se enfrentara a su destino.

Bajé los escalones. Nadie podía verme, ni escucharme, ni sospechar que abría la bolsa. Sacaba una vela plateada. Y después de luchar contra el encendedor, humedecido a pesar de todo, la encendía como quien logra un prodigio.

Miré la sombra de la columna. Si hay fuerzas cósmicas, no tienen tiempo. Y escondí la vela encendida entre las piedras.

Durante días, ya en Barcelona, la ilusión de aquella lumbre viva, aquella presencia en un islote desierto, me hizo sentir bien. Era quizás

el símbolo justo. La ofrenda necesaria.

Aquella noche sentí un cansancio especial. Y escribí: “Rendido caigo en el abismo de los no formulados”.

V. ROSAS BLANCAS

Nuestra vida se llenó de personajes invisibles. Comían en la mesa como si fueran invitados. Se asomaban silenciosamente a las ventanas. Por las noches, me parecía verlos apoyados en la pared. Había tanta intensidad, tanto sueño y emoción entre aquellas paredes, que acabaron por engendrar seres de sombra. Sus pasos inaudibles recorrían el pasillo de madrugada. Cabizbajos, sumidos en sus pensamientos. Igual que la conciencia de un momento que se sabe irrepetible, final.

Acabó el verano y Alba quería reincorporarse a su escuela. Era difícil que en su estado pudiera seguir el ritmo de los estudios. Muchos días, veía mal o se mareaba. Efectos indeseables de la medicación contra la epilepsia. Pero no estaba dispuesta a renunciar. "Sólo quiero ser normal, como todos".

Para ella representó un gran esfuerzo. Al principio estaba muy nerviosa. Pero se fue animando a medida que era capaz de aguantar toda la jornada de clases. Procuraba no emplear el argumento de la enfermedad como disculpa. Hacía lo que podía y era consciente de que eso ya constituía un logro importante.

Al mediodía, llegaba a casa muy fatigada. Era un pálido reflejo de nuestra vida de otros tiempos. Yo estaba pendiente del golpe de la puerta de entrada. Luego escuchaba sus pasos, ahora lentos, por las escaleras. Entraba desfallecida y dormía después muchas horas. Tenía que compaginar las clases con revisiones y tratamientos. No había nada más importante para Alba que continuar. Sentirse otra vez joven y lejos del limbo tristón de los enfermos.

Su círculo de amigas, que tanta fuerza le había dado, se transformó de repente en un problema. Alba, con la experiencia de aquel año, había madurado. Era capaz de interesarse por los demás y prestarles ayuda. La vivencia del sufrimiento le había enseñado a salir de sí misma.

Pero sus amigas seguían en el estadio normal de los veinte años. Ni

siquiera entendieron que Alba quisiera estudiar de nuevo. “Ay, no sé Papá. Estoy muy desanimada. Me han dicho que lo que estoy haciendo es una tontería. Que es imposible que pueda estudiar como todos. Es verdad. Mira, si casi no entiendo mi letra”.

Comenzaba aquí otra dura lección. El “peso de la piedra”. Cuando una enfermedad prolongada representa un lastre insoportable para muchas personas que viven en su entorno. Una piedra atada al cuello. ¿Cómo no sentir entonces el instinto del conejo interior? Huir, no mirar, no enterarte, respirar fuera del encierro. La presión puede llegar a niveles asfixiantes, y no siempre se resiste.

No tardé en comprender que la enfermedad de Alba suponía para sus amigas un fardo difícil de sostener. Fue en septiembre. Ella se propuso recibir por sorpresa a dos compañeras que regresaban de un viaje en autocar. Se levantó a las seis de la mañana y cogió un taxi. Una hora después, me llamaba por teléfono. “Papi, ven a buscarme a la estación de autobuses. Me he caído y me encuentro mal”.

Salí corriendo. Al llegar, vi las miradas de sus amigas. Esquinadas, violentas. Alba, con su mochilita y la gorra tejana, intentaba hacer broma. “Me parecía que el suelo era de mermelada. Vinieron unos policías y yo les decía ‘no estoy drogada, de verdad, es que estoy algo mareada por unas medicinas que tomo, nada más’. Vaya show”.

Yo la cogí del brazo. Ella se despidió sonriendo de sus amigas, que casi no le contestaron. Tomamos un taxi y cambió totalmente de expresión. Seria y ausente. Al llegar, me apretó la mano y se fue a la cama.

Entré en mi despacho, encendí la luz. En el sofá, los entes negros me contemplaron con amargura.

*

Era Keith Richards. No había la menor duda. Su pelo desgreñado, los ojos muy oscuros y estrábicos. Aquella boca ladeada en gesto de desprecio o desafío. Un pendiente con una hoja de afeitar. ¿Qué hacía el guitarrista de los Rolling Stones en mi sueño? A pesar de su aspecto feroz, se mostraba amable. Me apoyaba y se tomaba tiempo para explicarme cosas. Actuaba como un ángel o un enviado.

Alba se encontraba mal. De vez en cuando tenía un poco de fiebre y le dolía la espalda. Cada día suponía una carrera de obstáculos para conquistar la normalidad. Yo apenas podía escribir, con lo que mi

situación económica empezaba a ser alarmante. Tenía la ventaja del autónomo, al trabajar en casa podía dedicarme enteramente al cuidado de Alba. Pero, a cambio, carecía de cualquier cobertura. Estaba a un paso de la ruina.

Además, la energía que era capaz de desplegar en las grandes batallas y los momentos críticos, la perdía frente a la intendencia doméstica. Me agotaban actividades como hacer la compra, llevar el control de las medicinas, preparar la comida, tender la ropa, sacar a pasear a la perra... Me sentía como un equipo de padres jugando al ping-pong entre ellos. Al acabar la jornada, me encerraba en el cuarto de baño y estaba mucho rato bajo la ducha caliente. Sólo así conseguía dormirme.

Pero sobre las cuatro o las cinco de la mañana, el efecto del cansancio desaparecía. Entonces me despejaba, interrogándome sobre los acontecimientos. Y repasaba el sentido de mis sueños. Algunos eran diáfanos. Una noche soñé que estaba en una habitación junto a una pareja de ancianos. Llevaba en brazos a Alba, que era muy pequeña. En un nivel superior, veía luces y escuchaba sonidos, como signos de presencias. Los ancianos querían llevarla a ese segundo piso, y yo me negaba. Ellos ponían cara de enfado. Y el hombre, con el ceño fruncido, extendía su mano hacia mí...

Me desperté con sobresalto. Y vi, diluida, la claridad del cuarto de Alba iluminando el pasillo.

En otra ocasión, el sueño versaba sobre alguien que había muerto. Veía un cuerpo envuelto en una bolsa de plástico negro. Pero no tenía miedo. Unos hombres la iban a cerrar y yo les pedía que esperaran un momento. Abría la bolsa y veía la cara de Alba, dormida. Me acercaba a ella susurrándole: “Qué cosita tan mona”. Alba se despertaba y me sonreía. Yo me sentía contento.

¿Pero por qué Keith Richards?

En algunos momentos, sentía un pinchazo en la espalda. El punto del dolor o el dolor en el punto. Era consciente de que mi organismo condensaba energéticamente toda su crispación. Como si tuviera necesidad de singularizarla, aislarla del conjunto. Mi vida somática resultaba muy inestable. Podía pasar en pocos segundos del agotamiento más absoluto a la euforia. Sin más explicación que el vulcanismo afectivo. Saberme en la situación justa, resolver un problema, hacer algo para que Alba se encontrara bien.

Ella jugaba a conciencia su papel. Habíamos aprendido a mantener un equilibrio que se basaba sobre todo en el apoyo y la manifestación emocional. Reír, ser cariñoso. “Eres un buen enfermero” me decía cuando le traía la sopa al sofá. Yo le acariciaba la cabeza mientras veía la tele. Ella señalaba la pantalla. “Mira, este anuncio es como me siento yo”. Era una publicidad de compresas. Una chica salía a la calle, y la voz en *off* iba contando: “Hoy es un día de esos en que estoy tranquila, a gusto conmigo misma y con quien me voy encontrando en el camino. Tengo ganas de decir a todos que estoy contenta de ser como soy. Que me gusta ser mujer. Y tengo la regla. Pero esto no me cambia nada. Me gusta ser mujer".

Desde la quimioterapia había dejado de tener la regla, cada vez le costaba más caminar y seguía con molestias intermitentes. Pero era verdad. Alba se sentía bien consigo misma.

Varios días después, recordé haber leído que una hija de Keith Richards murió de pulmonía.

*

Entró acompañado de un africano muy negro, que vestía bata blanca. “No se preocupen, pueden hablar con toda tranquilidad porque no entiende nada. Sólo habla sueco”. El joven de color sonrió amablemente, moviendo la cabeza de arriba a abajo. Aquella nota surrealista añadió más pintoresquismo a la escena. El doctor E. parecía un personaje de Tintín. Un flequillo rebelde, gestos ampulosos y la voz recia de barítono. Al hablar, sentado en la mesa de su consulta, se inventaba un auditorio de miles de personas. Parecía que mirase de soslayo al público mientras echaba el rostro hacia atrás, igual que un director de orquesta. Hacía la pausa justa del aplauso. Incluso detenía a veces su perorata como si diera facilidades al copista.

Nos explicó a Pilar y a mí en qué consistía el trabajo de su equipo. Alba recibiría una atención a domicilio, a cualquier hora. Volvió a informarnos sobre los pormenores de la enfermedad. Pero sin el patetismo de otros médicos, con la misma desafección de quien estuviera dando una clase de historia del arte. Razonaba sobre estadísticas, mientras el ayudante africano que sólo hablaba sueco le contemplaba admirado.

La cosificación del dolor y la esperanza plantea un gran problema. En un proceso avanzado de enfermedad, la praxis médica se basa sólo

en mitigar el sufrimiento físico, y jugar con un abanico reducido de posibilidades para prolongar la supervivencia. Pero cuando te enfrentas con la inminencia de la muerte, hay muchas cosas más en juego.

En mi interior, había aceptado la certeza de que Alba iba a morir. Me lo estaban repitiendo los sueños. Y no buscaba desesperadamente ninguna forma milagrosa de evitarlo.

Pero eso no significaba que me hallara en una posición fatalista o resignada. Por el contrario, experimentaba una angustia permanente. Quería actuar. Si la muerte era inevitable, el verdadero problema no radicaba en que ello fuera a suceder, sino en el cómo iba a suceder.

¿Por qué la perspectiva de morir ha de invalidar automáticamente los otros aspectos de la vida? ¿Quién inventó la errónea categoría del "enfermo terminal"? Todos somos enfermos terminales, porque nos pasamos la vida cerrando ciclos, desintegrándonos poco a poco. ¿Qué derecho tenemos de considerar que alguien ha "terminado" su relación con la vida por el hecho de sufrir una enfermedad incurable? En unos días pueden producirse acontecimientos más importantes que en diez años. Y la evolución interior es invalorable. No se puede cuantificar en unidades de tiempo.

Cuando paseaba con Alba por la calle, notaba las miradas de los demás. Los ojos que la hacían enferma. Eran capaces de percibir el sufrimiento y el desgaste físico en unos segundos. Y sentenciaban. A gritos, de una forma tan hiriente que sufría pensando en que ella pudiera darse cuenta.

Porque yo, que me encontraba al otro lado, sabía que no era así. En aquellos momentos, Alba estaba mucho más viva que la mayoría de aquellos anónimos paseantes. Llena de ternura y afecto. Valiente y abierta hacia los demás. Yo miraba desafiadoramente a los enfermadores. Y me hubiera gustado gritarles: ¡Sois vosotros los terminales!

El doctor E. seguía con su disquisición, pero apenas decía nada que no supiésemos. En silencio, me dije que había llegado el momento de avanzar un paso más. Si pude entrar en la cajita de música de Alba, compartir su lucha y su fuerza, ahora debía encarar lo que se avecinaba. Utilizar aquel canal para transmitirle un mensaje. ¿Pero cuál? ¿Y cómo hacerlo? Eran preguntas para las cuales ni la ciencia ni la medicina tenían respuesta.

El nuevo equipo médico, formado por doctoras jóvenes, jugaría un

papel decisivo. Alba pudo establecer con ellas una relación amistosa, próxima. Y se dejaría acompañar.

De nuestra entrevista con el doctor E. sólo recuerdo una imagen. "La enfermedad se extiende de forma general, nosotros le llamamos en alas de mariposa".

Y abrió las palmas de sus dos manos. Juntas, extendidas. Como si fueran a volar.

*

Aquel viaje surgió de un pequeño disgusto. Aprovechando una de las estancias de Pilar, fui unos días a Palma para avanzar unos trabajos. Alba se quedó después con su abuela. Y perdió la seguridad. Yo estaba presionado por tantos lados, que cuando ella empezó a telefonearme con aquel tono ansioso, contándome pequeños problemas, perdí los nervios. "No me llames tantas veces cariño, que tengo cosas que hacer".

Alba se sintió herida. Estuvo un instante callada. "Está bien. No te molesto más". Sólo tardé unos segundos en recuperarme. La llamé inmediatamente para pedirle perdón. Nos estuvimos telefoneando toda la mañana. Pasándonos uno a otro el mensaje implícito de que nos queríamos. Hasta que se me ocurrió proponerle que viniera a Mallorca.

A ella le sorprendió. Le hacía ilusión, pero también tenía miedo. "No me encuentro bien. Me duelen las piernas. No lo sé. Déjame pensarlo". Un cuarto de hora después, volvió a sonar el teléfono. "Papi, sí que voy". "Estupendo, ¡ésta es mi Alba!".

Qué poética más especial producen las despedidas. Es una de las situaciones que más fácilmente conmueven. Quizás porque combinan en un sólo escenario el presente y el inmediato futuro. Estás con una persona y a la vez sabes que muy pronto ya no se hallará aquí. Y eso le proporciona un halo irreal, la indefine en una pantalla de traslucidez y tristeza. Pero es una melancolía nutricia, cálida, que acaricia a la persona querida con manos de evocación, y la llena de recuerdos bonitos. Le dices adiós con el pañuelo blanco de la esperanza. Hasta el reencuentro. Y el contraste entre lo dulce y lo amargo, lo claro y lo sombrío, dimensiona la separación en un marco intemporal. Te encuentras un poco en el pasado y otro poco en el futuro. El presente se reduce a la imagen fugitiva de alguien que se aleja.

Cuando recuerdo nuestro último viaje a Mallorca siempre tengo

presente una fotografía. Alba ya tenía la cara un poco hinchada por la cortisona, y el pelo le crecía raro. Más largo por detrás que por delante. Pero en aquella imagen, iluminada por la luz oblicua del atardecer, ella aparece llena de serenidad y belleza. Más guapa que nunca.

Está sentada frente a la ventana. Al fondo se contempla el arbusto que su madre plantó poco después de que ella naciera. Algo borroso, con ramas de un verde-carmesí, hojas pequeñas y compactas. Ocupa una mitad del recuadro, y Alba llena la otra en diagonal. Tiene la cabeza ligeramente echada hacia atrás, el trasluz amarillento que entra por el cristal le ilumina el contorno del rostro con semitonos de melocotón. Sonríe llena de complicidad mientras se lleva el teléfono móvil al oído. Con la otra mano, sostiene un pedazo de pan. La claridad parece destacar justamente sus rasgos significativos, la mirada y la curva suave de los labios, la mano relajada, la frente. En cambio, el resto de su cuerpo se pierde en la sombra.

Sólo estuvimos dos días. Fue la primera vez en que intenté escribirle un mensaje. Una carta hecha de paseos intencionales. Le acompañé por las calles de su antiguo barrio, nos sentamos en la playa. Vio a Alexandra, una amiga de la infancia. Fuimos en pos de los gatitos que hacía un año había alimentado. Compró un *siurell* para Marta, la psicóloga del equipo médico. Ella se movía un poco dificultosamente, con sus gafas de sol y la mochila negra. De vez en cuando, debía tumbarse para descansar. Pero no hubo ningún trasfondo trágico. Fue silencioso. Suave. Nos despedimos de Mallorca acariciando un gato en un bar de la escollera.

Miro la fotografía y pienso en los rasgos simbólicos que contiene. Como si ella fuese consciente de lo que yo pretendía decirle. Su planta, la vida interior que continúa floreciendo. El teléfono, la comunicación que no se ha roto. El pedazo de pan, alimento de una vida que no siento extinguida.

Y aquella expresión de cariño y conocimiento, que me sonríe. Me habla más allá del linde de las despedidas.

*

Detrás del cielo de la ciudad, del velo anaranjado. Aunque no lo pudiéramos ver. Caían puntos de luz, trazos de una caligrafía celeste en combustión. La lluvia de las Leónidas. Era el 17 de noviembre. Más arriba de las farolas, los terrados, las ventanas, las antenas, el

firmamento estaba lleno de estrellas fugaces.

Al regreso de Mallorca, la vida se complicó mucho. Alba tenía cada vez más dolor de espalda, y al aumentarle la medicación crecieron los efectos adversos. Apenas salía de casa y dejó de ir a la escuela.

En aquellos momentos ya era más consciente de mi papel. La lucha consistía en que Alba no perdiera su integridad. En que no se desmoronase y dejara de ser ella misma. Debía conseguir como fuera que ella siguiera igual que hasta entonces. Alimentar su corazón, darle apoyo para sortear los problemas. Estaba dispuesto a llegar hasta el final. Pero en muchos aspectos todavía no sabía cómo hacerlo. Buscaba la forma de transmitirle energía y contenidos. Y resultaba agotador.

Mi única válvula de escape consistía en pasear apenas una hora, a partir de las ocho de la tarde, con el teléfono en la mano. Recorría las calles de mi barrio en zig-zag, para no alejarme mucho. Miraba la sucesión de ventanas encendidas, como si fueran trasatlánticos en alta mar y yo un náufrago en su balsa. Me parecían alegres, felices, despreocupadas, ajenas a la oscura incertidumbre que me dominaba.

En una de aquellas escapadas, me sorprendí plantado frente al escaparate de una pastelería. Llevaba un rato, absorto. Como si aquellos colores apetitosos y chillones, las formas blandas, limaduras de coco, guindas verdes, baños de crema y chocolate, me llenaran de azúcar y paz. Golosina y olvido.

Poco después me llamaba Alba. Tenía vómitos y se sentía muy mal. La encontré sentada en el sofá, pálida. “Lo siento Papi, he vomitado encima del periódico”. Llamé a los médicos y decidimos llevarla al Hospital de Barcelona.

Cogí a toda prisa su bolsa, la bata, el neceser, las zapatillas, la caja de los amuletos y el Tristón. Que era su equipaje hospitalario. En la ambulancia, hicimos bromas. “Ya que nos pasamos el día escuchando las sirenas de las ambulancias que pasan por casa, vamos a ver cómo se oye desde dentro”.

El camillero nos miró con estupor. “Sí, queremos que ponga un poco la sirena”. Se asomó por la ventanilla de la carlinga. “Oye, conecta el rotatorio”.

Nos miramos con satisfacción. Cruzábamos la Diagonal sorteando los coches. Por la ventanilla se veían los destellos amarillos. Y se escuchaba, muy amortiguado, el ulular mecánico del aparato.

Al ingresarla, me sentí aliviado. El hospital se había convertido en

una especie de segunda casa. Todo allí nos resultaba familiar y yo quedaba liberado de una parte de mis miedos. Es comprensible que tanta gente abandone a sus familiares enfermos en los hospitales. Sabes que existe una maquinaria que vela por ellos, mientras que en casa toda la responsabilidad recae sobre el acompañante. Pero la contrapartida resulta muy elevada. En su casa, el enfermo sigue siendo él mismo. Mientras que el hospital lo transforma en otra cosa.

"Mira qué bien, estamos en el *box* 13. Es mi número".

Tras examinarla, los médicos opinaron que se trataba de un exceso de medicación. Pero al mismo tiempo le hicieron una resonancia magnética de la espalda.

Ya en la habitación, Alba estaba tranquila. Saludó a sus amigas enfermeras y pidió algo para comer. Luego me miró. "Somos peligrosos, nos entendemos muy bien". Sacó el Tristón y lo colocó en su regazo. "El Tristón, míralo... Me recuerda tantas cosas..."

Al día siguiente, los resultados médicos fueron terribles. Confirmaron la existencia de otra lesión en la columna. La doctora me lo dijo en un aparte. Con un temblor en la voz. "Es muy mala señal". Era algo difícil de creer, porque ella estaba animada. Se puso la bata para caminar hasta la planta de partos. "Me voy a ver bebesitos". Volvió a llamar a sus amigas: "Hola, Bogie-Bogie. ¿Adivina qué? Estoy otra vez en el hospital". Me pidió que le comprara una baraja de cartas.

Yo necesitaba vacío, espacio. Buscaba los rincones más solitarios del hospital y daba vueltas como una fiera enjaulada. Estaba solo, sin pareja ni una seguridad sentimental que pudiera reforzarme. Y me revolvía rabioso contra todo. Recordaba el pasaje de la Odisea en que Ulises vuelve a su palacio, y lo encuentra ocupado por un centenar de pretendientes. Devoran sus provisiones, arruinan sus riquezas, maltratan a su hijo Telémaco, persiguen a las doncellas y quieren que Penélope se despose con uno de ellos. Ulises, disfrazado de mendigo, tiene que contemplarlo apretando los dientes. "Sufre aún, corazón mío". Aguarda en silencio a que llegue el momento de su venganza.

Mi vida se había llenado de murciélagos, usurpadores, sombras y quimeras que devoraban mis entrañas. Impotente, sitiado, soñaba con el momento en que Ulises arroja su disfraz gritando: "¡Perros! Pensabais que no retornaría jamás a mis lares". Y, una a una, sus flechas van derribando a los devastadores. Silban, atraviesan el aire, llevan la furia

y la liberación. Queman el cielo. Dejan estelas blancas, fulgurantes.

Como una lluvia de estrellas fugaces.

*

"Yo iba arrastrando algo invisible, vestida con un traje de esos de terciopelo medievales, ¿sabes? Grandes, gordos, con un hilo de oro en el pecho. Que no es un cuento, de verdad. Y el pelo todo cogido así, de color dorado y estilo medieval. Y no era yo, podía ser yo ¿eh? Pero me siento más identificada con un cuadro de esos de Rubens, ¿sabes? Iba arrastrando algo, pero sobre todo la capa ésta verde oscura me pesaba y yo iba arrastrando los pies mientras escuchaba la música de la séptima de Beethoven: chan, chan, chan. También hay que decir que es el momento más bonito de toda la séptima. Yo iba arrastrando, pero iba con una copa así, un poco de madera. Como la de Jesucristo. ¿Cómo se llama?".

Yo me incliné sobre ella: "¿El Grial?".

"Sí. No tenía nada, era de madera. Cada vez me costaba más pero cada vez yo la arrastraba con más fuerza. Y como la arrastraba me daba fuerzas. Me daba una sensación en el pecho que me subía, no de vómitos ni nada desagradable. Yo andaba y la arrastraba con los talones al compás de la música, la música me tocaba, yo tocaba la música, era tong-tong-tong, así. Era una sensación: ohhhhuff. A mí me gusta suspirar pero suspirar más, ohhhhhuff, aquí".

Le acaricié la cabeza. "Qué bonito".

"Muy bonito, de verdad, yo creo que nunca me había sentido así. No sé. No quiero que te pienses que estoy loca, ni que me lo invento ni nada, de verdad. Me estaba durmiendo al mismo tiempo. Y ahora estoy excitada, nerviosa, pero bien. Ahora sé que dormiré bien y era un entorno familiar, medieval, yo le digo medieval porque es lo único que conozco. Pero mi casa, yo, era algo, no sé, una cosa rara. Nunca en mi vida había tenido una cosa así. Tocaba la música. Qué raro. Ni mariposas ni nada, qué va. Además, ahora no tengo esos nervios que tenía hoy en la barriga, se han ido con la capa. Debajo tenía un vestido así blanco, bueno blanco, de tela. Nada de sedas ni nada. Sobre todo esto: yo voy hacia un sitio arrastrando..."

Quise grabarlo con su voz. Medio dormida, con largas pausas y sílabas ingenuas. Se escucha el sonido de fondo de la cinta y alguna interrupción mía.

“¿Tú crees que se lo puedo contar a Marta? ¿No se pensará que estoy loca?”.

No puedo escucharla sin sentir algo que fluye dulcemente. Algo que navega el cielo. Algo que se está escapando.

*

Maaike estuvo genial. Cuando se enteró de que Alba había empeorado, vino desde Holanda a pasar unos días con ella. La fuimos a buscar al aeropuerto, las dos se encontraron como si no pasara nada. Caminaron del brazo, bromearon. “Te voy a enseñar el campo de Barça, porque eres del Madrid”.

Pero cuando aparqué el coche, Alba salió primero. Y vi los ojos de Maaike. Fruncidos, en una mueca de dolor, contemplando las dificultades de Alba para moverse. Fue el único momento en que se escaparon sus sentimientos. El resto del tiempo se comportó de una forma absolutamente normal. Ella le traía un poema dedicado al banco de Hemingway, que Alba enmarcó. Se encerraron en el cuarto, fumando y poniendo música. Alba se animó a salir a la calle para acompañarla. Se hicieron fotos. Las dos sentadas en la mesa, Alba lleva un pijama color rosa y Maaike ríe con un gesto cómico. Aquel pequeño retal de cotidianeidad fue un tesoro para Alba. Un regalo. Cuando Maaike regresó a Holanda, estuvo unos días enferma. La factura de tanta tensión acumulada.

Yo negociaba con los médicos. Discutía con Marta, que en cierto modo actuaba como portavoz de Alba, interpretaba sus deseos e inquietudes. La relación no era sólo profesional. Alba le había cogido cariño y le trataba como una amiga. Marta ponía a veces los mismos ojos desesperados que nosotros. Yo notaba el impacto de algunas frases de Alba, que caían en sus pupilas y formaban ondas concéntricas, de tristeza sorda, como las piedras en los estanques. Sobre todo cuando hablaba de su deseo de tener hijos.

“Y tú Papá, ¿no quieres que algún día tenga Piolincitos?”.

Marta a veces le traía rosas de su jardín. Y Alba le dibujó una puesta de sol a lápiz que nunca llegó a darle.

Todos formábamos una pequeña comunidad pendiente de Alba. Pero, mientras tanto, ella se preocupaba por una amiga que sufría una depresión.

*

Poco después de salir del hospital, Alba comenzó a sufrir fuertes dolores. Sobre todo cuando se tumbaba en la cama. Habíamos comprado un timbre para despertarme en caso de alarma. A causa de su retumbancia le llamábamos el Papong. Alba casi no podía estirarse y permanecía mucho rato sentada. Y cada jornada teníamos altercados. Sonaba el Papong, y mis pasos recorrían la casa.

-Papá, no puedo dormir.

-Pero Alba, son las cuatro de la mañana y ya me has despertado cinco veces. Intenta tranquilizarte.

-No puedo, Papá. De verdad. ¿Cómo quieres que me tranquilice?

Al día siguiente, bromeábamos sobre el concierto de ruidos que escucharían los vecinos. Primero el timbre zumbón surcando el silencio de la noche. Pa-poooong. Luego, mis pies descalzos por el pasillo. Pa-tom, pa-tom. Y los gritos. ¡Bla, bla, bla!..

Otras veces, sonaba el Papong. Yo entraba despeinado y con un ojo abierto. Ella estaba sentada en la cama con las gafas puestas, la tele encendida y comía unas galletas.

-¿Cuándo empezamos el día, Papi?

El día de mi cumpleaños, hacía un frío espantoso. Estaba a punto de nevar cuando fui a la consulta del neurocirujano. Me explicó que los dolores de Alba estaban justificados. El doctor B. bajaba mucho la voz, juntaba las manos, movía las cejas con compunción. “Desde el punto de vista del dolor, lo mejor sería operar. Pero desde el punto de vista moral otra intervención es un desastre”.

Yo le dije: “Que decida ella. Alba no se asustará. Pero lo mejor es que hable con usted”.

Aquella misma noche se lo planteé. Ella lloró un poco. Pero luego encendió un pitillo y se dijo a sí misma. “Bueno, es lo más lógico”. Cuando llamó por teléfono al neurocirujano estaba ya tranquila. El doctor se quedó sorprendido. “De acuerdo. Me parece bien”. Luego se fue a su cuarto para telefonear a su hermana y sus amigas.

Entré un momento. Le apreté muy fuerte y le dije al oído. “Esta es mi Alba”.

*

No somos propietarios de nuestro destino. Como máximo, simples

inquilinos. A veces se diría que alguien escribe la partitura de los acontecimientos con una oculta intencionalidad. Como si quisiera demostrarnos algo, desviarnos de un camino, espolearnos. Me parece pueril la idea de un Dios que actúa como guardia urbano del Universo, capaz de ocuparse de todos los cruces y todos los semáforos. Pero es cierto que en algunos momentos adviertes algo semejante a un señalamiento. Una extraña voluntad implícita en los sucesos que marcan tu vida. Y entonces te parece que sólo hay una disyuntiva: seguir la ruta borrosa de eso que llaman tu destino o escapar. ¿Pero hacia dónde?

Estaba en la salita de espera de la décima planta. Encendí un cigarrillo. Arranqué una hoja de periódico y, con la vista borrosa, comencé a escribir. "Las estrellas fugaces también son estrellas. A veces parece que brillen sólo para ti, aunque sea un instante".

La operación fue mucho menos traumática que las anteriores. Pero el neurocirujano salió muy cariacontecido. Me impresionaron algunas gotitas de sangre seca que salpicaban sus gafas. Alba tenía una lesión importante en la columna. El pronóstico era muy malo.

A los pocos minutos, me llamaban. "Su hija quiere verle". Entré en Intensivos y Alba estaba tumbada en la camilla, con los ojos azules vivísimos. Se reía, dominada todavía por los temblores de la anestesia. "No me acordaba de que me tenían que operar. Creía que estaba en Llongueras".

Hablamos un rato. Me contó que había soñado con nuestro último viaje a Ibiza. "¿Tengo buena cara? ¿Ha ido todo bien?".

El contraste entre el hielo y el vapor me astilló como un termo roto. De repente sentí que debía hacerlo. Entré en la salita de espera y absolutamente transtornado escribí de un tirón el texto dedicado a la muerte de Alba. Lo que habría de leerse el día de su despedida. Como no tenía mesa, coloqué el papel de periódico sobre el apoyabrazos del sofá. Con una rodilla en el suelo. Hundiendo el bolígrafo en cada palabra.

"Alba apenas ha podido vivir veintidós años. Pero su recuerdo será imborrable para quienes la quisimos. Nos ha demostrado que la vida no es cuestión de cantidad, sino de intensidad, calidad y coraje. Más vale vivir una luz breve de estrella que una eternidad de sombra".

Fue totalmente irreflexivo. Un impulso dictado por una necesidad profunda. Colocar el dolor en su planisferio. Reflejarte en él. En aquel

momento, encontré una de las respuestas que buscaba. Mi trabajo, además de ayudar a Alba, debía consistir en llevar a cabo una serie de acciones representativas. Cerrar ciclos, conectar aspectos interiores, simbolizar.

Si te colocas en la justa línea del destino, es como si fueses una reproducción en miniatura de esa personalidad inmanente que representa el orden de la vida. Dios, el hado, la providencia. Construyes metáforas con actos sencillos, objetivamente irrelevantes, pero que te producen la sensación de haber cumplido con algo trascendental.

Has ocupado tu cuarto de alquiler en la existencia.

*

Cuando Alba tenía diez años, me cambié de trabajo. Y ella sólo me preguntó: "¿Cómo huele?". Yo entendí perfectamente lo que quería decir. Si era agradable, limpio, luminoso, acogedor y muchas cosas más. Todo ello condensado en la inteligencia de los olores, que no es lineal ni discursiva, sino rizomática, infiltrante, vahosa. Que entiende las cosas como totalidades diluidas entre sí, sin tanto perfilado como a través de la vista o el oído.

En el hospital, Alba rociaba la habitación con agua de rosas. No sólo por temor a que las enfermeras le detectasen sus cigarritos clandestinos, sino también para rodearse de un aura propia. La blandura de un lecho invisible, un vestido de pétalos y aromas.

La menor aparatosidad de aquella tercera operación facilitó las cosas. Tenía en la mesita de noche un calendario con modelos musculosos. Las enfermeras pasaban las hojas con alborozo, y ella lo mostraba a sus visitas. Una amiga se lo escribió a Pilar en una carta. "Cuando fui a visitarla en el hospital estaba tan contenta y me enseñó un calendario de chicos. Ni siquiera me habló de su enfermedad. No podía imaginarme que se trataba de algo tan serio".

Le colocaron una pequeña bomba de morfina, que de vez en cuando hacía un extraño "cuac". Le llamaba el *walkman*. Y paseaba con él por el pasillo, mientras comía galletas. "Todavía me comería algo más. Es que tengo un cuerpo que es la hostia".

El neurocirujano multiplicaba sus visitas. A pesar de su circunspección, a veces se sentaba al lado de Alba para hablar de perros. Ella le enseñaba las fotos de Nela, y el doctor las miraba

atentamente con sus gafas de muchos circulitos. Después, cogía algún bombón.

Porque yo había comenzado uno de mis rituales, que consistía en llevarle regularmente bombones belgas. Los escogía de diferentes texturas y sabores. Intentaba establecer con ellos un lenguaje amoroso. Había aprendido la lección de los pasteles en el escaparate y sentía que a través de los dulces, con sus regustos y tonalidades, se podía transmitir un mensaje que llegaba hasta lo más profundo. Ternura, acariciabilidad, comunidad de afectos.

Le compré un globo en forma de Piolindo. Y sin decirle nada, coloqué delante de la cama un dibujo del banco de Hemingway, con la puesta de sol al fondo. Una acuarela que le había pintado el pasado verano.

Sabía que ese era su lugar mágico. Y con su madre habíamos decidido que reposara allí para siempre.

Cuando Alba se tumbaba para dormir, veía unos segundos aquella evocación del paisaje de Mallorca. Un cielo grande, el sol rojo y el mar. Tal vez, en alguna parte de su interior, ella entendiese lo que pretendía decirle.

*

Los momentos alegres pueden ser como esas plantas rendijeras que crecen entre las rocas. Una flor amarilla que sólo necesita un poco de tierra en una grieta. Se agarra. Resiste el viento, proyecta su frágil sombra sobre la superficie fría, desnuda, del mineral.

Nunca creí que la felicidad pudiera sobrevivir a los aludes y derrubios. Pero es así. Incluso en los peores momentos, cuando reía y bromeaba con Alba lo hacía de corazón. No había nada ficticio ni impostado. Estábamos contentos, aunque sólo fuera por unos segundos. A través de una estrecha rendija. En un seco peñascal.

Alba pasó las navidades en casa, y comenzó otras sesiones de radioterapia en la columna. Cada día venía a buscarnos una ambulancia, para conducirnos hasta el Hospital General de Catalunya.

En aquellos trayectos advertí el cambio. Alba permanecía callada, sumida en sus pensamientos. Por las reducidas ventanillas veíamos pasar las calles, la grisura monótona de los túneles. Llevaba siempre una botella de agua consigo, y a veces bebía un sorbo. Ausente. Sus ojos miraban más allá del paisaje. Y se arrebujaba en un abrigo largo,

negro, que acentuaba todavía más su palidez.

El mundo desfilaba por la ventanilla y yo era consciente de que eran nuestros últimos días. Ella experimentaba cambios de humor. A veces sufría "kosovitis". "Una sensación rara, como si tuviera el cuerpo caliente y al mismo tiempo *mal a l'aise*". Escalofríos y "olores". No tenía muchas ganas de moverse. Pero seguía haciendo bromas y bautizando los objetos más usados. La bolsa de agua caliente era Mister Jones, la almohada más mullida se llamaba Paul como su primer novio.

A mediados de mes llegaría su madre, para quedarse en previsión de que su estado empeorara. Y aquellas dos semanas anteriores las sentí como la despedida del tiempo en que vivimos los dos solos. Con esa atmósfera de entendimiento que excluía el miedo, igual que si fuésemos una sola persona. Pequeñas flores amarillas, cada vez menos. Volátiles hojas de felicidad.

*

La puerta hacía un ruido estridente al cerrarse, y entrabas en un espacio rectangular. Con muchas líneas verticales. Como rejas. Al fondo, sombras. La escalera se destacaba entre una claridad opaca que caía del tragaluz. Barrotes negros, madera repintada, baldosas de falsa piedra ya gastadas. Olía a humedad y a cerrado.

En los primeros rellanos, contemplabas el sistema arterial de las tuberías. Llenas de pequeños escapes, concreciones de calcio, pintura desprendida. Ventanas interiores siempre cerradas. Había un eco especial, un poco amortiguado, tan triste como el neón de cada planta. A veces se escuchaba el cascajeo de los platos, o una tos remota.

Las puertas altas, antiguas, pintadas de un feo marrón claro. Con esas mirillas doradas donde se ve más el que mira que el contemplado. Cada día, subir la escalera suponía pisar una alfombra hacia otro sentido del tiempo. Escalón tras escalón. Mirando los meandros de la humedad. Hasta llegar a la ventana del cuarto de Alba con la reja, oscura. Me detenía y me parecía imposible que ella estuviera detrás. Quizás dormida, con Nela a los pies. Y la luz de la mesilla encendida. Siempre encendida.

*

Quedamos en el portal. Marta llevaba su maleta de psicóloga, que

parecía rebosante de problemas y complicaciones. “Es normal que ocurra así. Ella empieza a ser consciente de que hay una serie de cosas que no puede hacer. Siente frustración y la desahoga en ti o en su madre. Porque sois los que estais más cerca”.

“*Joroña ke joroña*”.

Alba había tenido un sueño. “Soñaba que tenía un novio. Yo me acercaba. Y cuando le miraba a la cara, ¡eras tú!”. A mí me pareció halagador, pero ella fruncía el ceño. La conciencia de que no había novio ni amante, de que el papel sostenedor y amoroso debía ser desempeñado por su padre, le enfureció.

Por primera vez, comenzó a manifestar hostilidad. Al principio, intentaba relativizarla, humorizarla. Yo le recordaba un anuncio de yogur que presentaba a una mujer griega disgustada. “*Joroña ke joroña*”. A veces hacía efecto, pero otras no.

Cuando llegó su madre, Alba se revolvió contra los dos. “Estoy mejor sola, ¿qué vais a hacer? ¿Vais a contarme un cuento?”.

Estaba sentada en el sofá, tapada para combatir los escalofríos. Refractaria a las caricias. “Mira que sois apalancosos. Sois como pulpos”.

Tres veces al día, había que inyectarle una dosis de cortisona por una palomita de plástico. A veces, representaba una auténtica lucha. Y luego, con expresión de Piolindo cabreado, le decía a Rosó, una de las médicas que la atendían en casa: “Mi padre se cree que es enfermero y no tiene ni idea”.

Marta intercedía por ella. “Es normal. Es una fase. No le deis importancia”. Me sentía desconcertado. Pero a veces, por un instante, volvía a contemplar la Alba de siempre.

“Yo *jroño*, pero soy una monada”.

*

La última foto de Alba es de principios de enero. Pasó el fin de semana en casa de su tía Elisa, y se fotografío con ella y su prima Mar. Lleva un jersey azul muy ancho, un pañuelo hindú blanco y granate. Las gafas de sol colgadas del cuello. Su cara está en primerísimo plano, de manera que resulta casi desenfocada. Con esos esfumados que da el movimiento. Cuando la observo mucho rato, leo en ella todo cuanto estaba ocurriendo. Alba tiene los labios un poco secos, los mofletes anchos y granitos en la cara, consecuencias de la cortisona. Pero sus

ojos, que ríen y parecen mirar más atrás de la cámara, estan en otro sitio. Hay una ligera desproporción entre el derecho, fruncido con gesto de broma, y el izquierdo que se abre más, alza la ceja, habla de cosas de amor y sufrimiento, vuela.

Un hálito extraño, muy interior, se desprende de su gesto. No parece una persona enferma en el sentido de que los signos de la vida le abandonen. Es como si estuviera transformándose, y detrás de la luz de sus ojos creciera algo que no puedes concretar. Pero que sientes.

Los rostros de su tía y su prima están bien definidos, son consistentes. Alba parece una transparencia. Tan blanca, tan desenfocada, tan irreal.

*

Mantener el dolor en su sitio. Sentir con el corazón, pensar con la cabeza. Muy pronto me di cuenta de que la situación se había estancado. Alba sufría síntomas frecuentes. “Ando como encima de nubes. Estoy en las nubes sin estar en las nubes”. Pero los demás, nos limitábamos a esperar el desenlace.

Y me rebelé. Como quien se da a la bebida, me sentía impulsado a la acción. “Hay que hacer algo, no podemos estar esperando simplemente a que muera”. Pero no había respuesta.

En mi búsqueda de caminos, recordé que Alba había frecuentado un centro tibetano en Bruselas. Ello coincidió con la publicación de un reportaje sobre un monasterio situado en las montañas del Garraf. El mismo día, leí un cartel en la calle que anunciaba una conferencia sobre “El momento de la muerte” en un Centro tibetano. ¿Señales?

Alba pasaba muchas horas encerrada en su cuarto, frente al equipo de música. Ordenaba cosas. Hablaba de asuntos extraños. “Hay una mujer que me destapa y quiere que tenga frío. Está entre la cama y la pared, con toda esa gente. A veces, cuando voy al baño la veo en el cuarto de la plancha. Y yo le digo: Mira que te vamos a despedir”.

Dejó de hablar con sus amigas. Ni siquiera quería ponerse al teléfono. “Tengo unos escalofríos como si se me congelara el alma”.

*

He llegado al desierto. Donde la arena quema y el sol es absoluto. No hay presencia humana, sólo una extensión difuminada en efluvios de

calor. Sin palmeras ni montañas. Un lugar tan desolado que escuchas como cruje el mero hecho de vivir.

¿Y si existiera una religión natural, común al hombre por sí mismo? ¿Y si todas las religiones establecidas no fueran sino sistemas para perpetuar el poder de sus jefes y sacerdotes, aprovechando el efluvio numinoso que emana de la muerte y el misterio? ¿Y si sus voces impostadas sacaran su magisterio y poder de ese desierto ardiente que todos llevamos dentro?

Cuando empecé a buscar en la órbita religiosa, me di cuenta de que hablaba el verdadero lenguaje de aquella situación. Su registro. Ya no se trataba de cuantificar un mes más o menos de vida, ni de la rutina clínica, ni de las pautas de tratamientos. Todo aquello ya no servía.

Ahora se planteaban cuestiones esenciales que podían traducirse en términos como "tránsito" o "salvación". Que yo no compartía, pero cuyo significado, más allá de cualquier dogma, respondía exactamente a mis inquietudes.

Cuando me decidí a llamarles, pude por fin formular la pregunta que me obsesionaba. "Tengo una hija que se está muriendo y quiero saber qué he de hacer". Se produjo un silencio. Y me dieron cita al día siguiente.

Fui al monasterio del Garraf con una cierta reserva. Los sistemas religiosos con sus ritos y jerarquías me parecen artísticos, pero exclusivistas. Quizás el budismo aparezca a los ojos de un occidental más suave, menos categórico. Recordaba una cita atribuida a Buda: "No creáis lo que dicen las tradiciones, ni siquiera cuando se consideran respetables desde muchas generaciones atrás y en muchos lugares. No creáis una cosa porque muchos hablan de ella. No creáis las palabras de los sabios de tiempos pasados. No creáis lo que habéis imaginado, pensando que os lo ha inspirado un dios. No creáis basándoos solamente en la autoridad de vuestros maestros o sacerdotes. Tras un profundo examen, creed lo que hayáis experimentado vosotros mismos y reconocido como razonable, y que sea conforme a vuestro bien y al de los demás".

*

Chenrezig. La compasión. Compartir la pasión, tomar una parte del dolor de los demás. Estaba rodeado de fotografías de lamas con mirada de niño. Escuchaba en segundo plano una música de trompas y

tambores tibetanos. Olía mucho a sándalo, pero muy poco perfumado. Aroma a madera seca, oscura.

Me atendieron amablemente: "El lama lo recibirá enseguida". A mí me sobresaltó un poco la perspectiva. Pero me coloqué discretamente en un rincón, contemplando las sedas coloreadas de los *tangkas*, las divinidades de la meditación, remolinos de oraciones, fotos de Dalai Lama, las lámparas tibetanas de ropa con símbolos auspiciosos.

La compasión.

Para mi sorpresa, el lama era catalán. Entré descalzo y nos colocamos frente a frente. Le miré a los ojos al explicar la historia de Alba. Y vi como le brillaban fugazmente. Había aprendido aquel test de humanidad y nunca fallaba.

El hombre me expuso la visión budista de la vida y la muerte. Nada acaba del todo, son diferentes estaciones de un mismo viaje. En aquel momento, la comunidad estaba de retiro, oraban y generaban una gran energía espiritual. "Será una ayuda para su hija".

Me aconsejó rodearla de cosas hermosas, que despertaran amor y serenidad. Evitar todo aquello que pudiera encadenarla al mundo material. Y por primera vez me apuntó algo que no había pensado, y que se iría repitiendo en varias de mis consultas. "Sobre todo no la estire a la vida. Deje que se vaya. No le haga sufrir".

Después, recitó unas oraciones y me enseñó el mantra de la compasión, *Chenrezig*. Y cuando pronunció la palabra, sentí por primera vez su significado real. Tantas veces escuchada, tantas veces escrita. Y hasta aquel momento no entendí el sentido de la compasión. Compartir el sufrimiento de los demás. Llevarlo en los hombros. Compadecer. Poco más pueden enseñar las religiones.

*

Alba me hizo un regalo. El último disco de Eric Clapton no le gustaba. "Es muy triste, se nota que lo escribió por la muerte de su hijo". Pero escuchaba a menudo el *Unplugged*, hasta que lo extravió.

Cuando vio la cara de pena que puse, decidió comprarme otro. Me lo entregó por sorpresa, arrastrando algo los pies, que hacían un ruido a suela de zapatilla. El signo de su presencia moviente por la casa.

"Toma Papi, para ti".

Lo que más me emocionó fue el envoltorio. Era una hoja azul, algo arrugada, que ella había intentado reaprovechar para el CD. Con un

lazo rojo, grandote, hecho con papel de seda.

*

¿De qué hablan los olores? Despiertan sentimientos de altura, livianos. Analogizan. Así como la flor, así como la vela, así como la barrita de sándalo, así como la esencia de perfume. No terminas ni comienzas. Sólo fluyes, y el hecho de manifestarte supone dar algo a los demás.

Yo quería llegar más lejos. La visita al monasterio del Garraf me había señalado un camino. Busqué otro centro budista y hablé con uno de los monjes, que era tibetano.

Sus ojos rasgados parpadearon con miedo. A pesar de su túnica, sus saludos ritualistas, su escenario de imágenes sagradas, aquel hombre no tenía absolutamente nada que decir sobre la muerte. Tartamudeó ligeramente, buscó un folleto de propaganda, y me regaló unas bolitas bendecidas por el Dalai Lama. Ahora ya sabía la diferencia. La compasión.

Blanca y medio dormida, Alba miraba la tele. Y a veces hasta se permitía unas bromas de calibre. Salía el rey Hussein de Jordania, que regresaba demacrado a morir en su país, y ella murmuraba: "Seguro que tiene más escalofríos que yo".

Comprendí por qué ya no quería hablar con sus amigas ni con el resto de la familia. Notaba que le intentaban arrastrar hacia la vida. Evocaban cosas que no podía hacer, un mundo que ya no era el suyo.

Un día después de encender el primer incienso tibetano, desconectamos el teléfono.

*

Negación, ira, negociación, depresión, aceptación. Leí con esfuerzo varios libros sobre la llegada de la muerte. Algunas cosas reverberaban con mi propia experiencia y me dolían extraordinariamente. Hojeaba algunas páginas en el metro, camino a mis gestiones. En busca de más respuestas. Pero no podía aguantar mucho tiempo. Se acumulaban los principios, las etapas preestablecidas. Me parecía estar leyendo los términos de un exámen. Los cinco últimos pasos. La gratitud, pedir perdón, perdonar, decir "te quiero", "decir adiós".

Aquella mujer tenía unos ojos profundísimos. Formaba parte de un grupo de duelo, y se dedicaba a acompañar a los enfermos que iban a

morir. Pero no había nada siniestro en ella. Parecía contenta de que buscara su consejo. Sorprendida.

"No tiene que preocuparse. Ella va hacia un sitio mucho mejor, lleno de amor. No intente atarla. Debe protegerla para que pueda formar su propia crisálida con sueños y procesos interiores. Es muy importante que sienta un vínculo muy fuerte de amor. Será una preparación para convertirse ella misma en amor. ¿Me comprende? Ha de procurar hablarle directamente al alma, con un lenguaje no corporal. Emplee flores, olores o músicas. Así la estará preparando. Necesitará coraje, pero puede hacerlo".

Muchas veces, el conocimiento parece distribuirse en capas superpuestas, como un libro antiguo. La mujer me contaba cosas extraordinarias que no me acababa de creer, la fenomenología límite de la frontera. Cuando alguien muere o está a punto de hacerlo. Presentimientos, visiones, equivalencias religiosas. Pero al mismo tiempo, sentía la certidumbre de que el mensaje implícito, el contenido emocional de cuanto me contaba, era cierto. Porque resonaba en mí, como si ya lo supiese pero no hubiera tenido palabras para expresarlo. Guardado entre las hojas del libro como una flor seca. Y ese reconocimiento me bastaba. No necesitaba estar convencido. Sólo tenía que sentirlo.

Me paré delante de una floristería. Un ramo grande de margaritas blancas.

*

Marta me lo había dicho, con esa cautela un poco tortuguera que empleaba para las cuestiones espinosas. "La gente suele querer, suele preferir, bueno generalmente es mejor para ellos morir en casa". Hasta aquel momento seguía pensando en acudir al hospital cuando llegara el último momento. Pero la acumulación de vivencias durante aquella ronda de la muerte acabó por convencerme de que Marta tenía razón.

Por las noches, me sentaba en mi sofá. Y podía ver, a través de la puerta entreabierta, el cuarto de Alba. Su luz cálida, las paredes rosadas. Tocaba la guitarra y recordaba el mantra tibetano. Y pensaba: compasión.

Imaginaba un árbol enorme en medio de una llanura. Intentaba sentirme como las ramas cayendo hacia los lados. El movimiento hacia cuanto te rodea. Dar sombra, refugio, extender las raíces y las hojas.

Hacer del árbol una visión de amor. Y me embargaba algo diferente. Por unos segundos, escapaba de las sombras. Y las palabras que había escuchado se llenaban de realidad.

*

Vuelo contigo. Flotamos como manchas oscuras en el techo. Que se mueven entrecruzando sus líneas de sentido. Todas a un mismo ritmo, musical, planetario. Cada mariposa parece dirigirse a un sitio diferente, pero forman un solo complejo de formas, un único sistema en movimiento. Sobrevuelan tu cabeza. Pero están lejos. Como tú y yo. En vuelos diferentes, hacia un mismo destino.

En uno de los centros, me ofrecieron entrevistarme con una mujer que hablaba con un ángel. "No, no. No quiero hablar con ningún ángel. Sólo humanos, por favor".

Al final, la charla fue con el marido. En una gran habitación vacía, con el sol filtrándose por unos ventanales. "Su hija le ha escogido a usted. Tiene suerte, porque usted puede ayudarle a morir. Piense que el tiempo limitado no es un motivo de dolor sino de alegría. Cada día ha de ser una fiesta. Una despedida".

Recordé entonces el simbolismo de las mariposas y el sueño de Alba. Comencé a buscar algún motivo decorativo para su habitación. Encontré un móvil, pero estaba colocado en una librería y no me lo querían vender. "Si le cuento para qué lo quiero..."

Al final, le quitaron el polvo y pude comprarlo. Fue todo un logro. Corrí a colgarlo encima de su cama.

Meses después, y por casualidad, abrí el "Diccionario de Mitología griega y romana" de Pierre Grimal. "Una joven alada semejante a una mariposa, en las creencias populares el alma solía imaginarse como una mariposa que escapaba del cuerpo después de la muerte".

Busqué más. La palabra griega *psyché* (alma) significa también mariposa. En el psicoanálisis, la mariposa es signo del renacer, emblema del alma y de la atracción inconsciente hacia lo luminoso.

*

La última consulta fue con un gabinete de psicología. "Se está agotando. Debe ir con cuidado. Tal vez se está perdiendo los últimos días de su hija con tanta búsqueda. Lo importante es que mantenga su

serenidad y su autoestima, que reglamente su tiempo para concederse pequeños respiros, y empiece a enfrentarse a las situaciones alegóricas de muerte".

Cuando salí, me miré en el reflejo de un escaparate. Estaba pálido, con los ojos algo hundidos. Y un abrigo largo, que Alba llamaba "de niño bueno". Probablemente tenía razón aquella psicóloga. Ya era hora de abandonar la droga de la acción. Al fin y al cabo, había conseguido averiguar lo que deseaba.

Regresé caminando. La ciudad era un escenario extraño, desprovisto de significado. Cuando se mueven los visillos de la muerte, es como si perdieras los referentes de la vida celular. Te conviertes en espejo de cosas intemporales, te interrogas sobre temas que participan a la vez de otros lugares y épocas. Hablas con las grandes estatuas del cielo. Hablas tú, porque ellas sólo te contemplan. Callan.

*

Alba tuvo una fugaz remontada cuando esperaba a su hermana. Aquella tarde, se movió por la casa, de buen humor. Fumó sentada en el sofá, jugó con Nela. Cuando Anna llegó, se encerraron en su cuarto.

Llevaba un jersey de lana gruesa y unos pantalones de chándal negros. Su imagen me ha quedado asociada al pasillo de aquel piso. Ella lo cruzaba lentamente, levantando un poco la cabeza. Con esfuerzo, pero sin quejarse. Su vida se reducía a sortear dificultades, atravesar el pasillo del comedor a su cuarto, del lavabo al comedor. Un círculo cada vez más reducido.

Yo intentaba adivinar qué estaba pasando en su interior. Ella luchaba. Superaba los obstáculos más molestos, como los mareos, los efectos de los diuréticos, los dolores musculares. A veces perdía la paciencia, pero en ningún momento se victimizaba. Su agresividad fue transitoria. A medida que yo conseguía introducir los elementos que había descubierto, era como si ella siguiera mi paso de baile. Se ajustaba a la música. Yo intentaba ir más lejos, seguir adelante. Me costaba y lo hacía de forma algo pugilística, como una lucha libre contra la confusión de opiniones, análisis, sentimientos, incertidumbres que me cercaban.

Alba, en cambio, era suave. Iba asumiendo su camino paso a paso, de una forma natural. Cada vez se despegaba un poco más de la realidad. Igual que si una parte de ella ya viviera en otro mundo y

regresara de vez en cuando con mensajes poco comprensibles. “He soñado que el Papá daba una conferencia y no se podían hacer preguntas sin el dedo blanco. Siempre sueño con el dedo blanco”.

La notaba tan presente, llenaba tanto la atmósfera de la casa. Alba y el piso formaban una combinación de rincones y presencias. Sin embargo, cada vez se movía menos. Su percepción era la evidencia de muchas cosas pequeñas. El olor a sándalo, las flores, el silencio, el repiqueo de las pezuñas de Nela, que comenzaba a comportarse anormalmente. Y se pasaba el día debajo de la cama de Alba.

No había exactamente dolor. Sino angustia por lo que estaba sucediendo. Y una niebla blanca, densa, perfumada, que iba cubriendo nuestras vidas.

*

Cualidad del tiempo que se acaba. Tenía la sensación de llevar un continente en la cabeza. Almenas, batallas, paisajes calcinados. Pero por primera vez los contemplaba desde fuera. A cierta distancia. Como si hubiera atravesado un puente. No más lucha ni tensión.

Quería morir simbólicamente con ella. Dejar el mundo exterior, evitar las contradicciones, los sobresaltos de la vida, para concentrarme en un espacio flotante, lleno de afectos y sensaciones. Todos los contrastes me restaban fuerza y me obligaban a la representación. Ahora deseaba abandonarlos. Sacar mis contenidos interiores, dormirlos, dejarlos volar. Me sentía en un momento en el que los sueños, los símbolos y las actitudes profundas adquirían valor por sí mismos. Como parte de la vida. De repente, las realidades del alma se convertían en color y terciopelo. Podía tocarlas.

Aquellos días y noches no eran el apéndice inútil de algo que se extingue. Sino una parte diferente de la existencia, otra vertiente de la vida. Debía hacerla mía, apurarla.

Si pudiera resumirlo, explicarlo. Te lo contaría en un viaje.

*

Alba abrió los ojos y vio el móvil de mariposas revoloteando con lentitud. “Las mariposas, son tan bonitas”.

Yo le hablaba al oído. “Como tú”.

“Ay Papá, no digas esto, que me voy a poner roja”.

Luego las seguía contemplando.

"Qué pena que una cosa tan bonita se acabe convirtiendo en algo tan horrible y feo como un gusano".

Yo di un respingo, al ver amenazado todo mi esfuerzo simbólico. "No cariño, es justo al contrario. De los gusanos salen las mariposas. Primero los gusanos, luego las maripositas. Como tú".

Ella me sonrió.

"Si tuvieras un hijo no le llamarías *mariposito*".

*

Leí en el periódico que los nuevos *The Animals*, el grupo fetiche de mi juventud, tocaban en Barcelona el día 4 de marzo. Instantáneamente supe que aquella actuación tenía un sentido dentro del orden de los acontecimientos.

El estado de alarma activaba sincronicidades muy difíciles de justificar. Me impresionó sobre todo una. Estaba obsesionado por conectar con algún grupo relacionado con la práctica de la doctora Elisabeth Kübler-Ross. Y repasaba mentalmente la lista de personas a quien consultar. Cenábamos y recordé a una amiga de Mallorca, a quien no veía desde hacía años, que tenía relaciones con círculos de este tipo. "Tal vez ella..." Estaba ansioso por llamarla, pero esperé a finalizar la cena.

Nos levantamos y me encerré en mi cuarto, para evitar que Alba me oyera. Teníamos conectado el "no molesten", de modo que el contestador automático bloqueaba las llamadas. Al descolgar, escuché un mensaje. Era justamente de aquella mujer.

Hilos, madejas. Imanes.

*

Alba tenía en su habitación una vela aromática. Aquella lumbre barnizaba la casa de un olor dulzón, más secundario que las barritas de sándalo. Cada día intentaba aportarle algo nuevo. Pero el regalo de las rosas fue especial.

Ella no podía levantarse de la cama. Al aumentar los síntomas, la medicación era más fuerte. Se despertaba ocasionalmente. Me pedía que le encendiera un cigarrillo, y le daba unas caladas con ojos traviesos. O bebía un sorbo de agua de una especie de botella-biberón

para chimpancés que habíamos inventado, y que bautizó como “gorilas en la niebla”.

Yo me reía mucho con ella. No era una estrategia, sino que me sentía volátil, ligero. Porque seguía siendo la Alba de siempre. Estaba venciendo, como tantas veces repetía. Me alegraba y sentía que mis risas y bromas le estaban diciendo: No te preocupes, no sufras, estoy contento, puedes irte, sé que estarás bien, y yo también...

Había encargado en una floristería tres rosas blancas. Nunca he entendido mucho de flores, pero aquéllas eran preciosas. Grandes, con una especie de luz interior, arquitecturas de pétalos y lunas. Las colocamos delante de su cama y parecía que hubiera abierto la ventana hacia un paisaje.

Ella levantó un poco la cabeza. “Esto no son rosas, son joyas”.

Luego se durmió. Y al despertar, volvió a mirarlas. “¿Has visto? Ni la belleza puede con nosotros”.

*

Sus manos eran delgadas. Tan pálidas que podías ver la sombra de las venas. Comenzamos a hacer turnos. Su madre se quedaba en el cuarto hasta las tres de la mañana, y yo la relevaba. Me tapaba con una manta, intentando no hacer ruido con el sillón metálico. Y le cogía la mano. La colocaba dentro de la mía, mucho más cálida y oscura.

Intentaba dormir un poco o paseaba la mirada por su cuarto. El cuadro del Titanic, con las portillas encendidas en la noche, las rosas de papel sobre la cabecera. Contemplaba el móvil de mariposas, que tanto permanecían estáticas como se agitaban a impulsos de un soplo imperceptible.

A veces, ella me apretaba la mano. Pero sin llegar a abrir los ojos. ¿Qué estaba sintiendo?

Una catarata de sueños. Imágenes reales, recuerdos, mezclados con figuraciones extrañas quizás producidas por la sedación. Alba no sufría. Yo podía adivinar que en su interior ella recorría paisajes, encontraba situaciones complejas o divertidas. Pero no revelaba angustia ni miedo.

Se despertaba un momento, y me pedía agua. Luego murmuraba, con una voz muy baja: “Es chulo el caballo que está abajo”. Y seguía durmiendo.

A veces, también se reía. “Estos chinos están locos”. O estiraba un dedo hacia arriba, al modo de quien dice una verdad: “Vaya familia,

hasta el perro era tonto".

Yo apuntaba todas sus frases en una libretita de bolsillo de la Trasmediterránea. Y cada vez quedaban menos hojas.

Volvió la niña del Titanic.

"Sí, tiene un flequillo así (se tocaba la frente). Con un lazo".

"¿Y qué hace", le preguntaba.

"Nada. Me mira. Juegan con un aro en el mar. Es en blanco y negro. Son felices. Y me mira".

*

Rosó subía las escaleras, y al asomar por el rellano nos lanzaba una mirada de interrogación. Tenía un pelo largo, negro y rizado, que caía sobre Alba cuando la examinaba. Se miraban y podía advertir el doble fondo de sus ojos. Por un lado, la alarma de ver cómo se complicaba su estado. El gesto severo y concentrado del médico. Pero al mismo tiempo, dejaba escapar un punto de ternura y simpatía. A veces, parecía más indefensa que nosotros.

"¿Quieres que te llevemos al hospital?".

Alba gruñía. "No, nada de hospitales". Pero luego le daba un bombón. Y Rosó le enseñaba sus calcetines de Piolindos. Le hablaba de su perro. Ya no era el ritual desinfectado del médico-paciente. Por eso, Alba la aceptaba como una parte más de su mundo emocional.

En los últimos días, fue Alba quien llevó la iniciativa. "Por favor, Rosó. No me pongas más medicinas. Estoy cansada". Y la doctora nos miraba con ojos interrogantes, como si nosotros fuésemos los médicos.

*

Era difícil dormir en el sillón. Pero estaba tan cansado que incluso soñaba. Caminaba por la Gran Vía de Barcelona. De repente veía manchas de sangre en el suelo. Sabía que procedían de sacrificios. Y encontraba un monje budista y otro del que sólo sobresalía la cabeza rasurada. El resto de su cuerpo estaba hundido en el suelo. Yo me decía: "Ya están éstos otra vez con sus ritos". Y doblaba la esquina. De repente comenzaba a llover intensamente. Me cubría con una especie de toldo impermeable. Seguía caminando bajo el chaparrón.

*

Qué diferente se escucha la ciudad de madrugada. Ruidos remotos, difíciles de identificar. El sordo maquineo de tanta actividad dormida. Como un barco en medio de la noche.

De vez en cuando, pasaban las malditas ambulancias. Y Nela, por primera vez, aullaba acompañándolas.

Yo intentaba hacerla callar. Alba se despertaba ligeramente. "Nela, cuqui. ¿Qué te pasa?".

*

Conciencia de la vida que se escapa. Luchaba por retener cada minuto suyo, cada palabra, cada mirada.

Nunca sabía qué frase sería la última. Y cada vez que abría los ojos, me sobresaltaba de alegría. "¡Alba!". Me acercaba para escucharla. Podía repetir todavía su nombre.

Me inclinaba sobre ella, porque hablaba muy bajito. Olía a galleta.

"Creo que me voy a morir. Y sólo tengo veintidós años".

*

Qué tópico resulta hablar de expresión de amor, de pruebas de cariño y esas cosas. Pero qué materialidad corpórea, qué rotundidad, adquiere la emoción cuando se manifiesta ante la inmensidad de la muerte. Es como si abrieses de repente una ventana y todo se llenara de luz del día. Hasta los objetos más viejos y gastados parecen valiosos. Hasta el metal ennegrecido brilla.

Y te preguntas por qué tantas veces callamos cuando es tan fácil hablar. Qué es lo que te impide abrir esas ventanas cuando alguien a quien quieres lo necesita. Por qué siempre cerramos las cortinas. Como si la oscuridad fuera un tesoro que guardar.

Alba era y no era consciente. No sé hasta qué punto influían los sedantes o los propios efectos de la enfermedad. Pero ella respondió a todos los mensajes. No tuvo más que palabras de amor.

Su última sonrisa fue para Rosó.

*

También existe una belleza disipativa. Tan delicada como una rosa blanca. Alba murió a las dos de la madrugada del día 3 de marzo. Y estaba muy guapa.

VI. UN LUGAR EN TUS SUEÑOS

Tu aliento en el espejo. Acercas el rostro al alinde, lo empañas de nubes y humedades. No hay colores ni más contornos que la expansión difusa. Sólo vapores opacos, planos. Eres una sombra dentro un estrato de agua en suspensión. Mera presencia que flota y que suspira. Sin traza alguna.

Así es como aparece el mar entre la bruma.

El ritmo es lento. Las olas casi quietas. Escuchas boca a boca, es el reflejo. Es tu respiración.

Me vi los ojos muy oscuros, y una expresión en los labios totalmente desconocida. Hacía más de veinte años que no me afeitaba la barba. Y al contemplarme, en los huecos nítidos del espejo, encontraba a otra persona con algo doliente en la expresión y un cierto aire de pianista polaco.

Pasé la mano por la superficie, borrando la niebla y el recuerdo del mar. En aquel momento bailaban muchas cosas en mi mente. Pero una certeza se imponía sobre todas. Ya no era el de antes, y todavía no había aprendido a dialogar con mi nuevo yo mismo. Nos examinábamos en el espejo con mutuo asombro. Como esas personas que se conocen por carta y varios años después se encuentran cara a cara. Se miran. Comparten tantas cosas pero a la vez resultan unos extraños.

Había colocado en el estante la foto carnet de Alba, todavía un poco abombada por el episodio de la vela y la vidente. Sentía una necesidad profunda de rito. Marcar de forma exacta el antes y el después de un acontecimiento. Como los antiguos rasgaban sus vestiduras y se cubrían con ceniza. Yo me afeité la barba frente al espejo.

Aquel símbolo me llenaba de sentido. La habitación era fría y pequeña. Un hotel de L'Escala donde nadie me conocía. Al dejar la maquinilla en el estante, la foto de Alba cayó con una extraña pirueta. Como si se hubiera asustado de mi nuevo aspecto. Después, tomé su

anillo de la mano y me lo colgué al cuello. Primera ceremonia de la soledad.

La recepcionista no pareció sorprenderse de que entrara con barba y saliera rasurado. La calle estaba oscura, desierta, olía profundamente a mar y me sentía otro. Di una vuelta por el pueblo. Mi reflejo cruzaba los escaparates apagados. Y no era sólo el aspecto lo que me sorprendía.

Mi vida se había convertido en algo diferente. Igual que un vaso derramado, resbalaba según el orden de los acontecimientos biológicos. En sentido horizontal, extendiendo su lengua acuosa por la superficie de los años. Probablemente hubiera seguido así, como un reguero en progresión, de no haber ocurrido todo aquello. Porque, de pronto, el devenir linealizante se había verticalizado. Como una aguja gótica, un castillo. El fluido existencial se convirtió en algo sólido, definitivo. La muerte de Alba representaba un hito. Se levantaba, enorme, clavándome en un firmamento concreto. En la constelación de aquellos días. No podía mirar ni hacia atrás ni hacia adelante sin contemplarla. Y sentirme arquitecturizado por tantos sentimientos. Marcado por una bisectriz que escapaba del futuro y del pasado, de la pequeña vida, de los días y los minutos. Que era absoluta y me explicaba desde el principio hasta el final. Frente a ella, el resto de mi vida parecía diminuta, sin importancia.

Porque después de tanta lucha y esfuerzo, no sentí el menor amago de derrota. Ni siquiera rabia. Me pareció que Alba había vencido, conservando su integridad hasta el último momento y completándose, entera, para siempre. Dejó una estela. Y todos sus gestos cariñosos me encendían tantas luces, de tantos colores. Tantas emociones y ni una sola sombra.

Era imposible de racionalizar. Pero no estaba triste.

Carme, la doctora que estuvo presente en los momentos finales, nos habló como si nos diera una enhorabuena. ¿Qué era lo que estaba implícito? ¿De qué sustrato brotaba aquella impresión de armonía, de que todo estaba en su sitio, que nos dominó al poco de morir Alba? Y más aun: ¿cómo podía explicarlo?

Hay algo tan profundo en la imagen de una chica joven que muere entre palabras dulces, oliendo a flores. Recuerda a tantos misterios y personajes míticos. Porque piensas en la injusticia de las oportunidades que no podrá realizar, pero sientes al mismo tiempo una oculta

plenitud. Como si fuera el sacrificio supremo. Y al superarlo, la visión de la existencia diera un giro total. Comprendes de repente que para el universo el padecimiento no representa un valor. La mirada fría de las estrellas parece ignorar lo que para nosotros resulta más doloroso. Existe una especie de escritura transgeneracional, intersecular, donde no importan los individuos como unidades completas. A lo sumo, cuenta su papel sobre el esquema de los tiempos. Aparecen y se van, como palingenesias de una sola sustancia. Que no se pierde. Y que por eso permanece indiferente. Segura de sí misma.

A primera hora de la mañana, llegó el neurocirujano con sus gafas de circulitos y una gabardina muy grande. Movió la cabeza consternado y sus ojos se volvieron un momento hacia la luz del cuarto. Como si él también necesitara despedirse de Alba.

Rosó se sentó en mi despacho para firmar el certificado de defunción. Le regalé unas margaritas blancas del ramo que estaba enfrente de la cama. Y le cayeron unas lágrimas pesadas, silenciosas, que iban a parar al impreso administrativo y dejaban un pequeño cráter blando, estrellado. Mientras nos contemplaba sin decir una palabra.

Sólo Marta advirtió el brillo de mis ojos. "El padre de Alba está contento". Y era cierto. La verticalidad celeste estaba hecha de olores densos, de luces, de palabras y sentimientos que formaban un conglomerado intangible. Un estadio casi contagioso que rozaba la euforia, y que he reencontrado en otros casos. Cuando alguien ha seguido hasta el final, ha llegado a la muerte y al amor a un mismo tiempo. Porque quizás, a la postre, ambas cosas formen una sola materia.

Sentía la necesidad imperiosa de compartir aquella experiencia, narrarla a los demás. Para mí suponía la clave que convertía la tragedia en una culminación. Acababa con el miedo a la muerte. Pero a mi alrededor sólo encontraba gestos compasivos, y un razonamiento aberrante: el tiempo lo cura todo.

En aquellos momentos no me sentía con nada que curar. Y no quería otro tiempo. Deseaba permanecer para siempre en el mismo equinoccio. Olvidar las gotas y el cauce lento de la vida. Sólo el castillo, sólo la aguja, sólo la constelación.

Durante las últimas semanas, una voz repetía en mi interior: "Alba, que nunca cumplirá los veintitrés". Y desfallecía de dolor. Pero ahora era distinto. Porque sabía la otra parte de la verdad. Alba, que siempre

tendrá veintidós años.

La niebla se descose. Y un mar muy neutro, muy calmo, refleja un rayo blanco que atraviesa las nubes como un alfiler. Se abren los telones de la bruma y aparece otra vez la perspectiva. Ya no hay espejo. La vida no perdona el tictaqueo de cada instante. Aunque no quieras, el agua corre. Te aleja. Las olas llegan a la orilla. La horizontaneidad.

*

Qué extraña cohesión produce la presencia de la muerte. Cuántas cosas diversas, contrarias, se agrupan y conjugan. Recuerdo la frase de Thomás de Quincey: "Muchas veces, en los días de verano, cuando el sol es más caluroso, he notado que el viento hace sonar el mismo acorde profundo, solemne y memnoniano, pero sagrado; en este mundo es el único símbolo audible de la eternidad. Y tres veces en mi vida me ha sucedido escuchar el mismo sonido en idénticas circunstancias, mientras me hallaba entre una ventana abierta y un cadáver un día de verano". La imagen expresa muy bien ese revoloteo de sensibilidad oculta, la impresión de estar rozando un umbral. Algo así como una exacervación de los sentidos. Un límite. Cuando la muerte ha pasado cerca de mí, la he percibido por la música. Quizás porque la música expresa la verdad. Sólo ella es capaz de transmitir tanto la ternura pequeña por todo los seres vivientes como el acorde cósmico, la paz y la vehemencia, el sueño, el arcano, tu personalidad y tu transpersonalidad. Sus leyes son el devenir reglado, la simetría, la manifestación unísona, el juego de los espacios superpuestos...

Dejamos que el pensamiento y la razón controlen nuestras vidas, como si fueran el supremo valor de la inteligencia. Pero muchas veces acaban por revelarse incapaces. Producen monstruos. Violencia, crueldad. En cambio, la música es como esas emociones que te colocan en el orden majestuoso de los mundos. Te brinda sonidos para explicarlo todo a base de no explicar nada. Porque actúa como los planetas giróvagos, como saturnos con muchos anillos. ¿Quién necesita justificarlos? Basta con sentirlos, participar en ellos, orbitarlos en tu intimidad.

Quienes estudian las religiones y el orden del espíritu leen y releen los textos sagrados. Catalogan las imágenes y signos de la revelación. Pero se olvidan sorprendentemente de lo más decisivo. Lo que mejor

vehicula un sentimiento numinoso. La música. Sin ella no hay planetas ni espacios trascendentes. Sólo dogmas y palabras secas, artificiales, incompletas. ¿Cómo puedes transmitir un contenido del alma sin convertirlo en música?

Al mediodía, cuando Alba ya no estaba en la casa, me tumbé un momento en el sofá. No había dormido en toda la noche y sentía una pesadez especial. Pero no conseguía descansar.

Para aislarme de los ruidos, puse un CD de Noa recién comprado y que todavía no había podido escuchar. Me tapé los ojos con el brazo.

Si pudiera dibujarlo o contrapuntearlo con otra melodía... Pero el recuerdo se queda corto para expresar las cataratas, la fuerza de tanta imagen escondida, lo que salía a borbotones de mis ojos cerrados, y sobre todo la dirección y trayectoria de cuanto sentí. Un remolino de ecos, como el agua torrencial cuando baja de las montañas.

Quizás la voz femenina, frágil y cristalina, despertó por simpatía la imagen de Alba. O puede que la tristeza interrogativa de la canción me evocara su propia partida. Incluso podría superponer una imaginación activa que la sentía sonriendo, acercando su rostro hacia mí. No como despedida, sino con la alegría del que llega. Cariño, agradecimiento. Qué más da. Lo cierto es que la música, la imagen de un millón de mundos en torbellino, la cercanía de Alba, sugerían el inicio de un viaje. Como si hubiera podido acompañarla hasta el segundo siguiente de morir, y compartiera con ella el estallido de su metamorfosis.

“Flower, colored bright
I am strong, I can fight
But I don’t know.
I don’t know.
I don’t know”.

La música me traspasó como a esas estatuas de místicos en éxtasis. Me produjo un vértigo de imágenes. Flores que ocupaban todo un firmamento y se precipitaban en espiral, árboles de luces, con unas ramas larguísimas parecidas a los sauces. Pájaros y dibujos geométricos como los que aparecen en la descomposición microscópica de la materia. Pero lo relevante no eran estos avatares, sino la sensación de un orden con una perfecta consistencia. Donde los elementos no representan nada, son en sí mismos. Existen en el más puro sentido de su realidad, y te contemplan sin irregularidades. Enteros, al otro lado

del cristal perceptivo.

La canción de Noa se convirtió en montañas, nubes, bosques, llanuras, estanques y estrellas. Que a su vez no eran protagonistas, sino fragmentos de una plenitud integral. Y no sabría expresar más conclusión que una palabra: amor.

"I don´t know why. I don´t know how
If I can fly, can I fly now?
Are my wings strong enough to bear
The winds out there?
Hey, I don´t know."

No necesito creer en lo extraordinario. Porque su misma anormalidad lo convierte en anecdótico. Lo relevante ha de estar aquí y ahora. La literatura de "otros mundos" acaba siendo como ese *deus ex machina* del teatro antiguo. Cuando los dioses descendían a bordo de complicados aparejos. Vuelos ortopédicos, epifanías de cartón-piedra.

El escenario donde actúan las verdades es el corazón. Tu propia interioridad. Allí donde no se ven sombras ni seres alados. Pero sientes, sabes. Con la certeza marmórea de las grandes emociones.

No tenía nada prodigioso que contar. Pero el hecho de que me sintiera entero, lleno de fuerza, ya resultaba excepcional. Me sentía rodeado por una extraña electricidad que se manifiestaba a través de casualidades.

La ceremonia de despedida se realizó en la capilla del tanatorio de Collserola. Un acto civil, muy emotivo, donde varias amigas leyeron escritos, así como el texto que escribí en el hospital. Maaike, que ignoraba la muerte de Alba, llegó justamente la noche anterior. Y, vestida de oscuro, recitó su poema dedicado al banco de Hemingway.

Alba fue incinerada con su pañuelo hindú, el Piolindo de goma, las tres rosas blancas y el Tristón. Yo estaba sentado en la primera fila, con el "abrigo de niño bueno". Frente a una pared acristalada. El viento movía las ramas de los pinos, y recordé emocionado sus palabras: "Yo veía una especie de habitación muy grande. Con un pasillo, muchas ventanas y cristales. La Mamá y tú estabais allí. Al lado de los cristales y entraba mucha luz".

Marta, una amiga y compañera de trabajo, habló conmigo al despedirse. Acababa de tener una hija, y como conocía a Alba le habían dedicado el baño de la noche. "Es lo que más le gusta". Luego me

tendió un paquete. “Toma, para ti”. Lo abrí. ¡Era el mismo CD de Noa!

I don´t know why, I don´t know how. No sé por qué. No sé cómo.

También la actuación de *The Animals* tuvo lugar aquella misma noche. Vicenç, que había venido de Palma para la ceremonia, me acompañó. Nos desgañitamos dando saltos. Ensordecidos por las guitarras. Dejé escapar todas mis serpientes, como si aquella gala hubiera sido programada para ello. Al salir, el viento arrastraba papeles y bolsas negras por las avenidas.

Dos días después, me fui a L’Escala. Me reconocía en el viento, en los callejones desiertos, en los olores húmedos y las persianas cerradas. Pasó una camioneta con la música alta. *Born in time*.

Aquella sensación de retícula causal, de sincronicidad provocada, cedería lentamente con el paso de los días. A pesar de ello, la segunda noche en L’Escala fui a cenar a una taberna. Era el único cliente, y escogí una mesa cerca de la ventana.

Levanté la vista. Delante de mí tenía un cuadro.

Tres rosas blancas.

*

Dedos en el mar. A media mañana, cuando entra la brisa y el agua está todavía inmóvil. Tiene un azul oscuro, fresco. Y ese viento produce unos leves estremecimientos en la superficie, que recorren las distancias como si un ser invisible pasara su mano sobre el agua. Acariciándola, igual que se hace con un animal.

Cuando escuchaba la palabra duelo, me sonaba a enfermedad. No me sentía identificado con el término. Pero éste era el significado de mis paseos, de las tardes sentado en la playa. Necesitaba un período de transición, una oportunidad para reequilibrar mis fuerzas interiores. Era duelo en el sentido que me dedicaba enteramente a ello. Mis días en L’Escala fueron como un sueño largo. Hablando conmigo mismo, rascándome la barba que ya empezaba a picar, emocionándome a cada momento por pequeños detalles.

Me recordaba a un personaje de mi adolescencia. Un hombre solitario llamado Oscar Merca, protagonista de mis novelas, al que dibujaba con un anorak cerca de las vías del tren, contemplando una playa desierta, caminando frente al anochecer. Ahora yo era Oscar Merca, pero más viejo.

El vacío sensitivo amplificaba mi discurso interior. A lo largo del

día no hablaba con nadie. Paseaba, me sentaba en unas rocas, buscaba un camino sin gente. Estaba rodeado de verdes claros, azules pastel y grises mañaneros. Rumores.

La lucha no había terminado. Ahora mi trabajo consistía en incorporar la muerte de Alba a mi vida, sentirla sin huir, ir más allá todavía. No perder la emoción del amor.

Experimentaba un dolor agudo, pero no desesperado. Me afectaban sobre todo los recuerdos concretos, algunas imágenes. Sin embargo, quería volver una y otra vez a lo que todos pretendían olvidar.

Leí en un libro que cuando se acompaña hasta el final a una persona querida, no se pierde. Y que, por el contrario, quienes rehuyen la parte más dolorosa del tránsito acaban por sufrir la ausencia. Entonces no lo entendí. Pero en aquel momento expresaba a la perfección lo que sentía.

¿Podía ir efectivamente más lejos?

Algunos pronunciaron esas terribles sentencias. No hay nada peor que perder un hijo, es lo más antinatural. Nada puede sustituirlo. Nadie se recupera de ello.

No quería recuperarme de nada, porque hubiera supuesto renunciar a mi vivencia. Pero al mismo tiempo era consciente de que si la muerte de Alba se convertía en un lastre para mi vida, ella moriría dos veces. Una vez no pude evitarlo, pero ahora sí.

Si habíamos superado tantos trances horribles, ¿cómo no íbamos a poder cogernos de la mano por encima de la vida y de la muerte?

Caminaba por la orilla. Escribía su nombre en la arena. Y me daba cuenta de que el dolor es una especie de pasión inversa. Al igual que el deseo, se manifiesta excluyente y posesivo. Te abraza y envuelve con todas sus oscuridades, se desliza por tus pensamientos, levanta las baldosas igual que las raíces de los árboles. Produce ecos, se desdobla en sentimientos paralelos que van perdiéndose a lo largo de los espejos. Pero el deseo es una urgencia que busca completarse. Mientras que el dolor vuelve hacia atrás como un boomerang. Y hunde su lanza, una y otra vez, en la misma sangre. Sólo se busca a sí mismo.

Recordaba los pasajes de *la Ilíada* en que Aquiles pasea por la orilla del mar, llorando la muerte de Patroclo. Pero no quería hundirme en la arena. Contemplaba mis sentimientos como si fuesen golondrinas. Estaban allí, tenían razón, debía vivirlos. Pero al mismo tiempo volvía la mirada hacia el cielo y decía: No sé dónde un punto encuentra a otro

punto. Pero te juro que lo voy a buscar. Hasta sentirte otra vez conmigo.

Y pasaba un escalofrío de olas pequeñas por el agua.

*

Cada tarde, veía películas de dibujos animados en el hotel. Las paredes eran tan finas que escuchaba perfectamente la estrategia de bolsas y plásticos de mi vecino de habitación. Caminaba por su cuarto, buscando cosas. Rechinaban los goznes de su armario. A veces se detenía, y soltaba un eructo resonante. Parecíamos los náufragos de tanta soledad hotelera. En aquellos días laborables de marzo, él y yo solos. Pared con pared.

Pero no me importaba. Incluso me parecía acogedor. Era el equilibrio perfecto entre el aislamiento y la compañía. Un complemento para mi cura de desconoceidad.

Conforme pasaban los días, apuntaban los primeros signos del regreso a la vida calendaria. Algunos impulsos, las primeras llamadas telefónicas, una pequeña iniciativa. Cómo deseaba compartir mis disquisiciones de metafísica emocional... Pero empezaba a caer sobre mí un velo extraño, algo con lo que no había contado. El sello del silencio doble. Por un lado la muerte, que nadie menciona. Y por otro la paternidad. Porque el padre no habla de sus sentimientos, el padre no llora, se supone que sufre pero lo calla. Como máximo, bebe.

A partir de ese momento, vería reflejado ese tabú en muchas miradas. Extrañeza por no encontrarme hundido, embarazo cuando salía el tema. Si reía o hablaba con normalidad, sentía cómo sospechaban que me hacía el duro. Parpadeaban cuando afirmaba no estar abatido. Uno de los aspectos más difíciles sería justamente el no encontrar a nadie para hablar sobre Alba. Ver la elipsis de discreción y silencio que se tejía a mi alrededor. Incluso amigos suyos rehuían el contacto. ¿Por qué la masculinidad ha de ser peyorativa en lo sentimental, y mucho más cuando se trata de los hijos? ¿Por qué la madre representa el dolor universal y el padre no?

Oscilaba entre el cansancio, el dolor y la ebullición emocional. Atisbaba resquicios, indicios. En mi camastro de hotel, con la televisión sin voz, tenía una libreta siempre al lado. Tomaba notas sin parar. Cuando bajaba al comedor, el encargado le decía al camarero. "*Una taula per al senyor sol*".

Por las noches, el "señor solo" caminaba por el paseo marítimo. Me detenía ante algunas rocas tan trabajadas por las olas que parecían a punto de volar. Luz de farolas, negrura enorme. Me tapaba bien con la bufanda y seguía reflexionando sobre los ritos que evocan a un ser amado. Buscar imágenes suyas, y revivir así su apariencia. Rezar, porque en el recogimiento se rescata su recuerdo. Encender velas o depositar flores, porque representa la manera de mostrar amor y mantener la relación afectiva. Guardar objetos suyos, porque a través de ellos conservas un fugaz contacto físico.

Comprendía los gestos instintivos hacia la muerte. Como esas flores que los hombres de Neanderthal ya dejaban al lado de sus difuntos. Incluso la fijación, que antes consideraba ridícula, por prever hasta el mínimo detalle el ritual de la despedida. Todo tenía una justificación. Eran contenidos emocionales, transferencias de subjetividad. El lenguaje de una religión laica al que nadie puede sustrarse si desea cumplir con sus sentimientos.

Estudiaba mis reacciones, y me sorprendía otro silencio: los sueños. Su papel enunciador había desaparecido. No podía entender cómo mientras cualquier futilidad acaba siendo rescatada por la imaginación onírica, algo tan importante como la muerte de Alba permanecía en blanco. Porque ella no aparecía en mis sueños.

Si me hubiera resistido a aceptar su partida, los sueños tal vez me lo habrían recordado. De la misma manera que me prepararon para lo que había de ocurrir. ¿Por qué callaban ahora? Sólo podía conjeturar que, en mi interior, Alba no faltaba. Y por eso mi subconsciencia no necesitaba escenificar su desaparición.

Al fin y al cabo, siempre evocamos a las personas que se han ido como si nosotros fuésemos inmortales. Y nos fueran a faltar por los siglos de los siglos. Pero tú también acabas, y entonces serás lo que ellos son. Te reunirás con lo que sean.

Hablaba conmigo mismo, recorriendo una y otra vez un pequeño embarcadero de madera. El mar se agitaba debajo de las tablas. Y algunas veces salpicaba la madera, formando pequeños charcos. Manchas oscuras que, a la mañana siguiente, quedaban en círculos de un blanco sucio. Aureolas.

Cuando acabó mi estancia en L'Escala, me daba miedo regresar a Barcelona. Pero había comprendido algunas cosas importantes. Por ejemplo, que el amor era la cuerda que me unía a Alba. Sólo el

sentimiento amoroso servía de comunicación.

Nuestra personalidad es un producto neurótico, algo perecedero. No creo en un teatro de los espíritus como trasunto de nuestra realidad. El "más allá" me parece una racionalización barata y torpe de la muerte. Pero si hay una fuerza, si algo escapa a las particularidades personales, es lo que entendemos por amor. Sobre todo porque equivale a vivencia. Actúa y nos transforma.

Yo no sé si existe un principio activo que pervive, pero he aprendido una lección. La importancia de manifestar el amor. El amor sin expresar no sirve para nada.

Cualquier enunciado, gesto o rito amoroso, supone tirar de una cuerdecita. Y al otro lado, lejos, de alguna manera y en algún sitio, Alba daba un pequeño tirón como respuesta.

El recuerdador dejaba su refugio. Me detuve en una curva, para contemplar la playa y las rocas donde había pasado tantas horas.

No sentía la presencia de Alba por activa, de una forma fantasmagórica. Sino por pasiva. Para mí no estaba ausente.

*

La primera semana dormí con la puerta cerrada. La soledad del piso tomaba forma. Cada ruido era un recuerdo, cada sombra me evocaba una luz. Pero no rechazaba el dolor. Bailaba con él.

A veces era duro. Ir al supermercado y contemplar los productos que compraba para Alba, encontrar una horquilla en el lavabo, apartar su champú. Una de las cosas que más me costó fue devolver su tarjeta de crédito. Había tanto significado en ella. Su corta vida adulta, las cosas que se quería comprar, los viajes proyectados. Al entregarla fue como si, de una forma drástica y realista, renunciara definitivamente a todo aquello. Asumiera crudamente que ella no volvería jamás.

Pero por otro lado necesitaba ese dolor. En aquellos momentos suponía mi destino y mi identidad. Lo último que hubiera deseado era "superarlo". En cierta manera, representaba una forma de vivir mi amor hacia Alba. Renunciar a él hubiera significado negarlo. Por eso había algo purificador, salutífero, en el sufrimiento. El dolor resulta necesario, forma parte de la vida, y te permite comprender una vertiente esencial de la humanidad. La compasión, el apoyo, la delicadeza, la última solidaridad hacia los seres vivos.

Escribí en la libreta: "Me siento muy solo y no me importa. Es

como si no estuviese solo. Estoy triste y no me importa. Es como si no estuviera triste".

Alba me acariciaba con los dedos del dolor.

*

No quise tocar sus cosas. Ya habría ocasión más adelante. La habitación de Alba se había quedado detenida en el tiempo. Allí estaba la urna con sus cenizas, a la espera de trasladarla a Mallorca. Me parecía mejor dejar que los recuerdos y las presencias se depositasen a su propio ritmo. Para qué forzar, borrar, hacer aspavientos. La memoria podía vagar entre los objetos, escaparse lentamente sin que nadie turbara su proceso.

A veces, me sentaba en el sillón. Abría alguna carpeta suya. Apuntes de la escuela, recortes, dibujos. En un pequeño papel había apuntado una frase de Bob Dylan: "Te dejaré estar en mis sueños si me haces un sitio en los tuyos".

Entre sus libros, Alba tenía dos obras dedicadas a la muerte.

Recogí las fotos que había extendido sobre el sofá. Comencé a guardarlas en el cajón. La última era un paisaje de mar y rocas.

*

Hace más de tres millones de años tomó forma. El fluido se enfrió en piedra, de un rojo acarminado, ligeramente mate. A lo largo de los milenios, la roca fue arrastrada por los aluviones. Hasta quedar apresada entre guijarros y estratos alisados por el viento. Bajo tierra. En aquel tiempo, el paisaje consistía en un sistema de dunas. Y el mar estaba lejos.

Mucho después, las aguas avanzaron lentamente. Las dunas se habían fosilizado, y aparecían ahora como cantiles de escasa altura. Paredes rugosas, huecos, guijas engastadas en hileras y collares. El impacto de las olas socavaba la base, provocando la caída de láminas de piedra. Se configuraba así una costa de lajas y playuelas.

Algún día remoto, una de esas paredes se derrumbó. Cayó de una sola pieza en el mar, produciendo un estallido de espuma. Y así, millones de años después, la piedra carmín volvió a la luz. Surgió, esférica, entre la antigua arena.

¿A quién le importa la historia de una piedra? ¿Cómo convertir ese

trayecto de millones de años en un esquema intencional, darle una interpretación? ¿Tiene sentido hablar del destino de un guijarro?

Descendí por el roquedo. Tras contemplar la pared, extendí mi mano hasta la piedra. Palpé su redondez saliente, su tacto liso junto a tanta rugosidad. Al día siguiente, regresé con una bolsa. Y de puntillas, utilizando pintura de óleo, escribí un nombre: Alba. Al terminar, me pareció que la piedra carmín estuvo allí, miles de años, esperando aquella inscripción.

Cuando llegué a Mallorca, sentía signos consumativos. Las últimas rosas que coloqué al lado de la urna se marchitaron en un día. El teléfono inalámbrico sacó humo por sus rendijas. La bombilla de su cuarto explotó al encenderse. En el piso de su madre, la planta de Alba estaba caída cuando entré. Las casualidades parecían indicarme la urgencia de cerrar una etapa.

Llevaba el botecito de las cenizas en un estuche. Para desdramatizarlo, pegué unos recortables de Piolindos. Y lo paseaba como si fuera un equipaje del corazón.

Tenía dos días. Y quise aprovecharlos con ternura y humor. De manera que la llevé a pasear por la ciudad de su infancia. El parque de los columpios, la casa donde vivió, las calles en las que jugaba con sus amigas, el solar de los gatitos. La gente se cruzaba conmigo, y difícilmente podrían sospechar lo que contenía aquella bolsa azul oscuro.

De una manera empática, sabía que a Alba le habría gustado. Sobre todo la mañana en que fuimos a las inmediaciones del oratorio de Portals Nous. De pequeña, la llevaba en su cochecito hasta un quiosco. Tomábamos el sol delante del mar. Ella jugaba y yo leía libros sobre taoismo. Aquella imagen me quedó grabada para siempre, como una de las escenas más plácidas de su niñez.

Fue un momento muy emocionante. El bar ya no existía, pero el pino seguía dando sombra. El horizonte, el cielo, los colores del agua. Dejé la bolsa en el suelo. Y sacando la libreta, escribí una letra para la canción de cuna que entonces le cantaba.

Creas un vínculo con un recuerdo, un lugar. Lo rescatas del anonimato para transformarlo en un mito personal. Y a partir de ese momento, hace su propio camino. Acaba por adquirir poder, incluso transforma tu realidad como si fuera un talismán. A veces, cuando otorgas un destino a las cosas ellas te lo agradecen. Te devuelven el

favor.

Sentí una penetración tan grande en el sistema de correspondencias entre pasado, presente y futuro. Aparecieron tantos sentidos inversos, retroactivos, colindantes, que fue como si la punta marina, las cenizas de Alba y yo con mi canción formásemos parte de un calendario único. Con una sola hoja. Intemporal. Integrador. Capaz de justificar tanta lucha y sufrimiento. Una de esas impresiones por las que merece la pena haber vivido.

Al día siguiente, me puse enfermo.

*

Anna, Pilar y yo llegamos a las rocas. El azul del cielo era tan vivo que resultaba contagioso, llenaba la superficie del mar de un jaspeado de verdes, celestes y marrones. Al fondo, las montañas se limitaban a una línea de contornos. Irreales como un decorado.

Pasamos el banco de Hemingway y bajamos por las piedras hasta un pequeño entrante. Abrimos la urna. Era una materia sin color, quebradiza, mineral. Se amontonaba suavemente sobre la caliza oscura. El sol del atardecer alargaba las tres sombras. Cada uno depositó un montón de ceniza, al borde mismo del agua. El sol y las olas se encargarían de dispersarlas.

Me pareció la despedida más dulce. Que los pequeños fragmentos vuelvan con los pequeños fragmentos. Que el paisaje regrese al paisaje. Para qué esconder los huesos a la espera de que algún día sean necesarios. Porqué encerrar a un ser querido en la sombra de una tumba. No habrá estelas ni cruces. Sólo un paisaje de cielo y de mar. Todos los cielos y todos los mares.

Contemplamos un momento la puesta de sol. Al regresar al banco, Pilar y yo nos detuvimos. Miramos hacia atrás. Por las montañas de Pollença se elevaban algunos rayos verticales, grávidos, concentrados.

Anna nos cogió del brazo. Nos obligó a caminar. “Vamos, padres”.

*

Por las tardes, unas niñas se esconderán entre las rocas para fumar un cigarrillo a escondidas. Alguna pareja de extranjeros contemplará mucho rato el horizonte, sin decirse nada. Una mujer paseará al perro. Sonará una música lejana. En las casas, algunas siluetas prepararán una

cena en la terraza.

Olerá a tomillo y cubeta marina. Las montañas cambiarán sus colores, del ocre a un tono miel, luego violeta. Se escuchará, muy amortiguado, el paso de los aviones.

Alguna vez, una chica llegará a paso lento. Mirará las barcas que salen a pescar. Dejará primero su mochila. Después se sentará. Quizás aparezca un gato y lo acaricie.

Un poco más abajo, una piedra carmín recordará un nombre. Alba. Se cruzarán dos vidas, dos viajes. Pero no habrá nadie para contarlo.

Pasará un viento terral. Se encenderán las primeras luces al otro lado de la bahía.

La chica abrirá su diario. Escribirá un poema. Y lo leerá en voz baja. Como hizo Alba, sentada en aquel banco.

"Ojos azules,
Mar azul
O puede ser que mi pensamiento
Sea azul.
Sí azul como el Mediterráneo,
Ojos azules, mar azul,
Tal como yo lo veo
Tal como yo me veo".

Mallorca, julio del 2000

Sobre *Te lo contaré en un viaje*

La vida son múltiples caminos que no siempre transitamos como en un principio esperábamos. Alba tiene veintiún años y sin esperarlo recibe la repentina noticia de que padece una enfermedad mortal. Inicia entonces una lucha contada por su padre en la que lo que más quiere es no dejar de ser ella misma. La tristeza de las circunstancias se ve envuelta de valentía y amor y dan lugar a la esperanza; la historia de Alba no es una historia de pérdida, ni siquiera de muerte: es la historia de una joven y su padre que se aferran a lo que nos da sentido aunque a veces no lo sepamos: los sueños, el amor y las emociones.